

VILLA

VAREA

MÓNICA BENÍTEZ

VILLA VAREA
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2021 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2012086162129

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)

Capítulo 1

Eburne

El timbre suena cinco minutos antes de la hora prevista, me permito demorarme un minuto en abrir, no quiero dar la impresión de estar ansiosa por conseguir otro caso, pero lo cierto es que realmente necesito el dinero. Mientras me levanto de la silla vuelve a sonar, parece que tiene prisa, lo que me hace sonreír porque suelen ser los clientes más desesperados.

Al abrir la puerta me encuentro con los ojos grises de una mujer que me observa con tanta atención como yo a ella, ¿no soy como se esperaba? Yo no sé qué esperaba encontrar al otro lado de la puerta, pero he de reconocer que me ha impresionado, no sé si ha sido por su forma de mirarme tan descaradamente o porque su atractivo me ha descolocado por completo.

—¿Alejandra Varea?

—Sí, buenas tardes—saluda algo inquieta.

—Buenas tardes, sígame, por favor.

He notado la misma impaciencia que ha utilizado al llamar también en su voz, parece que lo que sea que necesita le urge. Cierro la puerta de entrada a mi apartamento y abro la de mi despacho invitándola a sentarse, sé que ser detective privada y tener el despacho en casa no parece muy profesional, pero desde que chafé el coche y me quedé pagando un préstamo de algo que no tengo y necesito, he tenido que reducir costes.

—Bueno, cuénteme, ¿qué necesita? —le pregunto mientras tomo asiento al otro lado de la mesa.

Alejandra Varea lanza un profundo suspiro al aire y se muerde ambos labios en un gesto obvio de estar buscando en su cabeza la mejor manera de empezar a hablar, la verdad es que me está volviendo loca de curiosidad.

—Verá—dice por fin—lo que necesito es algo un tanto peculiar y que quizá le haga pensar que estoy loca, puede que ese sea el motivo real de mi visita aquí, necesito que usted me ayude a demostrarme a mí misma que no me estoy volviendo completamente majareta.

Alzo las cejas claramente sorprendida y Alejandra sonrío con cansancio.

—Sé lo que parece...

—No he dicho nada—me apresuro a aclarar—quizá si me cuenta por qué cree que se está volviendo loca me ayude a entender mejor su caso, porque le confieso que estoy muy perdida.

—He decidido separarme de mi marido, y mientras arreglamos los papeles me he ido de casa. Hace un par de años heredé Villa Varea, una masía que perteneció a mis abuelos, mi marido insistió en venderla porque era demasiado grande para nosotros dos solos, pero por algún motivo decidí no hacerlo, ni siquiera di de baja los suministros y no sabe cuánto me alegro de no haberlo hecho—suspira.

—Entiendo.

—El caso es que me trasladé hace un par de semanas y después de recorrerla entera un

par de veces, decidí que puedo convertir la planta baja en un hostel y yo vivir en la planta de arriba, que tiene acceso propio por uno de los laterales. Lo siento, me estoy yendo por las ramas—se disculpa nerviosa.

—No se preocupe, no tengo prisa—afirmo en un intento de que se relaje.

—De acuerdo, pues ahora viene la parte interesante—dice clavando sus ojos grises en mí—desde que estoy allí, digamos que pasan cosas...

—¿Pasan cosas? —pregunto sin comprender.

—Sí, ruidos, cosas que cambian de lugar, grifos que se abren solos en mitad de la noche, ya sabe, ese tipo de cosas—comenta sofocada.

Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para disimular el tremendo escalofrío que me ha producido lo que acaba de contarme, quizá en otra situación pensaría que me están tomando el pelo, pero esta mujer se ha tomado las molestias de venir hasta aquí y realmente parece afectada.

—¿Se refiere a presencias? —pregunto adoptando el tono más neutro posible.

—Bueno, no sé si presencias es la palabra adecuada, pero está claro que allí pasa algo.

—Podrían ser ruidos provocados por las tuberías o la propia madera de las puertas, según me cuenta, esa masía parece tener bastantes años.

—¿Cree que no lo he pensado? Pero ¿qué me dice de los grifos abriéndose solos? O el televisor...

—¿Qué ocurre con el televisor? —pregunto con los ojos abiertos de par en par.

—A veces se enciende también, esta mañana precisamente, estaba en el baño acabando de arreglarme y de pronto he escuchado voces en el salón, por poco me da un infarto. Cuando he salido el televisor estaba encendido—asegura muy seria.

—¿Y no cabe la posibilidad de que usted se lo dejara encendido? Esas cosas pasan, yo misma soy la representación absoluta del despiste.

—No—niega de forma categórica—yo nunca pongo la televisión por la mañana, de hecho, apenas la pongo, estoy segura de no haberla encendido, ni esta mañana ni ayer por la noche. Oiga, detective Noriega, soy consciente de que lo que cuento es una locura, le aseguro que yo misma no creo en estos fenómenos, siempre he sido muy escéptica, pero son demasiadas cosas las que he notado desde que estoy allí y no voy a ignorarlas, no puedo pretender abrir un hostel y que la primera noche los clientes se marchen cagados de miedo. Necesito descubrir lo que sucede en mi casa.

—No la estoy juzgando, señora Varea, usted dice que no cree, y yo personalmente no es que lo haga, pero sí que tengo mucho respeto ante estas cosas. En mi opinión, que yo no haya visto o notado nada nunca, no significa que la gente que afirma haberlo hecho esté mintiendo.

—Pues siento decirle que en ese caso usted sí que cree—asegura relajando la expresión por primera vez.

Su afirmación me coge tan desprevenida que enmudezco y me quedo pensativa, ¿creo realmente en los fantasmas?

—Lo siento, no pretendía acusarla de nada, es solo que estoy muy nerviosa, no es fácil ir a ver a alguien a quién no conoces de nada y tener que explicarle algo tan delicado sin parecer una pirada.

—No se preocupe, no me ha molestado para nada. Permítame solo un inciso, y por favor, no se ofenda por lo que le voy a decir, es solo una pregunta sin más.

—Adelante.

—Dice usted que se está separando de su marido.

—Así es.

—¿Puedo saber el motivo?

Alejandra Varea duda unos instantes, pero finalmente asiente mientras se humedece los labios.

—Sospechaba que me engañaba con otra, así que contraté a un detective privado y no tardó ni dos días en traerme una fotografía de mi marido con una pelirroja.

—Lo siento—digo con sinceridad, mientras intento evitar que note que lo que acaba de confesarme me afecta mucho más de lo que ella podría imaginar.

—Gracias.

—Bien, ahora viene mi verdadera pregunta. ¿No cabe la posibilidad de que esté usted algo estresada? El estrés puede provocar que...

—Ni hablar—me corta—sé lo que va a decir, que debido a que mi situación personal ahora mismo es un jodido caos, quizá he imaginado todo lo que le cuento, pero le aseguro que no es así. Sí que me está afectando el divorcio, no se lo voy a negar, pero no me lo estoy tomando a la catastrófica, no voy llorando por las esquinas ni me paso el día en la cama pensando en lo que he perdido. Si no soy suficiente para él, está claro que no estoy perdiendo tanto—afirma rotunda.

—Está bien, entonces dígame qué es exactamente lo que necesita de mí, porque sinceramente, no veo cómo puedo ayudarla con ese problema.

—Claro que puede, es muy sencillo, quiero que venga a mi casa y me ayude a encontrar una explicación lógica para todo lo que sucede allí, solo así podré eliminar el problema de raíz.

—¿Una explicación lógica? —pregunto alzando las cejas.

—Claro, tiene que haberla, para los ruidos puedo aceptar que la casa es antigua y todo eso, pero necesito saber qué es lo que provoca que el televisor se encienda solo, lo de los grifos, o que a veces...

Alejandra baja la mirada y duda.

—A veces, ¿qué? —pregunto muerta de curiosidad.

—Bueno, a veces tengo la sensación de que hay alguien, se oyen pasos, susurros, y noto presencias, es algo que no puedo explicar de un modo lógico, solo lo percibo.

—Joder—murmuro con los pelos de punta—¿no ha pensado en llamar a la policía? ¿Y si realmente hay alguien allí?

Dios, solo de pensarlo se me encoge el pecho, que miedo.

—Ya lo he hecho, mandaron una patrulla y registraron toda la vivienda sin encontrar nada. Los agentes me aseguraron que allí no había nadie más que yo, y teniendo en cuenta que la historia que cuento es un poco inverosímil, pues supongo que tampoco me tomaron muy en serio.

—Entiendo. De acuerdo, si le parece, mañana por la mañana puedo ir a primera hora y dar una vuelta por la casa para ver si veo algo que explique todo lo que dice, pero me sabe mal, porque se va usted a gastar el dinero para nada porque como comprenderá, este no es el tipo de caso al que estoy acostumbrada, yo investigo otras cosas más...

—¿Reales? —pregunta torciendo el gesto.

—Sí, digamos que sí.

—Ya imagino, pero no me ha entendido, detective Noriega, no quiero que venga usted a dar una vuelta por la casa, eso ya lo hizo la policía y yo misma cien veces. Lo que quiero

es que se instale usted allí conmigo, que pase varios días entre esas paredes y vea y escuche usted misma todo lo que cuento. Eso me ayudará a asegurarme de que no me estoy volviendo loca, y después, una vez compruebe que no miento, puede empezar a investigar el motivo de todos esos sucesos, porque estoy segura de que hay una explicación razonable para todo lo que pasa, solo que yo sola no soy capaz de encontrarla.

—Es una broma, ¿no? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—No estoy para bromas precisamente—asegura cruzándose de brazos.

—¿Pretende de verdad que me encierre en su casa para averiguar si hay espíritus? —pregunto alucinada.

—Llámelo como usted quiera, pero sí, eso es justo lo que quiero.

—Dígame una cosa, señora Varea, antes me ha contado que contrató a un detective para destapar la infidelidad de su marido, y al parecer fue muy eficaz, según me cuenta—digo sin poder evitar cierta molestia porque lo contratara a él y no a mí, ese sí que es un caso normal, y fácil.

—En efecto.

—¿Y por qué en esta ocasión acude a mí y no a él?

—Porque ya que tengo que meter a un desconocido en casa, no se ofenda, creo que me sentiré más cómoda si es una mujer—dice encogiéndose de hombros.

—Tiene sentido—pienso en voz alta.

—Dígame que acepta, por favor, el dinero no es un problema, se lo aseguro, no solo heredé la masía, también una cantidad importante de efectivo.

Me pongo en pie y camino hasta la ventana, donde me detengo dándole la espalda a mi extraña posible clienta y me relajo mirando las nubes mientras sopeso lo que me propone.

La idea de encerrarme en una casa con ella no me preocupa, aunque lo que cuenta es una locura, parece inofensiva. Además, los dos casos en los que trabajo ahora no requieren que salga a la calle a investigar, solo necesito conexión a internet y el teléfono, pero la posibilidad de que sea cierto lo que cuenta me aterra, si presencio de verdad todo lo que dice, estoy segura de que me cagaré encima. Desde que vi la película del Exorcista, todas estas cosas me dan pánico.

—¿De cuántos días hablamos? —pregunto girándome hacia ella.

—De los que hagan falta hasta esclarecer los hechos.

—Le saldrá caro—aseguro alzando una ceja.

—Ya le he dicho que el dinero no es un problema, puedo extenderle un cheque con un adelanto ahora mismo, solo diga la cifra.

Suspiro, la verdad es que necesito el dinero.

—Está bien, ¿le parece bien que me instale mañana?

—La verdad es que me gustaría que empezara hoy mismo, soy escéptica con esto, pero lo cierto es que hay momentos en los que paso bastante miedo.

Joder, creo que voy a arrepentirme mucho de aceptar este caso.

—Vale—concedo—deme esta tarde para preparar mis cosas y esta noche sobre las nueve estaré allí. ¿Le parece bien?

—Perfecto, no sabe cuánto se lo agradezco, de verdad—dice en tono sincero—si me presta un papel y un bolígrafo le anoto la dirección.

—Claro.

Tras anotarme la dirección de la casa del terror y su número de teléfono, Alejandra Varea se pone en pie dispuesta a irse.

—Espere—le pido nerviosa.

—Dígame.

—¿Se ha planteado usted la posibilidad de que sea real? Quiero decir, que haya un espíritu o algo así en su casa.

—He contemplado todas las opciones—asegura.

—Ya veo, pero en ese caso yo no podría ayudarla.

—No se preocupe, una vez tuve que documentarme sobre un tema parecido a este para un trabajo y alguien en quien confío me puso en contacto con una médium que al parecer es muy buena, si realmente hay espíritus en mi casa la llamaré para que se ocupe de ellos, pero tal y como me dijo en su día, lo primero que hay que descubrir es quién es ese espíritu y lo que quiere, y para eso la tengo a usted—asegura con una sonrisa maliciosa.

Alejandra abandona mi casa y yo me dejo caer en la silla negando con la cabeza, todavía no me puedo creer lo que acabo de hacer. Hora de llamar a mi hermana y contarle mi nueva hazaña.

Capítulo 2

Edurne

Tras tomarme unos minutos de reflexión, esbozo una sonrisa incrédula y me pongo en pie dispuesta a preparar la maleta para trasladarme a Villa Varea. Ni siquiera he tenido tiempo de abrirla cuando alguien llama a la puerta golpeando con los nudillos cuatro veces, lo que me indica que es mi hermana Begoña, solo ella llama así. A veces creo que tiene el poder de leerme la mente, hace un rato pensaba en llamarla, y de repente aparece en mi puerta.

—Hola, detective—saluda burlona antes de darme un abrazo.

—Hola, inspectora, ¿tus asesinos te han dado una tregua? —respondo mordaz.

—No te creas—dice con cansancio—pero pasaba por aquí cerca y he aprovechado para venir a verte, ¿estás muy liada o tienes tiempo para invitarme a merendar?

—Para ti siempre tengo tiempo, ya lo sabes.

Begoña me acaricia la mejilla con cariño y ambas nos dirigimos a la cocina, donde saco una bandeja de pastas que precisamente he comprado esta mañana y preparo dos tazones de café con leche.

—¿Cómo vais con el caso de esa chica? ¿Habéis avanzado algo? —pregunto con curiosidad.

—Ya sabes que no puedo darte detalles, pero sí, hemos dado con una pista que creo que nos va a allanar el camino para dar con su asesino. Pero no hablemos de mi trabajo, ¿cómo va el tuyo? ¿Algún caso nuevo?

—Ya te digo, no hace ni una hora que se ha marchado mi nuevo caso. Iba a llamarte después para contártelo.

—¿Sí? ¿Y qué es? ¿Posibles cuernos, una vigilancia, alguien desaparecido? —me bombardea con curiosidad.

—Nada de eso, y te aseguro que ni utilizando tus dotes de inspectora lo adivinarías nunca, Bego.

—Venga ya, Edurne, no será tan raro—sonríe tras dar un sorbo a su taza.

—Raro y aterrador. Esa mujer se ha instalado hace poco en una casa que heredó de sus abuelos, Villa Varea, no sé si te suena.

—Ni idea—asegura negando.

—Atiende, se ha presentado aquí y me ha contado que desde que se instaló, en la casa pasan cosas, dice que oye ruidos, que nota presencias y que incluso los grifos se abren en mitad de la noche o el televisor se enciende solo—digo con los ojos muy abiertos.

—Venga ya, me tomas el pelo.

—Ojalá, pero te aseguro que es cierto, y lo peor de todo es que la creo, quiero decir, que no me ha parecido una chiflada. Dice que una de las veces llamó a la policía y todo, parece que enviaron a una patrulla y se dieron una vuelta por la casa para asegurarse de que nadie se había colado dentro, pero no encontraron nada.

—¿Y qué se supone que quiere que hagas tú? —pregunta entornando los ojos.

—Ahora vas a alucinar—digo haciéndome la interesante.

—No me jodas, Edurne, habla, ya sabes que me pongo nerviosa—exige dándome un suave codazo.

—Vale—me río mientras me masajeo el brazo—quiere que me instale unos días con ella para ver si yo también noto todo lo que ella dice.

—¿No hablarás en serio? —pregunta perpleja.

—Me temo que muy en serio.

—Madre mía, Edu, ¿te has vuelto loca? Eres la persona más asustadiza que conozco, como escuches un ruido extraño te vas a cagar de miedo—asegura riendo.

—Vaya, gracias por tu apoyo.

—No es eso, cariño, es que me parece una locura.

—Y a mí, pero me pagará bien, y después de lo del coche me irá bien un ingreso como este.

—Te dije que puedo ayudarte con eso—dice poniéndose seria.

—Ya lo sé, pero fue una cagada mía y debo asumir las consecuencias.

—No fue una cagada, fue una irresponsabilidad, te dormiste al volante, Edurne, si no trabajases tantas horas eso no hubiese pasado, tienes que aprender a parar.

—Y eso me lo dices tú.

—Es diferente, los asesinos no respetan los horarios, pero tú sí que puedes decidir cuándo es el momento de parar y descansar.

—Ya—digo vencida.

—Pudiste haberte matado o haberle hecho daño a alguien, dime que ya te has marcado unos horarios más decentes.

—Claro, además, ahora no tengo coche, así que no puedo poner en peligro a nadie.

—Te lo repito, llévate el mío hasta que puedas comprarte uno, yo uso el de la comisaría cuando trabajo, y cuando no lo hago puedo usar el de Alberto, ya sabes que él prefiere la moto. Confío en ti, cariño—dice cogiendo mi mano—solo quiero que te cuides. Por cierto, ¿cómo tienes el cuello? ¿Te duele menos?

—Depende, según los gestos que hago o los cambios de tiempo, eso me hace resentirme mucho.

—Son lesiones que tardan en curar, todavía no me puedo creer que te estamparas contra un árbol y la única consecuencia fuese un latigazo cervical.

—Olvidas lo peor, mi coche quedó siniestro—comento torciendo el gesto.

—Pero tú estás bien, idiota.

—Sí, supongo que eso es lo que cuenta.

—Entonces, para que yo me aclare, ¿esa mujer te ha contratado solo para asegurarse de que todo lo que cree que pasa en esa casa es cierto?

—Exacto.

—Tú tienes claro que los fantasmas no existen, ¿verdad? —pregunta alzando una ceja.

—Eso espero—respondo haciendo una mueca.

—Todo esto me parece increíble, lo que debes hacer en cuanto llegues es buscar la causa, seguro que lo de los ruidos tiene una explicación.

—Sí, de eso estoy segura, pero ¿qué me dices de lo del televisor?

—Puede ser un despiste de ella, esas cosas pasan muy a menudo.

—Ella asegura que no.

—Normal, cuesta asumir que nos pasan esas cosas. ¿Qué edad tiene esa mujer?

—No le he preguntado, pero diría que unos cuarenta, como tú.

—Mmmm, vaya, entonces descartamos los despistes—bromea.

—Que graciosa.

—Ahora en serio, pudo dejárselo encendido ella, o puede que haya alguna bajada de tensión y al volver a subir el televisor se encienda solo, no sé.

—Una teoría interesante, pero olvidas lo del agua, una bajada de tensión no provoca que un grifo se abra solo en mitad de la noche.

—Podría ser sonámbula y no saberlo—razona dejándome con la boca abierta—eso explicaría lo del grifo e incluso lo del televisor.

—Joder, Bego, tienes respuestas para todo.

—Me baso en la lógica, Edurne, los fantasmas no existen y no quiero que te montes películas con eso, ¿me oyes?

—Ya lo sé, a veces me hablas como si fueras mamá, y te recuerdo que solo tienes tres años más que yo—digo molesta.

—Da igual que tenga tres más o veinte, siempre serás mi hermana pequeña y mi obligación es protegerte de todo, incluida esa mujer que afirma ver y oír cosas. No quiero que te autosugieras, ve allí con la mente fría, y ante cualquier anomalía, busca primero la explicación lógica.

—Está bien.

—Edurne, si algo te asusta o te parece realmente preocupante llámame, da igual la hora que sea, ¿vale?

—Vale—sonríe, Begoña siempre ha sido el mejor de mis apoyos, para bien y para mal.

—¿Sigues viéndote con ese hombre? —pregunta cambiando de tema radicalmente.

—¿A qué viene eso ahora?

—A nada, es solo por saber.

—Sé que no lo apruebas, Bego, y no me siento orgullosa, pero si te sirve de consuelo cada vez quedo menos con él.

—No es que no lo apruebe, es que no lo entiendo, no sé qué cojones te aporta acostarte con un hombre casado que jamás dejará a su mujer—comenta molesta.

—Precisamente eso es lo que me aporta, me da sexo cuando lo necesito y después desaparece sin buscar nada más—digo tras un suspiro.

—¿Qué malo tiene compartir tu vida con alguien, Edurne? —pregunta sin comprender mi postura.

La verdad es que esta conversación me agota, no consigo encontrar la manera de que mi hermana comprenda que para que yo decida estar y apostar por alguien, tengo que estar muy enamorada y segura de ello, sobre todo después de lo que me pasó con Vanesa, y por ahora no ha sucedido, lo cual no implica que no tenga necesidades como mujer y busque satisfacerlas.

—Lo haré cuando llegue el momento—digo intentando zanjar la conversación, pero ella insiste.

—¿Y mientras tanto te tiras a un hombre casado? Joder, Edurne, ¿alguna vez piensas en su mujer? ¿En cómo se sentirá si se entera?

—Claro que lo hago, Bego, ya te he dicho que no me siento orgullosa, pero cuando le conocí no sabía que estaba casado, nos habíamos acostado varias veces cuando me lo confesó.

—Es decir, que encima te mintió, menudo cabrón.

—Sí, es un cabrón, no te lo niego, pero folla bien, joder—admito aturdida—me da lo que necesito y después vuelvo a casa sin tener que preocuparme de que me agobie. Sé que piensas que soy un monstruo por esto, pero yo no estoy engañando a nadie, soy una mujer soltera y libre, el que tiene un problema es él.

—Lo sé, y no pienso que seas un monstruo, es solo que como mujer casada no me gustaría enterarme de que mi marido se acuesta con otra, simplemente empatizo con esa mujer, eso es todo.

—Lo dejaré, ¿de acuerdo? Ya te he dicho que cada vez quedo menos con él, supongo que ya me estoy cansando, o el hecho de que no me aporte nada también ayuda, me dedicaré a la masturbación a tiempo completo—bromeo arrancándole una sonrisa.

—Te aseguro que de ese modo te ahorrarás problemas, ¿alguna vez te has parado a pensar que cualquier día, esa mujer puede entrar por tu puerta y contratarte para descubrir a la amante de su marido? —pregunta alzando una ceja.

—Sí—suspiro agobiada—claro que lo he pensado, y te aseguro que me quita el sueño.

—Normal, yo estaría acojonada.

—Gracias por tu sinceridad.

—Es la verdad—dice elevando los hombros.

—Tú siempre tan directa.

—Ya lo sabes. Bueno, cariño, me tengo que ir, ¿cuándo te instalas en la casa del terror? —pregunta con una sonrisa maliciosa.

—Muy graciosa, esta noche.

—¿Tan pronto? —se sorprende.

—Sí, me lo ha suplicado, creo que no quiere pasar ni una noche más sola en esa casa.

—No me extraña. En fin, llámame para cualquier cosa, eh, y si estar allí te agobia deja el trabajo.

—Que sí, pesada.

Me despido de mi hermana con un fuerte abrazo y vuelvo a mi habitación para seguir preparando la maleta. Cuando termino, guardo el portátil y los documentos de los dos casos en los que trabajo, los meto en la mochila y doy un último vistazo a mi piso antes de salir y embarcarme en una aventura que sin duda supone un reto para mí, el de no cagarme de miedo delante de Alejandra Varea.

Capítulo 3

Edurne

Son casi las diez de la noche cuando el taxi que he pedido toma el desvío hacia el camino de tierra que lleva directo a Villa Varea. Lo cierto es que una masía prácticamente en medio del bosque en mitad de la noche ya da miedo por sí sola, no necesita la presencia de fantasmas o ruidos extraños para impresionar. Hay que tener mucho valor para vivir aquí sola, yo desde luego no podría.

Hay algunas luces encendidas en la planta inferior y conforme nos acercamos, los faros del taxi enfocan un coche negro aparcado en la puerta que deduzco será de Alejandra.

—¿Le importa esperar hasta que entre? —le pido al taxista después de pagarle.

—No pensaba marcharme hasta que lo hubiera hecho—afirma el hombre con gesto preocupado.

Perfecto, hasta él intuye lo terrorífico del lugar.

—Gracias, buenas noches—me despido antes de bajarme.

Subo un par de escalones que dan acceso a la entrada y para mi sorpresa, veo que, en lugar de un timbre, hay una campana, como si el lugar de por sí no fuese tétrico.

—Joder—susurro para mí antes de tocarla.

Mientras espero a que me abran la puerta no dejo de girarme hacia atrás para asegurarme de que el taxi sigue ahí, como se vaya me da un pasmo. Así es como me encuentro, girada hacia él cuando de pronto oigo una voz femenina que me saluda por detrás. Me doy tal susto que por poco me caigo de espaldas.

—¡Oh, joder! —digo con una mano en el pecho—no me he dado cuenta de que abría la puerta—aseguro con cara de espanto.

—Lo siento, no pretendía asustarla, mal vamos si empezamos así—sonríe Alejandra invitándome a pasar.

Le hago un gesto de agradecimiento al taxista y este se despide haciéndome una ráfaga con las luces.

—Pensé que ya no vendría, detective Noriega.

—Siento llegar tan tarde, pero recibí la visita de mi hermana al poco de marcharse usted y me entretuve bastante—me disculpo mirando el reloj.

—No pasa nada. ¿Te importa si nos tuteamos? Creo que será más fácil y cómodo para las dos.

—Me parece perfecto.

—Bien, ¿has cenado? Porque yo estaba a punto de hacerlo.

—La verdad es que no.

—Pues deja tus cosas ahí mismo—dice señalando el sofá que hay frente a la chimenea.

Mientras camino hacia él, me fijo en la estancia en la que me encuentro, lo cierto es que desde fuera puede parecer algo aterrador debido a la soledad del lugar, pero por dentro, con las paredes de piedra, la chimenea encendida y la decoración algo antigua pero cuidada,

se convierte en un lugar bastante acogedor. Ahora mismo me cuesta imaginar que todo lo que dice Alejandra pueda suceder entre estas paredes.

—¿Ha habido algún contratiempo más esta tarde? —le pregunto mientras saboreo una exquisita ensalada de pasta.

—¿Te refieres a si he oído o visto algo extraño? —pregunta alzando una ceja.

—Sí—afirmo azorada.

—No, que va, supongo que los espíritus también descansan en algún momento—bromea—lo siento, no ha tenido gracia—dice al ver mi cara de espanto.

—No pasa nada, es que mi hermana me ha recordado esta tarde lo asustadiza que soy y ahora estoy algo inquieta.

—¿Te asustas con facilidad?

—Bastante, dicen que conforme nos hacemos mayores vamos perdiendo los miedos, por costumbre y adaptación supongo, pero yo debo ser un caso aparte, cualquier ruido por encima de lo normal suele provocarme taquicardia.

Alejandra sonríe y de pronto me doy cuenta de que es una mujer realmente interesante, no me explico cómo un hombre puede no querer estar con una mujer como ella.

Cuando terminamos de cenar, la ayudo a dejar los platos en el fregadero y la sigo como un perrito hasta el sofá donde están mis cosas.

—Es algo tarde, si te parece te enseño donde está tu cuarto y mañana te hago una visita completa por la casa y los alrededores.

—Claro.

Tras coger mis cosas, dejamos a un lado un pasillo donde veo varias puertas y subimos por las escaleras hasta la primera planta, que nos dejan frente a otro pasillo que me parece realmente largo. Alejandra enciende la luz y abre la primera de las puertas que encontramos.

—Este es el baño, hay toallas limpias en el armario de la derecha.

Asomo la cabeza y doy un vistazo rápido, es bastante grande y todo es de origen, aunque está bien conservado y muy limpio. Lo que más me llama la atención es la bañera, situada al fondo y cubierta por una cortina blanquecina que me recuerda a la peor de las películas de terror. Ahora ya sé que cada vez que entre tendré que mirar al otro lado de la cortina para asegurarme de que no hay nadie escondido detrás, menudos días me esperan.

Seguimos por el pasillo y nos detenemos frente a otra puerta que resulta ser la de mi habitación.

—La siguiente es la mía—anuncia—si necesitas cualquier cosa entra directamente.

¿Qué quiere decir con eso? ¿Da por hecho que necesitaré algo? ¿Y si ha oído ruidos provenientes de esta habitación y tiene claro que me cagaré del susto? Los pelos se me ponen como escarpas al pensarlo.

En cuanto Alejandra se marcha, cierro la puerta y estudio la habitación con detenimiento, es bastante grande y eso no me gusta, cuanto más pequeña más protegida me siento, pero es lo que hay. Saco el portátil y mis documentos y los dejo sobre una mesa de escritorio, después coloco la maleta sobre la cama y abro las puertas de un enorme armario en el que se podrían esconder al menos tres cadáveres. Las bisagras chirrían y resoplo al pensar en la de ruidos extraños que escucharé en una casa tan antigua, no me extraña que Alejandra crea que aquí pasan cosas.

Coloco mi ropa dentro del armario, me pongo el pijama y deshago la cama sentándome lentamente, respiro con alivio al descubrir que no es de muelles, solo me faltaba ese ruido también.

—Tranquilízate, Edurne—me digo en voz baja.

Enciendo la luz de la mesilla y apago la del techo, eso me da un poco de tranquilidad, es más acogedor, pero entonces descubro con horror que hace un reflejo extraño en el espejo que hay sobre el tocador, y que la sombra que proyecta podría confundirla perfectamente con la de una persona en mitad de la noche.

—Me cago en mi puta vida—digo nerviosa mientras cojo el teléfono y llamo a mi hermana.

—No me lo digas—dice en cuanto descuelga—todavía no has llegado y ya tienes ganas de salir corriendo—se burla divertida.

—Vete a la mierda, capulla.

—Va, tonta, que es broma—se disculpa mientras escucho la voz de Alberto de fondo.

—¿Estás en casa? —pregunto sorprendida, según tengo entendido rara vez llega antes de las doce de la noche.

—Sí, hoy he podido salir pronto.

—Pues te dejo, seguro que Alberto se está cagando en mis muelas por interrumpiros.

—Tranquila, justo acabamos de cenar ahora, dime, ¿ya estás allí?

—Sí, no sé si aguantaré, Bego, mire hacia donde mire me imagino algo, deberías haber visto el baño, la cortina es digna de esconder a un psicópata detrás.

—No hagas eso, Edurne—me corta.

Yo arrugo el entrecejo porque me acabo de dar cuenta de que no he mirado debajo de la cama. Seré gilipollas, eso es de primero de cobardes.

—¿Hacer qué? —pregunto mientras levanto la falda del edredón lentamente y me arrodillo para mirar, sintiendo el corazón latiéndome muy fuerte.

—Sugestionarte así, o dejas de pensar en eso o te será imposible pasar un día entero en esa casa. Te lo repito, no existen los fantasmas, ni los espíritus ni todas esas cosas que salen en las pelis, olvídalo.

—Es fácil decirlo, tú no estás aquí.

—¿No te has llevado nada para leer?

—No—contesto aterrada al darme cuenta.

—Pues habla con ella, seguro que te puede prestar algún libro, si esa casa es tan antigua como dices seguro que tiene hasta una biblioteca.

—Joder, Bego, no me hables de una biblioteca ahora que lo primero que me viene a la mente es una estantería secreta que esconde un pasillo aterrador...

—¡Jesús! —bufa con asombro—en serio, hermanita, si no eres capaz de sacarte toda esa mierda de la cabeza dímelo ahora y voy a recogerte.

—Que no, que no, ya me centro. Me he traído los casos en los que trabajo, estudiaré los informes hasta que me entre sueño.

—Buen plan.

—No tan bueno como el vuestro, eso está claro—añado con envidia.

—¿Y cuál es el nuestro si se puede saber? —pregunta socarrona.

Empiezo a gemir y Bego me cuelga. Dejo el móvil sobre la mesilla, todavía con la sonrisa en los labios cuando enmudezco de golpe al pensar en que Alejandra me haya oído y ahora piense que me estoy masturbando.

—Joder.

Sorprendentemente, he conseguido dormir toda la noche del tirón. Debo confesar que me preocupaba mucho que me entrase pis, porque la idea de salir al pasillo y meterme en

ese baño aterrador en mitad de la noche me daba pánico. Ahora sí, con la luz del día y descansada, cojo ropa limpia y me encierro en el baño para darme una ducha.

Cuando salgo, me dirijo a mi habitación a dejar mis cosas y me doy cuenta de que una luz parpadea en mi móvil, lo abro y veo un mensaje de Manuel en el que me pide que nos veamos, ni siquiera me lo planteo, lo cierto es que no me apetece nada un encuentro con él, así que le digo que no me va bien y doy por finalizada la conversación.

Al salir veo que la puerta de la habitación de Alejandra está abierta, me asomo con cuidado y veo que la persiana está subida y la cama hecha, a ella no la encuentro por ningún sitio, así que dejo mis cosas y bajo a la cocina esperando encontrarla allí, pero tampoco está.

Mis tripas rugen, por lo que decido no esperar a mi anfitriona y me sirvo un café con leche y mojo unas galletas que he encontrado en uno de los armarios. El silencio de la casa me impresiona, ahora mismo no se oye nada en absoluto, y la verdad es que lo agradezco. Cojo la taza vacía y mientras la friego miro por la ventana, que da a uno de los laterales del edificio. Solo veo verde, una buena extensión de hierba y a unos diez metros de la masía empieza el frondoso bosque. Las hojas se mueven levemente por culpa del aire y el sol permanece oculto tras unas nubes que se resisten a dejar pasar sus cálidos rayos, estoy absorta observando cuando un ruido me sobresalta y me dispara el pulso.

Cierro el grifo del agua y me quedo completamente quieta, el ruido se repite y rápidamente salgo de la cocina para intentar ubicarlo. Enseguida me doy cuenta de que proviene de la planta baja, así que me acerco al pasillo que vi ayer y al entrar el ruido es cada vez más fuerte, y también más rápido.

Me cago en Alejandra y en su estampa por dejarme sola, miro a mi alrededor en busca de algo con lo que defenderme, pero al no ver nada mis pies caminan solos persiguiendo la procedencia del ruido hasta que me detengo delante de una puerta de madera de doble hoja.

Está claro que el ruido proviene del interior, ahora que estoy cerca, además de estar a punto de morirme de un infarto, llego a la conclusión de que parece madera, es como si alguien o algo estuviese golpeando un mueble contra la pared.

—Vamos, Eburne, busca la explicación lógica—me digo en voz baja mientras pongo la mano en el pomo de la puerta y la abro lentamente.

Lo que me encuentro al otro lado me deja paralizada y con la mandíbula descolgada, puedo jurar que es lo último que esperaba encontrar, y lo peor de todo es que por muy sorprendida que estoy, soy incapaz de apartar la vista de Alejandra, que se encuentra sentada sobre una enorme mesa de madera, con las piernas desnudas y enroscadas alrededor de un hombre que la embiste sin piedad a un ritmo devastador mientras ella se agarra con fuerza a su pelo y mantiene los ojos cerrados a la vez que los suspiros de placer escapan de su garganta.

Apenas habrán pasado tres o cuatro segundos cuando por fin reacciono y me muevo para cerrar la puerta y salir de aquí, pero en el último momento Alejandra abre los ojos y me paraliza de nuevo cuando me enfoca y veo como se dibuja una enorme expresión de sorpresa en su rostro antes de que me grite un “lárgate de aquí”.

Cierro la puerta de golpe y apoyo la espalda en ella mientras recupero la calma, joder con Alejandra. Ya me imagino la escena, su marido viene con cualquier excusa a decirle algo y al final se la camela y acaban echando un polvo de despedida, típico.

Subo a mi habitación y me dedico a mis otros casos para intentar sacar de mi mente la imagen que acabo de presenciar, reconozco que estoy excitada y es algo que me turba un poco, pienso en escribirle a Manuel y decirle que he cambiado de opinión, pero lo descarto

de forma inmediata porque por muy excitada que estoy, no es con él con quién me apetece tener sexo y eso me deja desconcertada.

Capítulo 4

Alejandra

No puedo excusar lo que ha sucedido hace un rato, no he tenido en cuenta que ahora tengo una invitada en casa, pero tampoco se me ha ocurrido que le diera por entrar en la biblioteca. Me despido de Oliver, cojo ropa limpia y me encierro en el baño, lleno la bañera hasta casi desbordarla y me meto en ella mientras me pregunto qué cojones hago con mi vida. Dejo que varias lágrimas resbalen por mi rostro y se diluyan con el agua, después cierro los ojos e intento dejar la mente en blanco, cosa que no consigo, porque por algún motivo no puedo quitarme la imagen de Edurne Noriega plantada en la puerta mirándome con cara de circunstancias, pensar en ello me pone nerviosa, no quiero ni imaginarme lo que debe pensar de mí ahora.

Cuando salgo voy directa a la puerta de su habitación porque necesito zanjar esto antes de que la situación se vuelva más incómoda. Llamo a la puerta un par de veces con los nudillos antes de abrir lentamente y asomar la cabeza. Veo a Edurne sentada en la silla del escritorio leyendo algo.

—¿Puedo pasar? —pregunto intentando parecer calmada.

—Sí, claro—contesta inquieta.

Edurne deja lo que estaba haciendo y se pone en pie, apoyando el culo sobre la mesa mientras yo me acerco.

—Siento lo de antes, Alejandra, yo...

—No, espera—la corto—soy yo la que tiene que disculparse, debí...

Joder, que situación más bochornosa.

—Debí tener más cuidado, no pensé que te acercarías a la biblioteca, la verdad.

—Me has contratado porque oyes ruidos y pasan cosas extrañas en esta casa, oí el ruido y me acerqué para asegurarme de que no era nada preocupante.

—¿Oíste ruido? —pregunto sofocada.

Edurne se ríe con ganas cuando me tapo la cara con las manos.

—Joder, que vergüenza—susurro.

—No pasa nada, mujer.

—Ya—digo aturdida—oye, ¿te importa si hacemos ver que esto no ha pasado? Creo que de otro modo no podré mirarte a la cara, Edurne.

—Borrado—sonríe guiñándome un ojo—¿qué te parece si me haces esa visita guiada que me dijiste anoche?

—Sí, por favor, cualquier cosa que me distraiga de esto.

—Bien, veamos esta casa, a ver si con un poco de suerte descubrimos el origen de todos esos ruidos que dices escuchar.

Agradezco que Edurne haya desviado el tema completamente y no vuelva a hacer alusión a él.

—No te olvides de que no solo son ruidos—le recuerdo mientras salimos de su

habitación—también suceden cosas que no puedo explicar, como lo del televisor o los grifos.

—Es extraño que eso no pase con las luces—piensa en voz alta.

—Sí que pasa, a veces encuentro luces encendidas que no recuerdo haberme dejado así, pero eso no puedo asegurar que no haya sido yo, ese tipo de despistes los he tenido siempre, mi madre se hartaba de pedirme que apagara la luz de mi habitación o la del baño al salir.

—Creo que eso nos pasa a todos—sonríe.

Aprovechando que estamos en el piso superior, decido mostrarle ese primero. Le abro la puerta de mi habitación y Edurne echa un vistazo desde fuera. Después abro otra bastante grande que ahora estoy utilizando más bien de trastero. La detective entra y lo observa todo, mueve los bloques de cajas, imagino que buscando alguno inestable que pudiese explicar sonidos extraños, pero no lo encuentra.

Volvemos a salir al pasillo y caminamos hacia la siguiente habitación.

—¿Y este armario? —pregunta con interés, señalando un enorme mueble que hay en el pasillo, justo enfrente de otra de las habitaciones.

—Creo que tiene más años que tú y yo juntas, lo recuerdo de cuando venía de pequeña, aunque no sé si estaba aquí o en otro sitio.

—Es la primera vez que veo un armario en un pasillo—comenta extrañada.

—Bueno, el pasillo es muy amplio como puedes ver, mi abuela tenía tendencia a colocar las cosas donde más prácticas le parecían, quizá lo dejó aquí para guardar las toallas y la ropa de cama.

—¿Quizá? —pregunta alzando una ceja.

Me acerco al armario, es de madera maciza, tan alto que casi llega al techo, a lo mejor por eso está aquí, porque no pasa por la puerta de las habitaciones. Puede que mi abuelo lo montara sin tener ese detalle en cuenta y después le diera pereza desmontarlo, o simplemente lo montaron aquí, porque realmente queda bien, el pasillo es demasiado amplio y este enorme mueble situado en uno de los laterales le da cierta calidez. A mí personalmente me encanta. Consta de dos hojas cerradas con llave, una llave que no tengo ni idea de dónde está, por eso no sé lo que hay dentro.

—No he encontrado la llave todavía—le digo señalando la cerradura—pero estoy segura de que aparecerá, cada día que pasa voy encontrando más cosas, ayer mismo encontré una copia de las llaves del garaje en un bote de cristal, dentro de uno de los armarios de la cocina.

—Cosas normales en este tipo de lugares, la verdad es que tiene mucho encanto.

—Sí que lo tiene, si no fuera por todas estas cosas que pasan últimamente, me sentiría de maravilla.

—¿No has pensado en forzarla? —pregunta señalando la cerradura—me muero de curiosidad—sonríe azorada.

—Claro que lo he pensado, pero me sabe mal romperlo, a pesar de ser antiguo es precioso.

—Sí que lo es.

—Haremos una cosa, dejaremos pasar una semana más, y si en ese tiempo la llave no aparece, te dejo que revientes la cerradura.

—No hace falta, mujer, no te preocupes, es solo un armario. ¿Seguimos?

Le muestro la habitación que hay justo frente al armario, era el antiguo despacho de mi abuelo, aunque ahora mismo lo único que hay es una mesa vieja de escritorio, un par de

sillas y algunas estanterías adornadas con figuras y algunos libros. Es la que también posee la entrada directa desde el exterior, lo cierto es que la distribución de esta masía es un tanto peculiar, pero supongo que en la época en que fue construida todo se hacía de otra manera que no voy a cuestionar. Le enseño a Edurne la puerta, la abro y salimos, hay un pequeño rellano, una especie de terraza rodeada por una baranda de balaustrada y las escaleras de acceso a la derecha. Volvemos dentro y cierro asegurándome de echar también el pestillo interior.

Al salir de la habitación, me dirijo al fondo del pasillo y tiro de la trampilla del techo para bajar la escalerilla, por donde subimos y le muestro un enorme desván que se encuentra completamente vacío.

—Vaya, cuando hemos empezado a subir estaba segura de que este era un buen lugar para encontrar el origen de los ruidos, pero está vacío—dice mirando a un lado y a otro con desilusión.

—Estás poniendo la misma cara que puse yo al verlo, también estaba segura de que aquí encontraría algo, supongo que hemos visto demasiadas películas.

Tras dar por finalizada la planta superior, bajamos a la inferior, seguimos el pasillo que conduce a la biblioteca, abro la puerta y le doy paso. Edurne entra sin hacer ningún comentario, pero yo no puedo evitar que el bochorno se apodere de mí otra vez, sobre todo cuando pasa por el lado de la mesa donde yo estaba sentada cuando ella ha entrado.

—Es enorme—comenta con asombro—¿cuántos libros crees que hay aquí?

—Uff, ni idea, pero los suficientes como para llenar una pequeña biblioteca municipal en el pueblo.

Edurne se acerca a las estanterías, mueve los libros, abre cajones, busca rincones ocultos y hasta me hace pensar que busca algún mecanismo secreto, lo que se confirma cuando se gira hacia mí con cierta incertidumbre.

—¿Crees que es posible que haya alguna puerta secreta? —pregunta sofocada al ver que sonrío.

—Lo dudo, al otro lado de esa pared que estás mirando hay una habitación que mi abuelo utilizaba como bodega, ahora te la mostraré. La de enfrente es la que da al hueco de la escalera, aquella da a la calle como puedes ver, y esta al pasillo, no hay posibilidad de que haya algún hueco.

—Lástima—sonríe.

De pronto escuchamos unas voces que provienen del comedor, Edurne me mira con los ojos muy abiertos y yo noto las pulsaciones disparadas en mi pecho.

—¿Qué es eso? —pregunta asustada.

—El televisor—afirmo cuando por fin me calmo.

Las dos salimos de la biblioteca y comenzamos a caminar a paso muy lento hacia el comedor, por muy convencida que esté de que es el televisor, no puedo evitar sentir cierto miedo, un miedo que sin duda también tiene Edurne, que camina tan pegada a mi espalda que como me detenga me arroyará como un tren de mercancías.

En efecto, en cuanto llegamos al comedor encontramos el televisor encendido. Me acerco con rapidez y lo apago, como si así esto no hubiese pasado, después lanzo un profundo suspiro de alivio, porque por primera vez hay alguien más conmigo cuando esto ha sucedido, lo que significa que no me estoy volviendo loca. La detective se queda paralizada durante varios segundos, no la interrumpo, prefiero dejar que lo procese a su modo.

—¿No hay posibilidad de que esté programada para encenderse a ciertas horas? — pregunta sin borrar la cara de espanto.

—¿Tú has visto este trasto, Eburne? Tiene al menos treinta años, da gracias a que todavía funcione.

—Joder, no sé si podré con esto—dice nerviosa.

—Es solo un televisor.

—Un televisor que se ha encendido solo.

Me encojo de hombros sin saber que decirle y la observo mientras va dando vueltas por el comedor.

—¿Te importa que avisemos a un electricista?

—¿Para qué? —pregunto intrigada.

—Quiero que compruebe la instalación eléctrica de la casa, quizá haya pequeñas bajadas de tensión que tú no percibes, y al volver de nuevo provocan que el televisor se encienda, no sé—dice nerviosa.

—Ese misterio podemos resolverlo nosotras solas—afirmo muy segura.

—¿Cómo? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Los plomos están ahí—digo señalando el cuadro que hay al lado de la puerta de entrada—solo tenemos que bajarlos todos y volverlos a subir. ¿Quieres que lo hagamos?

—Sí, por favor.

Abro la tapa que esconde el cuadro de luz y bajo todos y cada uno de los interruptores, Eburne está situada a mi lado con la mirada fija en el televisor cuando empiezo a subirlos uno por uno.

—Joder—se queja cuando subo el último y no ha pasado nada.

—Reconozco que era una buena posibilidad, pero ya ves que no es eso.

Eburne baja la cabeza y se masajea la nuca con la mano, no sé si para intentar relajar la tensión que siente o porque le duele, pero es la segunda vez que lo hace esta mañana.

—¿Estás bien?

—Sí, solo me duele un poco.

—¿Nervios?

—No, aunque si siguen pasando cosas extrañas en mi presencia te aseguro que los tendré. Tuve un accidente de coche hace poco y todavía me resiento.

—Vaya, si te duele mucho puedo hacerte un masaje, tengo pomada para los golpes, no es lo mismo, pero podría servir.

—Te lo agradezco, pero no te preocupes, estoy bien—dice esbozando una sonrisa que me gusta.

—Como quieras, si cambias de opinión solo tienes que decirlo.

—Gracias.

—¿Salimos y te enseño el garaje?

—Claro.

Pese a habernos puesto los abrigos, al salir a la calle una bofetada de aire gélido nos recibe sin ninguna compasión. El día está muy gris, el sol sigue sin salir y dudo que lo haga, han anunciado tormentas para esta semana, así que no creo que tarde en comenzar a llover. Le muestro a Eburne el garaje, la puerta de la entrada son dos hojas de madera enormes, ambas muy deterioradas por el paso de los años y la exposición a la intemperie. Están hinchadas por el agua y solo una de ellas permite abrirla poco más de un metro, por eso no meto el coche dentro, esta es una de las primeras cosas que debo cambiar.

Lo único que hay dentro son un par de bancos de herramientas que utilizaba mi abuelo. También dos estanterías con los utensilios del huerto, un huerto que obviamente ya no existe y que no tengo intención de cultivar. Salvo esas cosas y una máquina de arar manual, lo único que hay aquí dentro es humedad y mucho polvo.

Después damos una vuelta por los alrededores de la masía. Edurne se queda maravillada ante la belleza del lugar, todo es naturaleza, los vecinos más cercanos están a algo más de un kilómetro y lo único que hay aquí es un enorme bosque que se extiende por la parte frontal y lateral izquierda de la masía, por el otro lado es una vasta extensión de prado que muere en la carretera principal, a dos kilómetros de aquí.

—¿No te da miedo vivir aquí sola? —pregunta con asombro.

—Pues si te soy sincera, no, es un pueblo pequeño y no recuerdo que mis abuelos me contaran nunca que pasara nada malo, de hecho, ellos eran de los que dejaban la puerta abierta incluso por las noches. Es una afición que, por supuesto no comparto, pero desde que estoy aquí, solo veo pasar excursionistas por el camino, pero nunca nadie ha venido a molestarme.

—Que valiente, yo me tengo que quedar una noche aquí sola y me cago encima— confiesa arrancándome una sonrisa.

Capítulo 5

Edurne

Después de comer me voy un rato a mi habitación, Alejandra ha dicho que se iba a echar una siesta y me parece un buen momento para estar atenta a los ruidos.

Mientras espero a que suceda algo, abro el portátil y busco información sobre casos paranormales, pero lo que leo no hace más que inquietarme, así que decido que esa no es una buena vía e intento centrarme.

Soy detective, me dedico a investigar, y aunque este caso es algo peculiar, debo centrarme en descubrir por qué sucede todo lo que sucede aquí, aunque lo del televisor me desmoraliza por completo, para eso no se me ocurre ninguna explicación. Yo misma he estado esta mañana en el piso inferior y estaba apagado, y me encontraba junto a Alejandra cuando se ha puesto en marcha, así que salvo que en esta casa haya un elfo doméstico que se dedique a fastidiarnos, no puedo encontrar una explicación racional.

Abro la ventana y apoyo los brazos en la repisa, el frío me despierta todos los sentidos de golpe y se me enciende una pequeña bombilla en el cerebro. Vuelvo a cerrar, cojo mi libreta de apuntes y anoto unas cuantas cosas, creo que el primer paso será saber más cosas sobre esta masía.

Una hora después, y decepcionada por no haber notado nada extraño, bajo a la cocina para prepararme algo de merendar. Cuando estoy terminando, baja Alejandra y se sienta conmigo.

—¿Te puedo hacer algunas preguntas sobre la masía?

—Claro, mujer, ¿qué quieres saber? Aunque te advierto que no te podré decir gran cosa salvo que pertenecía a mis abuelos—comenta haciendo una mueca.

—¿Sabes si la compraron? ¿O la mandaron construir?

—Ni idea, ya te he dicho que no te voy a servir de mucha ayuda, lo único que puedo asegurarte es que la tienen desde que tengo memoria, y ya he cumplido los cuarenta.

Me muerdo la lengua y menos mal, porque he estado a punto de decirle que los cuarenta le sientan jodidamente bien, ¿es que estoy tonta o algo? Tal vez lo esté, pero me he dado cuenta de que cuanto más miro a Alejandra, más hipnotizada me siento por ella.

—¿Y tus padres? ¿Crees que ellos nos podrían decir algo más? —pregunto centrándome de nuevo.

—Mi padre murió cuando yo era adolescente, y mi madre hace cinco años.

—Vaya, lo siento mucho.

—Tranquila.

—Me dijiste que la heredaste hace un par de años, ¿verdad? —pregunto haciendo memoria.

—Sí.

—¿Hasta entonces tus abuelos vivían aquí?

—No, cuando mi abuela empezó con la demencia se trasladaron al pueblo para no estar

tan aislados, eso debió ser hace unos diez años. Todo ese tiempo la masía estuvo cerrada, aunque mi abuelo se pasaba por aquí un par de veces cada semana para darse una vuelta y asegurar que todo estaba bien. Ella falleció un año después y él no quiso volver, falleció hace dos años, que es cuando la heredé, y en todo ese tiempo solo he venido un par de veces con mi marido.

—Comprendo. ¿Tienes hermanos? ¿Alguien a quién no le haya hecho gracia que tú heredes la masía?

—No, soy hija y nieta única, mi familia no era muy amplia.

Asiento decepcionada, cada vez que se me ocurre algo que pueda explicar esto; como un hermano celoso que quiera hacerle la vida imposible, Alejandra me lo desmonta con sus respuestas.

—Entiendo que una vez fallecieron tus abuelos, tú pasaste a hacerte cargo de todas las facturas.

—Sí, claro, aunque si te soy sincera no sé ni lo que pago, domicilié todos los recibos en una cuenta que abrí con el dinero que heredé, y lo cierto es que no miro nunca lo que me cobran—dice mordiéndose el labio y elevando las cejas.

Supongo que es lo que tiene ir desahogada económicamente, que no necesitas comprobar cada movimiento para asegurarte de llegar a fin de mes.

—¿Te importaría facilitarme todos los recibos de agua y luz que has pagado desde que heredaste la casa?

—¿Todos? —pregunta alarmada.

—Sí, por favor, ya sé que es una faena, pero quiero comprobarlo todo.

—Está bien, aunque creo que tendré que solicitarlos en las respectivas oficinas, la aplicación del banco solo me guarda los registros del último año, además no tengo impresora.

—Lamento causarte molestias.

—No te preocupes, mañana mismo iré a pedirlos.

El resto del día transcurre sin más incidentes. En mi libreta he dibujado el dichoso televisor con un enorme interrogante al lado, no se me ocurre nada que lo explique, al menos por ahora.

Le he pedido permiso a Alejandra para coger un par de libros de la biblioteca, he cogido los dos títulos que más pelmazo me han parecido, necesito algo que me aburra soberanamente para que me entre mucho sueño y así duerma toda la noche del tirón.

Antes de meterme en la cama, y pese a que llevo todo el día intentando mentalizarme para no hacerlo, finalmente, me arrodillo en el suelo, levanto la falda del edredón y me aseguro hasta tres veces de que no hay nadie debajo. Si me viese mi hermana le daba un pasmo.

Cuando estoy segura de estar sola en la habitación, por fin me siento en la cama y fijo la mirada en la jodida lámpara de noche, la enciendo y ahí está, esa sombra que me perturba dibujada en el techo. Lo único que se me ocurre es recurrir al método que utilizaba mi abuela por las noches, a ella le gustaba leer en la cama, y para no molestar a mi abuelo solía colocar un pañuelo sobre la lámpara de noche para quitarle densidad, así ella tenía luz y él podía dormir sin que le molestara.

Cojo una camiseta blanca y se la pongo por encima, sonrío satisfecha al descubrir que ahora la sombra se dibuja sobre la mesita y no tiene forma de persona. Abro uno de los libros y comienzo a leer, doce bostezos y veinte minutos después, apago la luz y me

acurruco bajo el mullido edredón.

Capítulo 6

Edurne

Una ligera sensación de frío me despierta, pero estoy tan a gusto que me da pereza moverme. Es como si la parte de debajo de las sábanas se hubiesen salido y entrara el frío por ahí, estiro las piernas al máximo para intentar comprobar mi teoría.

—Joder—resoplo de mal humor al descubrir que, en efecto, las sábanas se han salido.

Hago varios movimientos inútiles con los pies para intentar encontrar un término medio que me permita seguir durmiendo sin congelarme y que a la vez me evite tener que levantarme cuando de pronto una mano helada me sujeta el tobillo izquierdo con firmeza, el corazón se me desboca y el pánico me paraliza, son décimas de segundo el tiempo que siento esa mano ahí, antes de que me dé un fuerte tirón que me arrastra unos centímetros por el colchón para después soltarme.

Nota el temblor en todo mi cuerpo, soy incapaz de pensar ni de vocalizar nada, quiero gritar el nombre de Alejandra, pero es como si algo me estuviera oprimiendo las cuerdas vocales. Todo está sucediendo más rápido de lo que puedo asumir, el miedo me tiene paralizada, pero por fin consigo obligarme a abrir los ojos, necesito ver qué es lo que sucede, porque como sea una broma de Alejandra juro que cojo un cuchillo de cocina y se lo clavo en el corazón sin que me tiemble el pulso. Me cago en todo lo habido y por haber.

Con el sonido de mi respiración agitada inundando la habitación, me armo de valor y abro los ojos, la persiana no cierra del todo y hay varias rendijas que dejan pasar la luz de la luna lo suficiente como para que pueda distinguir la silueta de los muebles. Como digo, todo está pasando muy rápido, aunque mi mente parezca ralentizada, todavía siento el contacto de esa mano alrededor de mi tobillo pese a que me acaba de soltar, enfoco con terror hacia los pies de la cama esperando encontrar a alguien. Me alivia ver que quién fuera ya no está ahí, pero me dura poco, porque por el raballo del ojo izquierdo percibo un movimiento, de forma automática miro hacia la puerta y veo bajo el marco la silueta de una mujer, mi corazón se detiene, la figura permanece inmóvil un par de segundos y después desaparece por el pasillo.

No sabía que tuviese esta potencia de voz, pero en cuanto ese ser ha desaparecido, mi garganta ha soltado un grito de pánico tan desgarrador que estoy segura de que me han escuchado desde el pueblo. Enseguida veo luz en el pasillo y Alejandra aparece en mi habitación, enciende la luz del techo de inmediato y entorna sus ojos grises soñolientos al sentirse cegada por la luz.

—¿Qué ha pasado? —pregunta asustada con el pelo enmarañado.

—¡Apártate de la puerta! —grito histérica.

Solo de pensar que ese ser vuelva y ataque a Alejandra se me encoge el pecho. Alejandra por poco se caga del susto y se aparta de un bote mirando hacia atrás como si esperase encontrar al mismísimo demonio. Cuando comprueba que no hay nada sale despavorida hacia mi cama con expresión de terror, si no la ha asustado mi grito, la he

asustado yo con el panorama que le ofrezco. En cuanto llega a mí se sienta a mi lado y me observa con gesto preocupado.

—Joder, que susto me has dado—dice con los ojos abiertos como si se hubiese metido algo.

—Lo siento...

Cuando por fin se recompone, carraspea un poco y me mira.

—Estás temblando—asegura tocando mis brazos—¿qué te pasa, Edurne? ¿Has tenido una pesadilla?

—No era una pesadilla—afirmo, y rompo a llorar por el susto y me aferro a ella para que me envuelva con sus brazos.

Alejandra, aunque debe estar completamente alucinada por todo lo que pasa o pensando que está soñando, me abraza y me tapa con el edredón al notar la intensidad de mis temblores.

—Ya está, Edurne, estoy aquí contigo, te prometo que no va a pasar nada—susurra en un intento de calmarme.

Yo no tengo claro que no vaya a pasar.

—Quiero irme a mi casa, no quiero estar aquí—sollozo nerviosa.

—No puedes irte en mitad de la noche, tienes que calmarte y contarme lo que ha pasado.

—Había alguien aquí, en mi habitación—aseguro con voz temblorosa, sin permitir que me aparte de ella.

—¿Qué dices? —pregunta inquieta—¿quién había, Edurne?

—Una mujer, una chica joven, creo.

—¿Crees?

—Sí, por su silueta me ha parecido que era joven, no sé.

Me aferro más a ella y Alejandra deja de preguntar, simplemente me acaricia la espalda con firmeza esperando a que me calme y pueda explicarle las cosas de una forma más coherente y sin parecer una chiflada. Aun así, veo como sube los pies a la cama como si temiera que alguien se los cogiese. Está claro que la estoy asustando.

Poco a poco logro relajar la respiración, mi llanto ha parado por completo y, aunque estoy cagada de miedo, me siento medianamente segura con Alejandra a mi lado.

—Dime qué ha pasado—pregunta de nuevo al ver que mi estado de pánico ha mejorado.

—Me desperté porque tenía frío y me di cuenta de que entraba por la parte de debajo de la cama, como si las sábanas se hubiesen salido.

Las dos miramos a la vez hacia la parte de abajo, ahora que hay luz, vemos que, en efecto, tanto la sábana como el edredón están salidos por la parte baja del lado en el que yo dormía. Un escalofrío me recorre el cuerpo antes de mencionar lo siguiente que ha sucedido.

—Estiré las piernas para intentar cubrirme bien, y de repente alguien me sujetó por el tobillo y tiró con fuerza hacia abajo, consiguió moverme algunos centímetros—suelto del tirón.

Después lanzo un profundo suspiro al aire.

—¿Qué coño dices? —pregunta turbada—eso no puede ser, Edurne, aquí no hay nadie.

—¡Te aseguro que lo había! —le grito indignada.

—Vale, vale, perdona, es que joder, da mucho miedo...

—Dímelo a mí.

—¿Te ha hecho daño?

—No, solo ha sido un tirón.

—Déjame ver.

Alejandra coge mi pie antes de que pueda impedírselo y sube el pantalón del pijama lo suficiente como para que las dos nos quedemos atónitas, tengo una marca rojiza alrededor del tobillo, justo por donde me han cogido.

—¡Jesús, María y José! —exclama perpleja—¿y qué pasó después?

—¡Qué por poco me muero del susto, joder! —grito indignada.

Alejandra me mira sin comprender y yo intento relajarme, la pobre no tiene la culpa de lo que ha pasado.

—Quería llamarte, estaba tan asustada que solo quería gritar tu nombre, pero la voz no me salía—le cuento mientras ella coloca su mano sobre la mía y la aprieta con afecto—me armé de valor y abrí los ojos, sabía que tenía que estar cerca, y entonces vi su silueta bajo el marco de la puerta, Alejandra, y te aseguro que yo la había cerrado antes de irme a dormir.

—Lo sé, estaba así cuando fui al baño. Joder, Edurne, me acabas de poner la carne de gallina—dice mostrándome su brazo—¿cómo era? ¿y cómo sabes que era una chica?

—Por la silueta de su cuerpo, eran curvas de mujer, lo de que fuera joven no sé cómo explicarlo, fue una percepción, porque apenas la vi un par de segundos, pero fue la sensación que tuve.

—¿Y después?

—Desapareció por el pasillo, no sabría decirte en qué dirección.

Mi anfitriona se pone en pie de un salto, coge uno de mis botines del suelo y se encamina lentamente hacia la puerta mientras yo la miro estupefacta. ¿De verdad pretende defenderse con eso?

—¿Qué haces?

—Hemos de inspeccionar toda la casa y asegurarnos de que no hay nadie—asegura.

—Espera un momento, no pretenderás dejarme sola, ¿verdad? —pregunto asustada.

—Aquí estarás a salvo—dice como si estuviera leyendo el guion de una película.

—Y una mierda a salvo, te recuerdo que hace unos minutos alguien ha entrado en mi habitación.

—Ya lo sé, y por eso mismo debemos asegurarnos de que no sigue dentro de la casa.

—Hablas dando por hecho que era una persona, ¿y si era un espíritu?

—Joder, Edurne, eso no puede ser—dice de mal humor.

—¿Por qué no? Dijiste que habías hablado con una médium, por lo tanto, contemplas la posibilidad.

—No puede ser un espíritu, porque si lo es, te aseguro que no me quedaré en esta casa sola, aunque la médium consiga echarlo—dice aturdida.

No me extraña, yo tampoco me quedaría.

—Podríamos irnos a mi apartamento a pasar lo que queda de noche, volvemos por la mañana e inspeccionamos la casa.

—Ni hablar, si queremos descubrir lo qué sucede debemos quedarnos aquí. Entiendo que estés asustada y quieras irte, pero por favor, no lo hagas, ayúdame, Edurne, te pagaré el doble, pero no me dejes o no podré soportarlo—suplica enfocándome con esos ojos grises que por algún motivo llaman poderosamente mi atención.

—Está bien, inspeccionemos la casa, pero si quieres que me quede tendrás que dormir

conmigo lo que queda de noche o no pegaré ojo.

—Sin problema, yo también estoy cagada, aunque no te lo parezca.

Me pongo una sudadera, y dedicamos más de media hora a recorrer la casa por completo. Dejamos las luces encendidas allá por donde pasamos por si encontramos algo y tenemos que salir corriendo, pero finalmente decidimos dar la exploración por acabada, aquí no hay nadie tal y como ambas hemos pensado, aunque no lo digamos.

—¿Dónde quieres dormir? ¿Tu habitación o la mía? —pregunta mientras subimos al segundo piso, mirando a nuestras espaldas cada dos por tres por si alguien nos sigue o aparece.

—En la tuya, necesito salir de esa habitación por unas horas, pero antes necesito ir al baño.

—Claro, faltaría más—dice sin comprender.

—Necesito que entres conmigo y descorras la cortina de la bañera—le pido abochornada.

Alejandra me sonrío con cariño, y sin decir nada al respecto, enciende la luz del baño y entra delante de mí, descorre la cortina con cierto nerviosismo y sonrío con alivio al descubrir que no hay nadie.

—¿Te importa quedarte junto a la puerta y no cerrarla?

—No me supliques, Edurne, ni me preguntes como si me pareciera una locura lo que me pides, es normal que estés asustada después de lo que ha pasado, yo también lo estoy, te lo aseguro, y cuándo tú acabes te agradecería que hicieras lo mismo por mí.

Sonrío agradecida, Alejandra se da la vuelta y me siento en la taza del inodoro. Lo que me sorprende es no haberme meado encima del susto.

Minutos después, cerramos la puerta de su habitación y nos metemos en la cama después de que yo haya mirado tres veces bajo ella sin que Alejandra haga ningún comentario al respecto. Las sábanas huelen a ella y por algún motivo que desconozco y no comprendo, ese olor me gusta y me hace sentir en casa.

—¿Estás bien? —pregunta antes de apagar la luz.

—Sí, aunque estaré mejor si me permites acercarme, sigo estando acojonada—confieso avergonzada.

—Claro, mujer, ven aquí.

Alejandra apaga la luz, me acerco a ella y me pongo de lado dándole la espalda; de modo que me siento protegida por ella y acabo haciéndome un ovillo. La sorpresa me la llevo cuando siento su brazo pasar por encima de mi cuerpo para abrazarme, me agarro a su mano como si me fuese la vida en ello y gracias a la seguridad que ella me proporciona, consigo dormirme de nuevo.

Capítulo 7

Alejandra

Mientras preparo el café observo a Edurne desperezarse sentada en la silla, algo parece crujir en la parte alta de su espalda y hace una mueca de dolor. Sin decirle nada, me coloco detrás de ella y pongo las manos sobre sus hombros. Noto como su cuerpo se tensa y pienso que me va a decir que me aparte, pero suspira y no dice nada, así que comienzo a masajear sus hombros y su cuello con cuidado de no apretar mucho y empeorar lo que tiene, solo pretendo aliviarla un poco.

—Anoche te dormiste enseguida—comento para intentar que se relaje.

—¿Tú no?

—Me costó un poco, la verdad es que estaba inquieta y me costó relajarme, no podía dejar de pensar en lo que me habías contado.

—Debes creer que estoy loca.

—No digas tonterías, te recuerdo que fui yo la que te contrató porque pasaban cosas extrañas, entre ellas presencias. Yo no he llegado a ver nada, y joder, de verdad que no quiero verlo, pero a veces sí que he tenido la sensación de que había alguien o algo cerca.

—Podríamos llamar a la policía de nuevo, que esta vez echen un vistazo con más detenimiento—propone bastante preocupada.

—Pensarán que estamos locas, Edurne. Ya sería la segunda vez, y tú y yo recorrimos toda la casa sin encontrar nada—digo mientras sigo con el masaje.

—Supongo que tienes razón, pero debes saber que mi hermana es inspectora de homicidios, si en algún momento necesitamos recurrir a la policía y no nos toman en serio, podemos decírselo a ella.

—Interesante saberlo—digo con sinceridad.

Puede que su hermana también nos tome por locas, pero en caso de hacer falta, supongo que hará todo lo que pueda por la seguridad y la cordura de Edurne.

—En cuanto terminemos de desayunar me acercaré al pueblo para solicitar los recibos que me pediste, ¿te quedas aquí o prefieres venir conmigo?

—Me voy contigo—asegura girándose de golpe para mirarme—yo no me quedo sola aquí ni loca, Alejandra.

—Está bien—sonrío ante su cara de terror—ya suponía que dirías algo así.

Edurne sonrío y se encoge de hombros, su sonrisa me produce un leve hormigueo que me descoloca por completo, así que me aparto y voy hacia la cafetera que ya ha terminado de hacerse.

—¿Estás bien?

—Sí, claro—respondo nerviosa.

Miro unos segundos por la ventana para intentar distraerme, ayer finalmente no llovió, pero hoy las nubes son cada vez más grises. Sirvo los cafés y las dos desayunamos hablando de forma distraída sobre el tiempo tan inestable que suele haber en esta época del año hasta

que escuchamos un ruido y nos llamamos de golpe.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta muy seria con el rostro casi desencajado.

Le hago un gesto con la mano para que guarde silencio, las dos nos mantenemos inmóviles y expectantes, casi sin respirar a la espera de que el ruido se repita. Lo hace unos segundos después, parecen pisadas, sí, estoy segura de que son pisadas, y provienen del piso de arriba.

—Joder, Alejandra—dice asustada.

—Shhh, no hagas ruido—le pido en voz baja, mientras cojo un cuchillo jamonero y salgo de la cocina seguida de Edurne.

Las pisadas han sido como un leve correteo, después han dejado de oírse, pero sin duda eran pisadas. Subimos las escaleras y llegamos al pasillo, la verdad es que acojona mucho, su amplitud genera inseguridad, y el hecho de que haya varias habitaciones, todavía más; si es que hay alguien, podría haberse metido en cualquiera de ellas.

Las dos avanzamos poco a poco. Abrimos primero la habitación de Edurne, no parece haber nadie, aun así, desde la entrada, ella se agacha en el suelo y mira debajo de la cama. Siento un alivio enorme cuando niega con la cabeza, salimos y cerramos la puerta para acto seguido entrar en el lavabo, donde la jodida cortina de la bañera se mueve levemente porque la ventana está abierta, y aun sabiendo eso, da un miedo que te mueres.

—Esa cortina va a la basura hoy mismo—le digo en voz baja mientras nos acercamos.

—Menos mal, creo que es lo que más miedo me da de esta casa—confirma a mis espaldas.

Estirando el brazo y con la punta del cuchillo, descorro la cortina. No hay nadie. Salimos del baño, cerramos la puerta y repetimos la misma operación con mi habitación y después con la que era el despacho de mi abuelo sin encontrar nada.

—Deberíamos cambiar la cerradura de esta puerta, Alejandra, tal vez tu abuelo en su día le diera las llaves a alguien para que le diera una vuelta a la casa, y ahora esas llaves han acabado en manos de algún gilipollas que se dedica a asustarnos. Sé que suena descabellado, pero no perdemos nada por intentarlo—sugiere Edurne.

—Está bien, llamaré a un cerrajero para que cambie tanto esta cerradura como la de la puerta de la entrada principal—digo convencida.

—Gracias. Oye, Alejandra, tengo la sensación de que no te estoy siendo de gran ayuda, si prefieres que me vaya solo tienes que decirlo.

—¿Qué dices, Edurne? Ya sé que para ti ayudar significa resolver el problema, en mi caso ayudar significa que estés aquí y me ayudes a descubrir qué demonios está pasando. No quiero que te vayas—aseguro mirándola fijamente—salvo que tú quieras irte, eso puedo entenderlo.

Edurne niega con la cabeza y me mantiene la mirada un segundo, tiempo suficiente para que ese hormigueo de antes me vuelva a invadir. Las situaciones que no controlo no suelo llevarlas bien, y lo que me empieza a pasar con Edurne es una de ellas, así que me giro bruscamente y aprovecho para cerrar la puerta con llave e intentar pensar en otra cosa.

—¿Nos vamos? —le pregunto prácticamente sin mirarla.

—Sí, creo que un poco de aire fresco nos vendrá bien—comenta en voz tan baja que no sé si quería que la oyera o hablaba solo para ella.

¿A qué se refiere con que el aire nos sentará bien? ¿Lo dice por lo que pasa aquí dentro? ¿O lo dice por lo que empieza a pasar entre nosotras? Porque ella también ha parecido sentirse algo desconcertada en ese momento. Resoplo y la sigo escaleras abajo,

solo me falta empezar a sentir cosas extrañas por una mujer a la que apenas conozco.

Hacemos todo el viaje hacia el pueblo en silencio, por suerte, apenas son unos minutos y no nos resulta incómodo, yo voy centrada en la carretera y Edurne mira por la ventana como si fuera la primera vez que la sacan de excursión.

—¿Quieres entrar conmigo? —pregunto antes de bajarme del coche.

—No, creo que aprovecharé para hacer una llamada, si no te importa.

—Claro, mujer, ¿te quedas en el coche o prefieres que nos encontremos en una cafetería?

—Me quedo aquí, así te lo vigilo—sonríe, provocándome un nuevo pellizco en el pecho.

Capítulo 8

Edurne

En cuanto Alejandra se baja del coche cojo el teléfono para llamar a Begoña, descubriendo con hastío que tengo otro mensaje de Manuel. Resoplo antes de leerlo porque ya sé lo que pone, nosotros solo nos vemos para eso, lo que no comprendo es por qué mis ganas de sexo con él han desaparecido de una forma tan radical. Esta vez me limito a no contestar y dejar el mensaje en visto, quizá así pille la indirecta y deje de intentarlo, al fin y al cabo, no tengo porque darle ninguna explicación. Marco el teléfono de Begoña rezando para que no esté muy ocupada y pueda dedicarme unos minutos, sé que no puede hacer nada para ayudarme, pero hablar con ella siempre me tranquiliza.

—Creo que nunca me has llamado tan seguido en tu vida—dice en cuanto descuelga.

—Si quieres cuelgo—contesto con sorna.

—No, idiota, ¿qué pasa?

—¿Puedes hablar? Si estás muy ocupada puedo llamarte en otro momento.

—Tranquila, estoy esperando unos resultados del laboratorio forense y creo que va para largo, cuéntame, ¿cómo va todo en la villa del horror?

—Pues horrorosamente mal.

—No será para tanto, Edurne, siempre has sido muy exagerada...

—¿Te parece exagerado que alguien me agarrara del pie mientras estaba durmiendo? —pregunto molesta.

—Es una broma, ¿no?

—Ojalá, Bego, pero no, te aseguro que no es una broma.

—Quizá tuviste una pesadilla, a veces son tan intensas que parecen reales—resuelve.

—Tú siempre buscando explicaciones para todo, joder, ¿cómo explicarías que después de eso tuviera una marca roja alrededor del tobillo?

—Mira, Edurne, si esto es una broma no tiene gracia, cariño...

—No lo es, Bego—insisto nerviosa—te aseguro que lo que te cuento es cierto, pero no me has dejado acabar, tras eso, vi la silueta de una chica en la puerta de mi habitación, solo fueron unos segundos y después desapareció por el pasillo, pero te aseguro que estaba ahí.

Oigo a mi hermana tomar aire al otro lado del teléfono, seguro que piensa que me estoy volviendo majareta del todo.

—Crees que miento...

—No digo que estés mintiendo, Edurne, pero esa mujer también pudo ser fruto de una pesadilla, ahora, lo de la marca en el tobillo sí que no me lo explico.

—Pues te aseguro que es cierto, Alejandra también la vio.

—Deberíais haber llamado a la policía, puede que una intrusa se colara en la casa—dice nerviosa.

—Se lo propuse a Alejandra, pero después de que la última vez no la tomaran muy en serio prefirió que fuésemos nosotras las que echásemos un vistazo por la casa.

—¡Joder, Edurne! Haberme llamado a mí, sabes que en quince minutos me planto en esa casa y la pongo patas arriba.

—¿Puedes hacer eso? —pregunto asombrada.

—Claro, siempre que su dueña me dé permiso, por supuesto. Oye, no quiero que vuelvas a hacer una gilipollez de esas, si algo así vuelve a pasar me llamas de inmediato.

—Es curioso que lo digas—digo con una risa nerviosa—porque precisamente esta mañana, mientras estábamos desayunando hemos escuchado pasos en el piso de arriba y otra vez hemos vuelto a mirar por todas partes. Pero antes de que digas nada, le he pedido a Alejandra que cambie todas las cerraduras de la vivienda, hoy mismo avisará a un cerrajero.

—De acuerdo. Volviendo a lo de anoche, esa chica que viste, ¿podrías reconocerla si la vieses en otro lugar? Tal vez era alguna yonqui en busca de algo que poder vender para conseguir su siguiente dosis.

—¿Y quería vender mi tobillo? —pregunto incrédula—no Bego, no la reconocería porque apenas vi su silueta, solo podría decirte que me pareció joven, pero no una yonqui.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, lo intuyo.

—¿Lo intuyes? Joder, Edurne, me estoy empezando a preocupar de verdad, creo que deberías dejar ese caso, y esa tal Alejandra vender la masía y olvidarse del problema.

—No puede hacerlo, tiene proyectos para ese lugar, además, se está separando de su marido y ese es el único sitio que tiene para vivir ahora.

—¿Se está separando? ¿Sabes el motivo? Quizá el marido no se haya tomado bien esa decisión y sea el autor de todo lo que sucede en esa casa—propone sacando su instinto policial de nuevo.

—Joder, tú y tus teorías. Se separa porque pilló al marido con otra, así que él no creo que esté triste precisamente, seguro que ahora mismo está con su amante pasándose muy bien en la cama.

Begoña se queda en silencio y de inmediato me arrepiento de lo que acabo de decir. No hace falta que mi hermana me diga nada, sé lo que piensa ahora mismo, que el mismo dolor que pueda sentir Alejandra, yo se lo estoy provocando a otra mujer gracias a mi aventura con un hombre casado.

—Vale, no digas nada, ya lo pilló—resoplo.

—No pensaba hacerlo.

—Ya.

Justo en ese momento, veo a Alejandra dirigirse hacia el coche, o ella ha tardado muy poco o mi hermana y yo nos hemos enrollado mucho.

—Oye, Bego, Alejandra ya vuelve, hablamos en otro momento, ¿de acuerdo?

—Claro, cariño, ten cuidado, y por favor, no hagáis más gilipolleces, sabes que no apago el teléfono nunca.

—Lo sé, si vuelvo a notar algo raro te llamo.

—Eso.

Me despido de mi hermana justo cuando Alejandra entra en el coche y las primeras gotas de lluvia comienzan a caer.

—Aquí tienes—dice mostrándome un sobre—son los recibos del agua de los dos últimos años, les he echado un vistazo rápido y no veo nada que llame la atención.

—Porque seguramente no lo hay, aun así, me gustaría echarles un vistazo con calma.

—Claro, puedes quedártelos. En cuanto a la luz, el chico me ha dicho que no podía

hacerlo en este momento, que me llamarán en un par de días para que pase a buscarlos.

—Está bien.

—Ah, y aprovechando que hacía cola he llamado a un cerrajero, vendrá en media hora, así que salvo que tengas que hacer algún recado nos vamos ya.

—Que efectiva eres—digo sin poder disimular una sonrisa de agrado.

Está claro que Alejandra cada vez capta más mi atención, aunque no tenga ni idea de porqué.

—Pues claro—afirma sonriente, después me guiña un ojo y mi corazón se salta dos latidos.

No consigo reaccionar hasta que no nos ponemos en marcha.

Una hora más tarde, el cerrajero ha terminado su trabajo y me siento mucho más tranquila, estoy segura de que esto no es la solución del problema, pero al menos sabremos que ya nadie más tiene acceso desde fuera, ahora las únicas llaves de Villa Varea las tiene Alejandra.

Después de comer le pido permiso a Alejandra para utilizar el despacho de su abuelo, no me apetece encerrarme en mi habitación a solas después de lo que sucedió anoche, todavía no estoy preparada, solo de pensarlo se me corta la respiración. Me siento en el escritorio y dedico un buen rato a estudiar con detenimiento los recibos del agua, pero como ha dicho Alejandra, no hay nada extraño; durante estos dos últimos años ha pagado el servicio mínimo, si los grifos se hubiesen abierto solos cuando ella no estaba, no habría nadie para cerrarlos, y a parte de una inundación, alguno de los recibos hubiese subido más de lo habitual, pero no hay nada, solo puedo esperar a los de la luz.

Me encuentro absorta estudiando informes de otro de mis casos cuando Alejandra abre la puerta y por poco me da un paro cardíaco.

—Joder, que susto, no vuelvas a hacer eso otra vez, por favor—digo poniéndome en pie de un salto.

—Perdona—dice sin poder dejar de reír—te juro que no pretendía asustarte.

Me pierdo en su sonrisa y en el gris de sus ojos, tanto, que pienso que el susto ha valido la pena solo por verla sonreír. ¿Qué coño me pasa?

—¿Cenamos? —pregunta con media sonrisa.

¿Es que se ha dado cuenta del efecto que produce en mí? Espero que no, porque necesito pedirle que me deje dormir con ella esta noche y no creo que se sienta cómoda si cree que me gusta. ¿Me gusta? Oh, joder, creo que el estrés que me produce esta casa me está pasando factura.

—Claro, me muero de hambre—aseguro, justo cuando un trueno suena tan fuerte que parece que el suelo se haya abierto bajo nuestros pies.

Me quedo paralizada del susto y Alejandra vuelve a reír, solo que esta vez se acerca a mí, me coge de la mano y tira de mí hacia la puerta.

—Vamos, anda, como te des otro susto tendré que llamar a emergencias para que te reanimen—bromea.

—Podrías reanimarme tú, porque entre que llegan y no, igual me he muerto...

Ni siquiera sé por qué he dicho algo así, pero cuando me doy cuenta de cómo ha sonado ya es tarde, Alejandra se detiene y se gira hacia mí, quedándose a escasos centímetros de mi boca y haciendo que mi cuerpo entero reaccione de un modo que me provoca un pinchazo entre las piernas.

—No me importaría hacerlo, te lo aseguro—afirma muy seria.

Tras eso, se da la vuelta de nuevo y comienza a caminar mientras yo intento recordar cómo se respira.

Capítulo 9

Edurne

Mientras estamos preparando la cena la tormenta se intensifica, los truenos y los relámpagos son cada vez más frecuentes y la luz empieza a hacer amagos para irse, lo que me pone jodidamente nerviosa, solo me falta eso.

—¿Se suele ir la luz a menudo? —pregunto inquieta.

Alejandra se gira después de parar el fuego de la sartén y eleva las cejas sonriente.

—En las semanas que llevo aquí no ha pasado, pero por si acaso prepararemos unas velas, ¿te parece bien? —pregunta haciendo una suave caricia en mi brazo.

Es solo un gesto, una caricia que le podría hacer perfectamente a cualquier amiga, pero no a mí, joder, no a la persona que sin saber el motivo está empezando a sentir algo por ella, algo que parece crecer a un ritmo vertiginoso.

—Sí, mucho mejor—respondo intentando mantenerme tranquila.

Dejamos un par de velas sobre la mesa junto a un mechero. Alejandra pone dos copas sobre la encimera y espera a que yo las llene para llevarlas a la mesa cuando la luz se va un segundo y vuelve antes de que me dé tiempo a asustarme.

—Has dicho que no se iba...

—Joder, eres muy gafe, Edurne—se burla divertida.

Pero bueno, ¿es que esta mujer no se asusta por nada? Si en lugar de cogermelo el tobillo a mí se lo hubiesen cogido a ella, quizá no se lo tomaría tan a broma. ¿O es que tal vez lo hace para intentar quitarle hierro al asunto y que yo me relaje? Si es eso último sería un detalle, pero lamentablemente no hay nada que ella pueda hacer para que yo deje de sentirme inquieta en esta casa, no desde lo que pasó anoche.

—¿Insinúas que lo que pasa aquí es peor desde que he llegado? Porque puedo irme—contesto con una chulería que la hace elevar una ceja con agrado.

—Siéntate, anda, que esto ya está.

Como la luz hace pequeños amagos de irse constantemente, por si acaso decido encender una de las velas, eso me da cierta seguridad y a la vez provoca en Alejandra otra de esas sonrisas que tanto me gustan últimamente.

—¿Cómo fue el accidente? Si puede saberse, claro—pregunta mientras cenamos.

—Sí, mujer, fue algo que lamentablemente pasa muy a menudo, me quedé dormida al volante—confieso haciendo una mueca.

—Vaya, ¿no habías dormido?

—No lo suficiente, estaba llevando un caso que requería muchas horas de vigilancia, me mantenía despierta a base de cafés, pero aquella noche, cuando por fin volvía a casa, estaba tan cansada que el sueño me venció. Me salí de la carretera y acabé empotrándome contra un árbol, por suerte, en aquel momento no venía ningún coche de frente y no le hice daño a nadie, pero cuando pienso en lo que podría haber pasado se me forma un nudo en el pecho.

—Fue un accidente, Edurne, y como tú misma has dicho, eso pasa más a menudo de lo que sabemos. Quizá deberías contratar a alguien para que te eche una mano en casos como ese.

—Eso dice mi hermana—sonrío.

—Pues tu hermana tiene razón, seguro que es una mujer muy inteligente—bromea haciéndome reír.

—¿Te puedo preguntar algo? —pregunto haciendo una mueca.

—Con esa cara que pones miedo me das...—se ríe.

—No, es solo que no sé a qué te dedicas y siento curiosidad.

—Ah, bueno—sonríe otra vez—eso es fácil, soy guionista.

—¿En serio? —pregunto elevando las cejas—¿se puede vivir de eso? Bueno, perdona, no sé, es que...

Joder, parezco gilipollas, suerte que Alejandra se lo toma a risa.

—No es para volverse loca, pero sí que me da para vivir.

—Pues ahora podrías escribir un guion con lo que pasa en esta casa, un guion de miedo, claro, seguro que te forras—sugiero convencida mientras ella suelta una risotada.

Debo reconocer que mientras cenamos, Alejandra ha conseguido que durante varios minutos me olvide completamente del motivo que me ha traído a Villa Varea. Estaba convencida de que eso sería imposible y ahora me tengo que tragar mis palabras, mi anfitriona tiene una conversación realmente interesante, además de una sonrisa con la que seré capaz de soñar cuando me marche de aquí, porque mientras esté dentro de esta casa creo que solo voy a tener pesadillas.

—Tengo que pedirte algo—comento sonrojada.

—Claro, mujer, dime—contesta mirándome con curiosidad.

—No me atrevo a dormir sola en esa habitación después de lo que pasó anoche, Alejandra, llevo todo el día intentando mentalizarme de que sí, pero yo sé que no, en cuanto cierres la puerta de tu habitación me voy a cagar de miedo—confieso tras un hondo suspiro.

—No pensaba pedirte que lo hicieras, Edurne, soy consciente del miedo que tuviste que pasar, aunque no te diga nada todavía me entran escalofríos cada vez que lo pienso, dormiremos en mi habitación hasta que resolvamos esto, ¿de acuerdo?

—Gracias—digo aliviada.

—No me las des, soy yo quien debería dártelas a ti por no haberte marchado corriendo, cualquiera en tu lugar lo habría hecho.

—¿Tú también? —pregunto elevando una ceja.

—Sí, pero te hubiera arrastrado conmigo, no me marcharía de aquí sin ti—dice mirándome fijamente.

Cuando ve mi cara de sorpresa por su comentario baja la mirada y de inmediato se levanta a recoger la mesa. ¿Qué acaba de pasar? Su última frase puede tener muchas interpretaciones, pero por su forma de mirarme me ha parecido que iba mucho más allá del hecho simple de que saliéramos de aquí, me ha dado la impresión de que había un trasfondo en sus palabras, una especie de mensaje oculto para indicarme que por algún motivo que ella también desconoce, le importo.

Yo también me levanto en silencio y la ayudo a recoger la cocina. Minutos después y algo más relajadas, decidimos que ya es hora de ir a dormir. Sigo a Alejandra por las escaleras sin poder controlar mi mirada, que no deja de posarse en sus nalgas que cada vez me parecen más apetecibles. ¡Jesús! ¿Esto va a ser así a partir de ahora? Me siento como

una adolescente salida. Suspiro hondamente e intento relajarme, no puedo seguir en este estado.

Cuando Alejandra abre la puerta de su habitación y enciende la luz, ahoga un grito sordo y se tapa la boca con las manos a la vez que se detiene en seco. Ni siquiera sé lo que pasa y ya tengo un miedo atroz instalado en el cuerpo. Me pego a su espalda y la agarro con fuerza por la cintura mientras me armo de valor para mirar por encima de su hombro, descubriendo perpleja que su cama, esa en la que dormimos anoche, está del revés, la parte de la almohada está en los pies y los pies en la parte de la almohada, por no hablar de que la cama sigue perfectamente hecha.

—Esto no puede ser—acierta a decir sin moverse.

De repente empiezo a pensar en que nos encontramos en la puerta de su habitación y yo estoy de espaldas al pasillo, a ese pasillo ancho y largo por el que ese espíritu que parece jugar con nosotras podría venir y atacarme por la espalda. Entro en pánico y empujo a Alejandra hacia el interior de la habitación para que me deje pasar, en cuanto lo hace pego la espalda a la pared y empiezo a temblar.

—Me van a coger otra vez, me van a coger otra vez—empiezo a repetir casi sin respirar.

Alejandra, que todavía está pálida por el susto, se planta delante de mí y me coge la cara con las manos.

—Nadie te va a coger, ¿me oyes? —asegura muy seria mientras mira a un lado y a otro con cierta inquietud.

Pero yo la oigo de fondo y la empiezo a ver borrosa, ya que mantengo la mirada fija en un punto de la pared mientras repito la misma frase sin cesar, notando como algunas lágrimas escapan de mis ojos debido al miedo tan intenso que de repente siento.

—Nos van a coger a las dos, también está en tu habitación—consigo decir.

—Eduarne, no me jodas—dice mirando hacia atrás una y otra vez.

Perfecto, ahora también la he acojonado a ella.

—Nos van a coger...

—¡Ya vale! —me grita intentando sacarme de ese estado—no nos va a coger nadie, esto debe tener una explicación y la encontraremos.

—¿Una explicación?! —grito histérica—salvo que lo hayas hecho tú cuando yo estaba en el despacho de tu abuelo a mí no se me ocurre ninguna que no pase porque hay una presencia en esta casa tan fuerte que puede tocar las cosas, incluida mi jodida pierna.

—¿De verdad me crees capaz de hacer eso? —la oigo preguntar de fondo otra vez.

Empiezo a negar con la cabeza como una auténtica chalada, tanto, que a Alejandra solo se le ocurre una opción para sacarme de ese estado, darme una torta en la cara que me hace reaccionar mientras la miro perpleja con la respiración agitada.

—Perdona, perdona...—se disculpa afectada, mientras me abraza y me consuela cuando mi llanto se intensifica.

Me aferro a ella como una niña asustada, solo que soy una mujer adulta, y pese a lo intenso y preocupante del momento, lo que empieza a calmarme es la agradable sensación que me produce estar entre sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo y el olor a cereza de su pelo.

—Lo siento, Eduarne—sigue susurrando—nos iremos si quieres, cogemos algo de ropa y nos vamos a un hotel a pasar la noche, mañana te llevaré a tu casa.

—No—niego muy segura separándome de ella.

Me limpio las lágrimas con las palmas de las manos mientras ella me mira intentando descifrar lo que pasa por mi mente en estos momentos. Estoy cagada de miedo, tengo el pulso disparado y el cuerpo en alerta constante, pero acabo de darme cuenta de que, si nos vamos ahora y mañana Alejandra me lleva a mi casa, es más que probable que no la vuelva a ver más, y de repente esa idea me parece más aterradora que la de enfrentarme a lo que sea que hay en esta casa.

—Lo siento, me he puesto un poco histérica—digo intentando sonar más relajada—pero no quiero irme, si lo hacemos, tú tampoco te vas a quedar aquí sola, ¿verdad?

—No.

—Voy a ayudarte a descubrir lo que pasa para que puedas vivir tranquila, esta es tu casa ahora, te ayudaré a sentirte a gusto en ella.

—Gracias—dice con una sonrisa sincera y su mano acariciando la mejilla que me ha golpeado—¿te duele? —pregunta torciendo el gesto.

—No, solo me pica un poco—sonríó quitándole importancia, lo cierto es que no me ha dado fuerte, solo lo justo para hacerme reaccionar.

—Vale, vamos a centrarnos—dice mirando en todas direcciones—está claro que aquí dentro no hay nadie, quizá lo haya hecho el cerrajero.

—¿En serio? —pregunto sin poder contener una carcajada.

—Yo qué sé, Edurne—dice riendo también—es la única persona que ha estado aquí hoy que no hayamos sido nosotras, quizá le ha parecido divertido como broma.

—Sabes que él no ha sido, Alejandra.

—Ya, además, he estado con él todo el rato—afirma haciendo una mueca.

Las dos nos quedamos calladas un instante mirándonos una a la otra, tengo a Alejandra a menos de un palmo de mi cuerpo, podría darme un pequeño impulso hacia adelante y saciar el deseo de besarla que tengo, pero lo único que hago es bajar la cabeza y clavar la mirada en el suelo, asustada por lo que empiezo a sentir por ella. Alejandra da un paso atrás y suspira.

—¿Tienes que coger algo de tu habitación? —pregunta en un susurro.

—No, tengo el pijama aquí, y la verdad es que no quiero arriesgarme a llevarme otra sorpresa.

—De acuerdo, bloquearemos esta puerta por dentro colocando la cómoda delante, ¿te parece bien?

—Sí, pero antes tengo que ir al baño—digo a la vez que otro trueno ensordecedor hace rugir la casa.

—Ya, yo también—afirma elevando las cejas.

Alejandra me coge de la mano y las dos juntas nos aventuramos a salir al pasillo, lo cierto es que me sentía mucho mejor cuando ella no tenía miedo, me daba cierta seguridad, pero ahora, aunque va en cabeza, noto la tensión en su cuerpo y eso no me ayuda.

Estamos a punto de entrar en el baño cuando de pronto se va la luz, las dos nos detenemos en seco y gritamos tan fuerte que conseguimos elevar nuestro tono por encima del ruido de la lluvia. Todavía estamos con la boca abierta cuando la luz vuelve un segundo y en el fondo del pasillo vemos la misma silueta de la mujer que vi anoche y un escalofrío espeluznante me recorre todo el cuerpo.

No puedo describir con palabras el pánico que siento, empiezo a temblar de nuevo y las lágrimas se me escapan solas, esta vez no grito y Alejandra tampoco, porque hay algo llamado pánico que oprime nuestras cuerdas vocales y nos tiene paralizadas. La visión

apenas dura unas décimas de segundo, la luz se vuelve a ir y al segundo vuelve, el espíritu ya no está.

Es entonces cuando poco a poco empiezo a reaccionar, dándome cuenta de que la mano de Alejandra casi está estrujando la mía y su respiración está muy agitada, más que la mía, y eso es decir mucho.

—Alejandra—le susurro.

—Vamos a coger el bolso y nos vamos a un hotel esta noche—anuncia sin moverse.

—Sí, por favor—secundo mientras otro escalofrío me recorre el cuerpo.

Diez minutos más tarde y cagadas de miedo, por fin nos subimos a su coche y Alejandra pone el motor en marcha. La lluvia cae incesante y los limpiaparabrisas apenas dan abasto para llevarse el agua, así que conduce a un ritmo muy lento que poco a poco nos ayuda a calmarnos.

La idea de llamar a Bego lleva rato rondando por mi cabeza, pero me da vergüenza pedirle que venga a buscar a un espíritu, puedo convertirla en el hazmerreír ante sus compañeros y eso no puedo permitirlo, solo necesito dormir en un lugar tranquilo donde no pasen cosas extrañas ni se aparezcan espíritus para descansar como es debido y pensar con más claridad. Estoy segura de que mañana veremos las cosas de otra manera.

—Ve a mi casa, nos quedaremos allí si a ti te parece bien—le digo en cuanto salimos a la carretera general.

—Si a ti no te importa tener una invitada...

—Claro que no.

Capítulo 10

Alejandra

Me despierta un golpe seco en el brazo, al principio no sé qué ocurre y me cuesta ubicarme, pero un ligero gemido de angustia suena a mi lado y enseguida reacciono sabiendo que es Edurne, parece que tiene una pesadilla y no me extraña. Nerviosa, palpo a tientas hasta que doy con mi móvil, y con la luz que me ofrece la pantalla, consigo ver la lamparilla de noche y la enciendo. Rápidamente me giro hacia ella y la despierto tocando su brazo suavemente.

—Edurne, despierta—le susurro.

Abre los ojos con expresión de pánico, pero cuando gira la cabeza hacia mi lado y me ve, su gesto cambia y pasa a un estado de alivio que me conmueve por dentro al percibir que conmigo se siente a salvo.

—Estabas soñando, ¿quieres que te traiga un poco de agua?

—No—dice algo descolocada—soñaba que estaba en el pasillo y la chica se me aparecía de nuevo, solo que al hacerlo estaba justo frente a mi cara.

Joder, se me acaba de erizar toda la piel solo con pensarlo.

—Ya ha pasado, aquí no puede pasarte nada, ¿de acuerdo?

Edurne asiente y veo que fue todo un acierto aceptar su ofrecimiento de dormir con ella y no en el sofá, ya que su apartamento solo tiene una habitación, y como consecuencia; una cama.

—¿Quieres que te abrace?

De nuevo asiente y se acurruca junto a mi cuerpo, no puedo evitar estremecerme al sentirla otra vez junto a mí, es la misma sensación que cuando estábamos en mi habitación y la he abrazado. Apago la luz y de forma instintiva beso su cabeza y aspiro el aroma de su pelo, Edurne suspira y yo cierro los ojos mientras me pregunto si no le estaré provocando algún trauma con todo esto.

Edurne

Me despierto bastante temprano y con la cabeza despejada, pensé que después de la pesadilla no podría volver a dormirme, pero cuando Alejandra me abrazó todo se desvaneció a mi alrededor y caí en un sueño profundo y tranquilo.

Salgo de la cama con cuidado de no hacer ruido. Lo primero que hago es darme una ducha y después voy a la cocina a preparar café y buscar algo que podamos masticar.

Pienso en lo que pasó anoche y se me encoge el pecho, pero ahora, con la mente fría, creo que hicimos bien en no llamar a mi hermana para que viniera a revisar la casa pistola en mano. Estoy segura de lo que vimos, sí, lo vimos, porque también estaba Alejandra. Cuando la noche anterior la vi yo sola una parte de mí no podía evitar pensar que fuese fruto de mi imaginación pese a estar segura de lo que había visto y con la prueba de la marca en mi tobillo, pero anoche éramos dos, y las dos vimos lo mismo, aunque estoy segura de que si fuésemos a un psiquiatra nos diría que todo ha sido fruto de nuestras mentes debido al

estrés que nos produce estar en Villa Varea dada la situación.

Me abrigo bien con una sudadera y abro el cajón desastre del mueble del comedor, ese que todas tenemos en casa y en el que voy dejando cosas que en mi opinión me pueden resultar útiles en algún momento, pero que nunca necesito. Remuevo un poco y lo veo, el paquete de tabaco que se dejó Eva, una chica con la que estuve una temporada antes de mi amante actual y al que muy de vez en cuando, en momentos en los que estoy algo más nerviosa de lo habitual, le robo un cigarro que me fumo en el balcón mientras observo el verde de la montaña que rodea el pueblo.

Enciendo el cigarro y doy una profunda calada que me marea un poco, suelto el humo mientras lo observo disolverse en el aire con pesadez debido al frío y saco el móvil para llamar a mi hermana. Desde que me he levantado hay algo que ronda mi cabeza, una única posibilidad que se me ocurre, así que marco y rezo para que tenga un minuto para hablar conmigo.

—Que temprano, ¿te has caído de la cama? —bromea al descolgar.

—Muy graciosa, yo siempre madrugo. ¿Tienes un minuto?

—En realidad tengo unos cuantos, hoy es mi día libre, aunque no te lo creas, también descanso.

—¿No me digas que te he despertado? —pregunto pensando en las pocas luces que tengo a veces.

—No, tranquila, estoy tan acostumbrada a levantarme a las cinco que incluso cuando tengo el día libre me despierto temprano. ¿Qué pasa, Edurne?

—¿Recuerdas que te dije que había visto el espíritu de una chica joven en la casa?

—Sí—dice tras un corto silencio en el que interpreto que la palabra espíritu no le ha gustado.

—¿Podrías investigar si en esa casa vivió en algún momento una chica de entre quince y veinte años? Ya sé que puedo hacerlo yo, pero tardaría tres veces más, tú tienes más recursos y...

—Para ya, Edurne, lo haré, pero antes quiero saber el motivo, ayer no parecías darle importancia y hoy sí, ¿es que la has vuelto a ver? —pregunta muy seria.

Joder con su instinto de inspectora.

—Sí, la volvimos a ver anoche.

—¿Volvisteis?

—Sí, Alejandra y yo—afirmo mientras expulso el humo de otra calada—ella también estaba conmigo cuando se apareció, estábamos en medio del pasillo y la luz se fue un instante, cuando volvió unas décimas de segundo ella estaba allí, al fondo del pasillo, quieta como una puta estatua, después volvió a irse la luz y cuando volvió ya no estaba.

—Joder, Edurne—dice tras un bufido—estás empezando a preocuparme de verdad, lo digo en serio.

—¿No me crees?

—Sí te creo, pero ayer había tormenta, puede que algún relámpago os hiciera ver algo parecido, las dos lo teníais muy reciente después de lo que te pasó la noche anterior...

—¡Sé lo que vi, Bego! —la corto enfurecida—no fue un puto relámpago, el espíritu de esa chica estaba allí, si no quieres creerme no lo hagas, pero no me trates de chalada, no sé por qué demonios te lo cuento, si lo llego a saber no te llamo.

—Eh, eh, espera, cariño—dice con suavidad—sabes que sí que te creo, sé perfectamente que no estás loca, pero joder, necesito encontrar una explicación racional,

sabes que yo soy muy escéptica con esas cosas. Ahora mismo enciendo el ordenador y buscaré la información que me has pedido, ¿de acuerdo? Te llamaré en cuanto tenga algo.

—Vale—contesto más tranquila mientras apago el cigarro en la baranda.

—Relájate, ya verás como encontramos una explicación. Luego te llamo.

Cuelgo el teléfono y lo guardo en el bolsillo a la vez que escucho unos pasos acercarse a mí, cuando me giro veo a Alejandra todavía con el pelo algo revuelto y la visión me agrada más de lo que podría imaginar. Vestida con el pantalón del pijama que le presté y una sudadera que habrá cogido del armario me parece terriblemente atractiva, un hormigueo se instala en mi pecho cuando me sonrío y se acerca.

—No sabía que fumabas—comenta encogiéndose de forma instintiva al sentir el frío intenso del exterior.

—No fumo es...

Alejandra mira la mano en la que todavía tengo la colilla elevando una ceja en un gesto que me parece arrebatador.

—Una exnovia se dejó un paquete aquí la última vez que vino, no sé por qué no lo tiré, quizá porque pensaba que vendría a buscarlo, no sé—digo encogiéndome de hombros—el caso es que en momentos de tensión como el que estamos viviendo, de vez en cuando cojo uno y me lo fumo, solo espero que esta mierda no caduque, porque el paquete lleva aquí tres años.

—¿Una exnovia? —pregunta con media sonrisa.

¿Respondo a su pregunta y lo único que le llama la atención es que haya estado con una mujer en el pasado?

—Sí—respondo sin parpadear.

—¿Duró mucho? —se interesa, lo cual por algún motivo me gusta.

—No, ella no fue mi relación más larga, de hecho, tampoco era muy serio lo que teníamos, era más bien un desahogo.

—Entiendo—murmura clavando la mirada en el suelo.

Tengo el pulso disparado y no acierto a comprender el motivo, quizá sea por el hecho de estar hablando de este tema con ella, con una mujer que está claro que empieza a gustarme mucho y que en ocasiones tengo la sensación de que el sentimiento es mutuo. Elevo las cejas mirando al cielo para distraerme y no pensar en ella, pero no lo consigo. Alejandra se está separando, no está pasando por un buen momento y tal vez esté confundida respecto a lo que siente. Supongo que lo más sensato es apartarme de ella, pero cuantos más minutos pase a su lado más difícil me va a resultar, me siento conectada a ella de un modo que no puedo explicar.

—Ha dejado de llover—comento para desviar el tema, sintiéndome completamente idiota.

—Sí, paró de llover a eso de las siete.

—¿Estabas despierta? —pregunto fijando mi mirada en ella de nuevo, descubriendo que el gris de sus ojos parece más oscuro esta mañana.

—Me desperté porque necesitaba ir al baño, pero me dormí enseguida.

—Lamento haberte despertado con la pesadilla.

—No te preocupes, eso me ha dado una excusa para abrazarte—suelta de sopetón, antes de darse la vuelta y caminar hacia el baño mientras la observo perpleja.

Capítulo 11

Edurne

Después de desayunar decidimos volver a Villa Varea, aparcamos junto a la puerta y contemplamos la masía. Es realmente preciosa, lástima que sea tan espeluznante pasar tiempo dentro de ella.

—¿Te apetece dar un paseo aprovechando que no llueve? —propone señalando el bosque con la cabeza—hay caminos preciosos por aquí, no son muy largos.

—Claro.

La realidad es que tengo un frío que me muero, sin embargo; la idea de pasear con ella me atrae soberanamente, por no hablar de que es una excusa excelente para retrasar nuestra entrada en la masía. Cuanto más lo pienso más masoca me siento por estar aquí. Apenas nos hemos alejado del coche unos metros cuando veo algo que llama mi atención.

—Espera, Alejandra—le pido saliendo del camino de acceso empedrado.

—¿Qué pasa?

Le hago un gesto con la mano para que guarde silencio y observo bien, descubriendo que en el lado derecho del camino hay huellas en el barro que se dirigen a la casa.

—¿Esperabas alguna visita?

—No—dice acercándose a mí con incertidumbre.

—¿Y el cartero? ¿Algún paquete?

—No, nada, no había motivo para que nadie viniera hoy aquí—asegura convencida.

—Pues son huellas recientes, si el agua no las ha borrado es porque quién haya venido lo ha hecho después de que dejase de llover.

—Después de las siete—susurra.

Empiezo a seguir las huellas evitando pisarlas y poco a poco empiezan a desviarse de la zona frontal de la casa para seguir por el lateral. Conforme avanzamos, las huellas comienzan a tomar rumbo hacia la puerta trasera de la cocina, que da al lateral izquierdo. Tengo el corazón oprimiéndome la garganta y he pasado de estar medio congelada a tener un sofocón importante.

Definitivamente las huellas mueren justo delante de la puerta trasera de la cocina, por algún motivo le pido a Alejandra que se ponga detrás de mí, como si yo pudiera protegerla o algo así, cuando está claro que como haya algo al otro lado lo más seguro es que salga corriendo despavorida y gritando como una histérica.

—¿Estaba cerrada? —le pregunto en un susurro.

—Sí, cuando el cerrajero cambió la cerradura eché la llave y no he vuelto a abrirla, esta puerta solo tiene utilidad en verano, mis abuelos solían cenar al fresco en aquella mesa—dice señalando una mesa y unos bancos de obra que hay bajo una carpa de estructura de hierro, techada con ramas probablemente por su propio abuelo.

Con la mano temblando, intento girar el pomo y compruebo que en efecto sigue cerrado.

—¿Crees que alguien intentó entrar por aquí? —pregunta nerviosa.

—Tal vez, quizá al no conseguirlo lo intentó por otro lado—comento provocando una expresión de pánico en su rostro.

Dicho eso, las dos rodeamos toda la masía lentamente en busca de más huellas, pero las únicas que hay son las que hemos visto y desde ahí salen otras idénticas en dirección al bosque, por lo que quien sea que haya venido, llegó por un lado y se marchó por otro.

—Deberíamos llamar a la policía antes de entrar—propongo.

—Quién quiera que fuese ya se ha marchado, Edurne, las huellas son claras.

—¿Y si no venía solo? ¿Y si alguien más le acompañaba y yo qué sé, llegó por el camino empedrado? —cuestiono con inquietud.

—Es poco probable, pero de acuerdo, ya son demasiadas cosas raras en los últimos días, no estará de más que una patrulla se dé una vuelta por la casa y nos aseguren que no hay nadie, al menos esta vez tenemos una prueba real de que alguien ha estado merodeando.

Me doy cuenta de que Alejandra parece temer más que la policía no la tome en serio, que el hecho de que alguien haya podido entrar en su casa.

—Escucha, mi hermana hoy no trabaja, le pediré que venga y así no tenemos que llamar a la policía directamente, quedará entre nosotras.

—Me sabe mal que la molestes, Edurne.

—Si llamamos se acabará enterando y será peor, puedes creerme.

Mi hermana solo me pide una cosa cuando la llamo y le explico lo de las huellas, que nos metamos en el coche y no entremos en la casa hasta que ella llegue, así que obedecemos.

—¿Te sigue doliendo el cuello? —pregunta de pronto cuando ladeo la cabeza intentando relajarme.

—Un poco.

—Gírate—me pide haciendo lo propio.

No me opongo, no solo porque me duele, sino porque la idea de sentirla en mi piel de nuevo es ahora mismo casi una necesidad. En cuanto sus manos me rozan siento un agradable escalofrío recorrerme la espalda y suelto un suspiro.

Cuando comienza a mover sus dedos me estremezco de tal modo que me encojo y ella se ríe.

—Si no te relajas será más difícil—asegura susurrando.

Como si fuese tan fácil, estoy haciendo verdaderos esfuerzos para no girarme y abalanzarme sobre ella para besarla. Me muerdo un labio al pensarlo y otro escalofrío me recorre cuando roza levemente mi clavícula, por suerte, antes de que me dé un infarto bajo el tacto de sus manos o cometa alguna estupidez, veo que mi hermana aparca a nuestro lado acompañada por un chico algo más joven que yo.

Nos bajamos del coche y tras las presentaciones pertinentes donde descubro que su compañero se llama Damián, les muestro las huellas y los llevamos hasta la puerta donde acaban.

—Dime que no has tocado el pomo—dice Bego mirándome fijamente.

—Tenía que comprobar que estaba cerrada—me excuso abochornada ante la sonrisa disimulada que Alejandra no logra contener.

Al menos sirvo para divertirla, porque está claro que no soy de gran ayuda, de hecho, ahora mismo hago justo lo contrario.

—Joder, Edurne—resopla negando con la cabeza—Damián, saca las huellas del pomo,

a ver si hay suerte y encontramos algo.

El chico obedece y se descuelga una mochila que lleva en el hombro.

—¿Quién más ha podido tocarlo? —pregunta dirigiéndose a Alejandra.

—Yo, diría que no, al menos desde este lado, así que salvo que haya venido alguien de fuera, solo Edurne y el cerrajero que vino ayer.

—De acuerdo, si no te importa dale los datos del cerrajero a Damián y esperad aquí con él, yo voy a comprobar la casa.

—Inspectora, deje que vaya con usted—le pide él.

—No estamos de servicio, Damián, te quedas fuera.

—No deberías entrar sola, Bego, ahí dentro puede haber alguien o algo, déjame acompañarte—le pido.

—No voy sola—dice sacando su pistola.

Me quedo alucinada con la frialdad de mi hermana, jamás la había visto en modo trabajo, y la verdad es que me siento orgullosa de ella.

Quince minutos después vuelve.

—He comprobado toda la casa y no hay nadie, tampoco hay indicios de que alguien haya entrado, si fuese así en la cocina habría huellas y no las hay. ¿Cabe la posibilidad de que fuera tu marido, Alejandra? Que haya venido para comentarte algo, no sé...

Un pinchazo de dolor me atraviesa el pecho cuando contemplo esa opción, no me puedo creer que no se me haya ocurrido antes, ¿cómo puedo ser tan estúpida? Hace unos días estaba aquí follándose a Alejandra en la biblioteca, puede que haya venido con otra excusa absurda para ver si se llevaba otro polvo de regalo, y pensar en ellos de nuevo follando hace que una bola de celos me consuma por dentro.

—Lo dudo, me llamaría antes de venir, te lo aseguro.

—Está bien, tengo un amigo en el laboratorio que me debe algunos favores, le enviaré las huellas a ver si hay suerte y damos con algo que explique lo que pasa aquí, aunque al ser algo extraoficial tardará un par de días al menos.

—Muchas gracias, Begoña, siento haberte molestado en tu día libre, pero...—dice Alejandra.

—No me las des—la corta mi hermana—ya se lo he dicho a la cabezota de mi hermana y ahora que te conozco te lo digo a ti, llamadme ante cualquier cosa rara que notéis o veáis, hablo en serio, si yo no puedo venir, enviaré a Damián, es de confianza.

—Está bien, lo haremos—asegura Alejandra.

—Bien, ahora si me disculpas te robo un momento a mi hermana.

—Claro, yo me voy para dentro que hace frío, muchas gracias de nuevo.

Cuando ellas se despiden, Damián se sube en el coche de mi hermana y la espera dentro para dejarnos a solas.

—He investigado lo que me has pedido, y en esta casa jamás ha trabajado ninguna chica joven, ni siquiera mayor. Tampoco ha estado alquilada nunca mientras los abuelos no estaban, así que esa vía descártala, las únicas chicas jóvenes que han vivido aquí han sido la madre de Alejandra en su época y su hermana mayor, y las dos murieron hace años después de una larga vida.

—Está bien—digo haciendo una mueca.

Mi hermana cabecea mirando a un lado y a otro como si buscase algo mientras yo la miro con incertidumbre, se pega a mi lado y me susurra en voz baja al oído.

—¿Tienes algo más que contarme?

—¿A qué te refieres? ¿Y por qué susurras?

No entiendo nada, Alejandra está dentro de la masía y Damián en el coche de mi hermana, es imposible que nadie nos oiga.

—Ay, Dios, no me digas que has visto algo a nuestro lado—comento asustada.

—¿Qué? No, joder, me refiero a ella, a Alejandra.

—¿Alejandra? —pregunto sin entender.

—Madre mía, Edurne, a veces pareces tonta, ¿tú has visto cómo te mira esa mujer?

El corazón me da un vuelco de alegría, ni siquiera sé a qué tipo de mirada se refiere mi hermana, podría ser de agrado como a mí me parece a veces, pero también podría ser de odio y me daría igual, porque para mí lo que cuenta es que no es una percepción mía, Alejandra me mira y hasta mi hermana se ha dado cuenta.

—¿Cómo me mira? —pregunto haciéndome la tonta.

—De la misma manera que tú mirabas a Vane.

Me quedo paralizada. Vane es la única mujer a la que he amado de verdad, y también la culpable de que mi corazón se volviera de acero y decidiese dedicarme a las relaciones sin compromiso, como la que tuve con Eva, la chica del paquete de tabaco, o la que tengo ahora con Manu.

—A ti también te gusta, ¿verdad? —pregunta muy seria, haciendo una suave caricia en mi mejilla que logra calmarme.

—Sí—confieso en un susurro.

—Quizá de todo esto salga algo bueno—añade elevando las cejas.

Doy un bufido y pongo los ojos en blanco mientras ella sonrío.

—Está bien, cambio de tema otra vez, quiero pedirte algo.

—Dime—digo sorprendida de que sea ella la que me pida algo a mí, creo que es la primera vez que pasa.

—Déjame ponerle vigilancia al marido.

—¿Al marido? ¿Te has vuelto loca? ¿Para qué quieres vigilarle? —pregunto sorprendida.

—Para descartarlo, Edurne, podría ser él, puede que la esté engañando, pero a lo mejor la sigue queriendo y no se ha tomado bien que se haya ido de casa. Sé que es muy retorcido lo que pienso, pero quizá podría ser él quién anda detrás de todo lo que sucede aquí, a lo mejor pretende asustarla para que vuelva.

—Eso es una locura hasta para ti, Bego.

—Lo sé, pero he visto cosas peores, te lo aseguro. Piénsalo, Edurne, es muy posible que él tuviera llaves de la villa y fuese quién ha estado entrando.

—Olvidas que vi a una mujer y que Alejandra ayer cambió las cerraduras.

—A la mujer quizá la ha contratado, y lo de la cerradura explicaría porque las huellas solo llegan hasta la puerta trasera, no contaba con que se hubieran cambiado y tuvo que darse la vuelta. Solo te pido veinticuatro horas, Edurne, aquí os están pasando cosas a diario, si está implicado lo sabremos.

—Está bien, pero hasta dónde yo sé, tú no puedes utilizar los recursos de la policía para asuntos personales—digo poniéndome en jarras.

—Y no voy a hacerlo, contrataré a un detective privado para que lo haga, añádele el cargo a Alejandra.

—Joder, ¿en serio? —resoplo—está bien, pero solo veinticuatro horas—acepto, ya que si no lo hago no se quedará tranquila.

—Perfecto, ¿alguna recomendación?

—Llama a Isabel Medina, es una máquina de buscar datos, si el marido ha contratado a alguien ella encontrará la conexión.

—Bien, ¿cómo se llama el marido?

—No lo sé y no voy a preguntárselo.

—Da igual, ya lo averiguaré yo. Te llamaré cuando sepa algo de las huellas del pomo, aunque dudo que encontremos nada.

Después su móvil suena, mi cuñado la espera para comer, así que nos despedimos con un abrazo y me dirijo a la casa pensando en la comparación que mi hermana ha hecho antes, ¿de verdad Alejandra me mira como miraba yo a Vane?

Capítulo 12

Alejandra

Después de comer, de nuevo Edurne se dedica a sus otros casos pendientes, solo que esta vez lo hace sentada en el sillón del salón para no quedarse sola. Yo estoy tumbada en el sofá, alternando cabezadas con pensamientos que no me dejan terminar de echar una siesta en condiciones.

Podría trabajar igual que hace ella, dedicar estos ratos a escribir un nuevo guion, pero no consigo centrarme. Lo que más me turba es que mi preocupación principal no son los fenómenos extraños que ocurren en esta casa, ni siquiera la actual situación con mi marido, es Edurne, el centro de mis pensamientos lo ocupa la detective asustadiza, Edurne Noriega.

—¿Tienes algún plano de la masía? —pregunta de pronto.

Me froto los ojos y suspiro mientras intento centrarme y pensar.

—Seguramente, tiene que haber uno junto a las escrituras de la masía, pero no las tengo aquí, todos los papeles importantes siguen en mi casa, esta no, la que compartía con mi marido.

Edurne baja la mirada y vuelve a centrarla en el portátil que reposa sobre sus piernas, dejándome con la sensación de que mi respuesta no le ha gustado.

—¿Para qué quieres el plano? —pregunto algo molesta, no me gusta que me pidan algo y después me ignoren.

—No sé—dice encogiéndose de hombros—quería revisarlos para ver si hay algún cambio, no lo sé, Alejandra, tonterías que se me ocurren cuando estoy desesperada porque no encuentro una explicación, olvídale.

Me incorporo y la observo, parece que no se atreva a mirarme y estoy empezando a mosquearme.

—¿Me puedes decir qué te pasa?

Edurne me dedica una mirada fugaz y niega con la cabeza.

—No me pasa nada, ¿por qué lo dices?

—Porque me estás ignorando, has sido tú la que me ha preguntado por el dichoso plano, y cuando te contesto clavás la vista en esa pantalla y ya está, no me dices si quieres que vaya a buscarlo o realmente...

—No quiero que vayas—me corta con brusquedad.

Esta vez Edurne me mira fijamente con el gesto muy serio mientras yo le devuelvo una mirada de absoluta incertidumbre.

—¿Por qué no quieres? —pregunto con un hormigueo en la boca del estómago que no me deja respirar.

—Porque no—responde tajante, deja el portátil sobre la mesa y se pone en pie.

La detective camina hasta la ventana y se queda mirando al exterior, dándome la espalda junto a una respuesta que no es nada clara y que no estoy dispuesta a aceptar. Me levanto y camino hasta colocarme justo detrás de ella, puedo oler el aroma de su pelo y por

primera vez tengo que hacer esfuerzos titánicos para no agarrarla de la cintura, darle la vuelta con brusquedad y besar esos labios a los que tantas ganas les tengo.

—Esa respuesta es muy vaga, haz el favor de decirme algo que sea razonable—exijo en un susurro muy cerca de su oído.

La oigo tragar saliva mientras se gira lentamente hasta que su frente acaba rozando la mía y siento que las piernas comienzan a temblarme.

—No quiero que vayas dónde está él—sentencia de forma casi inaudible—no quiero que te toque—confiesa.

Rozo mi nariz con la suya y ladeo la cabeza muy despacio. Noto su aliento en la comisura de mis labios y mi mano se mueve sola hasta colocarse en su mejilla izquierda, recorro lentamente su labio inferior con el pulgar hasta llegar a la mitad, donde presiono ligeramente para abrir su boca cuando el ruido de un potente chorro de agua nos devuelve a la realidad.

Me separo de ella de forma brusca y me froto los ojos en un vago intento de recuperar la cordura que acaba de robarme. Edurne pega su espalda a la ventana, como intentando sostenerse mientras consigue reaccionar.

—Parece el grifo de la ducha—trato de adivinar todavía descolocada.

Ella solo asiente con la cabeza y de nuevo traga saliva, solo que ahora es por el miedo que siente. Otra vez esa dichosa expresión de terror ha vuelto a su cara, y es su propio miedo el que me hace recobrar el control, porque Edurne despierta en mí un instinto protector hacia ella que no había sentido antes con nadie.

—Quédate aquí, Edurne—le pido en voz baja.

—Ni hablar, voy contigo.

Conforme vamos subiendo las escaleras y pese a que soy bastante escéptica, empiezo a creer cada vez con más firmeza que en esta casa hay algún tipo de presencia. Begoña ha recorrido toda la casa esta misma mañana sin encontrar ni rastro de que alguien hubiese entrado y después de marcharse, Edurne y yo no nos hemos movido de aquí. En efecto, en cuanto llegamos al baño el grifo de la ducha está abierto al máximo. Lo cierro y me giro hacia Edurne, que me devuelve una tímida sonrisa y se encoge de hombros con resignación.

—Quizá deberías plantearte llamar a esa médium que dijiste.

—¿Y qué le digo? Se supone que debo darle información para que ella sepa a qué se enfrenta, pero lo único que sabemos es que los grifos se abren, el televisor se enciende y el espíritu de una chica merodea por las noches.

—Olvidas lo del colchón.

—Ah, sí, también se mueven las cosas—afirmo rodando los ojos.

—Está bien, esperemos un poco más—concede tras un hondo suspiro.

—Te conseguiré el plano de la casa.

—¿Vas a ir a su casa? —pregunta algo insegura.

—No, no voy a ir, no te preocupes—sonríe encantada de que sienta celos.

Saco el móvil del bolsillo de mi pantalón y mientras bajamos de nuevo al salón, llamo al hombre con el que todavía estoy casada. Parece que no le cojo en buen momento y me responde con prisas, lo cual me beneficia, porque con tal de colgar lo antes posible, me dice que en cuanto llegue a la que era nuestra casa, buscará las escrituras y me mandará las fotos de los planos.

—Me mandará las fotos—le anuncio a Edurne, que me mira algo abochornada—en cuanto las tenga te las paso para que eches un vistazo, ¿de acuerdo?

—Gracias—responde con las mejillas sonrosadas.

—No has de darme las gracias. ¿Te apetece una cerveza?

—Sí, por favor.

—Perfecto, vamos a por ella porque creo que tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Edurne me mira con la boca abierta y cabecea de forma afirmativa mientras procesa mentalmente lo que acabo de decirle, solo por esto ya me entran ganas de besarla de nuevo, joder.

Al bajar al piso inferior parece que hayan pasado horas, el cielo se ha nublado con rapidez y vuelve a llover con intensidad. Mientras yo cojo las cervezas y algo de picar, Edurne prepara las velas por si se vuelve a ir la luz.

—¿Tienes a alguien? —pregunto de sopetón en cuanto me siento a su lado en el sofá.

—¿Qué?

—¿Sales con alguien, Edurne? —aclaro de forma directa para que no le quepa la menor duda de lo que quiero saber.

Por cómo se remueve en su sitio noto de forma inmediata la incomodidad que le ha producido mi pregunta. Su reacción me provoca un intenso malestar interior, porque está claro que su incomodidad se debe a que la respuesta es afirmativa, y reconozco que no me lo esperaba. Cuando me he despertado esta mañana en su apartamento no he podido evitar fijarme en que no había signos por ninguna parte de que Edurne estuviera compartiendo su vida con nadie, ahora me siento bastante estúpida, porque ese hecho solo significa que vive sola, pero no que no pueda tener una pareja.

—No hace falta que respondas, no he debido preguntar—digo de forma mecánica.

—No pasa nada—comenta algo aturdida, después de dar un buen trago a su botellín—es solo que no me esperaba esa pregunta.

—Antes hemos estado a punto de besarnos, Edurne, no sé si se repetirá o se quedará en algo que estuvo a punto de pasar, pero por si pasa lo primero, me gustaría saber dónde me meto. Siento ser tan directa, pero no tengo edad ni ganas de andarme con tonterías, ya tengo bastantes complicaciones en mi vida, así que me gustaría que fueses sincera conmigo.

Edurne cabecea hacia delante y hacia atrás en un claro gesto pensativo mientras me observa con curiosidad.

—Vaya—sonríe con una timidez que desconocía en ella y que me enterece a unos niveles alarmantes—sí que has sido directa, sí.

Vuelve a beber, no sé si debo hablar o no y estoy empezando a ponerme nerviosa, porque sus labios se han quedado humedecidos por la cerveza y en lo único que puedo pensar es en recortar la distancia que me separa de ella y besarla y saborearla lentamente.

—No hay alguien exactamente, pero sí algo—confiesa haciéndome reaccionar.

—No te entiendo—digo sin saber todavía cómo me hace sentir eso.

—No salgo con nadie, Alejandra, pero sí que me acuesto con alguien de vez en cuando, son encuentros esporádicos y sin compromiso.

—Sexo sin más.

—Sí, solo sexo.

—Bueno, eso no es malo, es normal que necesites desahogarte con alguien si estás sola —argumento al percibir que contarme que se acuesta con alguien la hace sentir mal, cosa que no comprendo.

—Ya lo sé, pero no está bien lo que hago, Alejandra, vas a pensar que soy un

monstruo, una mala persona que...

—¿Qué coño dices, Edurne? —la corto colocando una mano en su brazo—¿por qué he de pensar eso de ti? Yo también eché un polvo el otro día, ¿recuerdas? Y no me siento mal por ello, tengo mis necesidades y ya no estoy con mi marido, así que puedo follar con quien me dé la gana, igual que tú.

—Espera un momento, el hombre del otro día, ¿no era tu marido? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—No, por Dios, ya te dije que nos estamos separando, desde que vi su foto con aquella pelirroja no puedo ni mirarle, el hombre del otro día es un compañero de oficio.

—Estaba convencida de que lo era—dice turbada.

—Ese alguien con el que de vez en cuando te acuestas, ¿te gusta? Quiero decir, ¿hay posibilidad de que vaya a más? —insisto, no sé por qué la presiono tanto, quizá porque lo que siento por ella empieza a superarme y necesito que todo esté claro desde el principio.

—No, no la hay—afirma muy segura—de hecho, últimamente nos veíamos muy poco.

—¿Y eso?

—No sé, por mí, cada vez me apetecía menos verle, y desde que estoy aquí ni siquiera me lo planteo.

—¿Por mí? —pregunto dudosa.

—Creo que tienes mucha culpa—confiesa haciendo que mi sonrisa se ensanche—no sonrías, Alejandra, no soy buena persona.

—¿Por qué no? Deja de decir eso.

—El hombre con el que me acuesto está casado, no lo sabía cuándo lo conocí, me lo ocultó y me lo contó cuando ya llevábamos un tiempo acostándonos y yo, joder, no sé, era justo lo que necesitaba, alguien que no esperara nada de mí.

La verdad es que su confesión me duele, sé que estas cosas pasan a diario y seguirán pasando, pero me ha tocado estar al otro lado, yo he sido la persona engañada y sé lo mucho que duele, pero también soy coherente; no odio a la pelirroja, lo odio a él, él es quién me ha hecho daño.

—Dime algo, Alejandra.

—No sé qué decirte, yo no voy a juzgarte, Edurne, no puedo cuestionar tus motivos, aunque si te soy sincera me gustaría saber por qué necesitas a alguien que no espere nada de ti. Imagino que te han hecho mucho daño, pero a mí también me lo han hecho y, aun así, prefiero apostar de nuevo por tener a una persona a mi lado que me espere en casa y se preocupe si no llego, que me pida explicaciones o que me ponga histérica con sus manías, la soledad no es buena.

—Salí mucho tiempo con una chica, se llamaba Vanesa, ella fue mi relación larga—dice apostrofando con los dedos—estuvimos juntas algo más de cinco años, hasta que una mañana se levantó y me dijo que ya no me quería, que lo que teníamos no le parecía suficiente y necesitaba un cambio. Así, sin más. Pensé que solo se había agobiado por algo y que se le pasaría, me parecía imposible que hubiese dejado de quererme de repente, pero cuando volví del trabajo sus cosas ya no estaban y ella jamás volvió—cuenta apurando el último trago de su cerveza.

—Lo siento—digo sinceramente.

—No pasa nada, esto también pasa a diario, pero estaba loca por ella y me costó casi un año asimilar que se había ido, y después simplemente decidí que no quería a nadie tan cerca como para hacerme un daño parecido.

—¿Y ahora?

—Ahora has aparecido tú y me estoy volviendo loca—confiesa con una sonrisa cansada.

—Si quieres me voy—bromeo arqueando una ceja.

—No, no quiero. Pero sí que quiero saber qué piensas sobre mí.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes, no dice mucho de mí que me acueste con un hombre casado.

Me pongo en pie y me siento justo a su lado, tan cerca que mi pierna roza la suya y la veo contener la respiración un segundo.

—Está casado él, no tú. No voy a aplaudirte, obviamente, pero tú no estás engañando a nadie.

—Contribuyo a que lo haga él, o contribuía—se corrige.

—Si no eres tú, será otra, créeme. Si un hombre es mujeriego no deja de serlo porque una mujer le diga que no, simplemente buscará a otra. A ti, por el motivo que sea te venía bien lo que él te daba, puede estar mejor o peor, pero tú tenías una necesidad y la has cubierto, no le des más vueltas.

—¿Entonces no me odias?

—Me estoy enamorando de ti, no podría odiarte, aunque quisiera—confieso sin filtro.

Edurne ahoga un suspiro y eleva las cejas.

—No te asustes, no voy a acosarte ni nada de eso, solo intento ser sincera conmigo misma y contigo también.

—Supongo que un enamoramiento podría describir todo lo que me haces sentir.

—Es una posibilidad—sonrío.

—Quiero que se repita—susurra colocando una mano en mi cuello que me provoca una descarga por todo el cuerpo.

—Repetir, ¿qué?

—Antes has dicho que no sabías si se repetiría lo del casi beso, yo quiero que se repita—asegura dejando que su labio roce el mío de forma muy leve, pero lo suficiente como para hacer que pierda el control.

Coloco mi mano en su nuca y la pego a mí hasta que sus labios se fusionan con los míos en un beso tan intenso y profundo que la respiración se me corta. Edurne se detiene un segundo y me mira como si quisiera asegurarse de que lo que está sucediendo es real, y al ver que solo puedo mirar sus labios, vuelve a besarme, solo que esta vez lo hace de forma lenta y superficial, atrapando mis labios y saboreándolos antes de que su lengua, tímida y caliente, se cuele en mi boca de nuevo mientras mis manos recorren su espalda sin prisas.

—Me vuelves loca, Edurne—susurro entre besos.

Ella sonrío en mi boca y se separa un segundo para mirarme otra vez, momento en el que la luz se apaga de golpe y un grito de pánico escapa de su boca.

—Otra vez no...—solloza nerviosa.

Capítulo 13

Edurne

Alejandra me abraza para intentar calmarme, pero por la tensión de su cuerpo puedo percibir que el pánico también se está apoderando de ella.

—No pasa nada, encenderemos la vela—susurra en mi oído, justo cuando la luz vuelve de nuevo.

Aprovechamos el momento para ponernos en pie, de forma instintiva lo primero que hacemos es coger nuestros teléfonos para poder utilizar la linterna en caso de ser necesario. Lo guardo en mi bolsillo y cojo la vela.

—¿Dónde está el encendedor? —pregunta Alejandra nerviosa.

—¡Debería estar aquí, lo he traído! —aseguro histérica.

Tengo un mal presentimiento, sé que algo malo va a suceder y la idea de no saber en qué momento está consiguiendo que el pánico me domine.

—Vale, no pasa nada, encenderé mi linterna y lo buscaremos—resuelve mientras busca entre las aplicaciones con la mano temblando.

Un ruido sordo y seco nos hace botar del susto. ¡Plas! Ha sonado en la cocina, como si algo de madera hubiese caído al suelo. Las dos enfocamos la mirada hacia allí, las lágrimas empiezan a resbalar por mi rostro porque algo me dice que sea lo que sea lo que va a suceder, va a ser ahora, y estoy tan paralizada por el miedo que soy incapaz de echar a correr. Noto el cuerpo de Alejandra pegado a mi espalda y su respiración agitada en mi cuello, casi diría que puedo escuchar los latidos martilleantes de los corazones de ambas cuando la luz vuelve a apagarse.

Llevo las manos hacia atrás y me agarro con fuerza a las piernas de Alejandra, ella se mantiene completamente inmóvil con sus manos apretando mi cintura con una fuerza desmedida que me provoca algo de dolor.

Voy a abrir la boca para intentar vocalizar que quiero irme de aquí cuando la luz se enciende y se apaga una y otra vez, y entre medio de todas esas ráfagas que nos desconciertan, aparece un niño al fondo de la cocina que nos mira fijamente. Mis pulmones retienen todo el aire que tengo sin permitirme expulsarlo para gritar cuando el niño arranca a correr y siento que el corazón se me detiene.

—¡Fueeeeraaaaaa! —grita a todo pulmón mientras corre hacia nosotras a una velocidad asombrosa.

La impresión que nos produce es tan fuerte que por instinto ambas nos echamos hacia atrás para huir, con la mala suerte de que yo lo hago antes que Alejandra y acabo tirándola al suelo y cayéndole encima entre los destellos cegadores y ese espíritu que nos grita poseído. Durante la caída la luz se apaga definitivamente y lo único que se oye son mis sollozos de miedo mientras cierro los ojos con fuerza y me protejo la cara con los brazos temiendo que vaya a cogermé.

Alejandra no dice nada, simplemente se mantiene debajo de mi cuerpo con la

respiración tan acelerada que noto sus pechos golpeando la parte trasera de mi cabeza de forma incesante. Incluso con los ojos fuertemente cerrados, noto que la luz ha vuelto y los abro lentamente, enfocando entre mis brazos en busca de ese espíritu que por poco nos atrapa.

—No está—dice Alejandra con esfuerzo.

Cuando compruebo que es cierto, que delante de nosotras ya no hay nada ni nadie, es cuando mis pulmones me dejan soltar todo el miedo y expulso un desgarrador grito de terror que convierte los truenos en maullidos de gato.

—¡Dios! —grito temblando mientras me doy la vuelta hacia Alejandra.

Mi único objetivo ahora mismo es coger nuestras cosas y largarnos corriendo antes de que se marche la luz de nuevo, pero cuando la veo me detengo en seco, tiene el rostro completamente pálido y una clara expresión de dolor, es entonces cuando me doy cuenta de que la mesilla se ha roto y es su cuerpo el que está encima de los restos.

—Mierda—susurro nerviosa—dime que estás bien, por favor.

—Me duele la espalda—asegura mientras intenta moverse y un grito de dolor escapa de su boca.

La ayudo a sentarse y me coloco detrás de ella actuando como un robot. Mi mente trabaja de forma mecánica con una única misión; descubrir el problema de su espalda, neutralizarlo lo suficiente como para salir de aquí y llevarla a un hospital. Es en lo único que pienso y lo que repito en mi cabeza para evitar que el miedo me domine y me quede bloqueada, porque está claro que ahora soy yo la que debe ayudarla a ella.

Levanto su jersey y veo una raspada enorme además de un corte que, aunque no es excesivamente largo, parece profundo.

—Dime que no hay sangre—me pide en un susurro.

—¿Eres aprensiva?

—Muchísimo.

Perfecto, lo que faltaba.

—Vale, tranquila que no es nada.

Observo con rapidez a mi alrededor sin dejar de desviar la mirada hacia la cocina continuamente por si vuelve a aparecer, no encuentro nada con lo que parar la sangre y prefiero masticar cristales antes que ir yo sola al baño a por el botiquín, así que cojo un cojín, le quito la funda y tras hacerla una bola, la introduzco bajo su jersey y presiono la herida.

—Aah—se queja dando un respingo.

—Perdona.

—Si pones eso es que hay sangre—dice palideciendo de nuevo.

—Para nada, es solo una raspada, te lo pongo para que no te roce la ropa.

—Joder, Edurne, mientes fatal—murmura mientras la ayudo a levantarse.

—Nunca se me ha dado bien—confieso—dime que las llaves de tu coche están aquí, por favor.

—En el bolso.

Alejandra me señala con la cabeza una de las sillas dónde está colgado su bolso, apenas hay tres metros de distancia, pero tengo tanto miedo de quedarme sola que salgo corriendo como si me persiguieran, cojo el bolso y vuelvo a su lado sin apenas aliento.

—Tuviste que ser muy buena haciendo carreras de relevos—añade mordaz.

—Que graciosa. ¿Puedes andar?

—Si hace falta me arrastro, pero vámonos de aquí.

Abandonamos la jodida casa del terror y en pocos minutos llegamos al hospital, donde por primera vez en la última hora comienzo a sentirme a salvo y empiezo a relajarme. Enseguida nos hacen pasar y ayudo a Alejandra a sentarse en una camilla, conforme han ido pasando los minutos el dolor se ha intensificado y le cuesta moverse.

La observo y no puedo evitar que se me escape la risa, con la funda del cojín metida bajo el jersey parece que esconda una pelota en la espalda.

—Deja de reírte y sácame eso, anda—murmura entornando los ojos.

—¿Te quito el jersey? —pregunto poniéndome seria.

Alejandra asiente y se lo quito entre gestos de dolor que por algún motivo me duelen a mí también, odio no poder hacer nada para calmarla. Una doctora entra por fin, cuando nos pregunta qué ha pasado las dos nos miramos con los ojos muy abiertos, por suerte es Alejandra la que se inventa una excusa que suena más que creíble, porque yo solo hubiese sido capaz de contar la verdad y entonces acabaríamos las dos con la visita del psiquiatra de guardia.

La doctora levanta la camiseta y echa un vistazo rápido a la herida.

—Hay que limpiar y coser—murmura para sí—pero Alejandra la oye y se tensa mientras traga saliva.

—Es un corte de nada—le digo para calmarla—y no vas a verlo, así que relájate—le pido cogiendo su mano.

—¿Aprensiva? —pregunta la doctora mirándome a mí.

—Sí—contesto pensativa mientras llego a la conclusión de que esta es la primera debilidad que he visto en Alejandra.

—Será un momento—la calma la doctora—quítale toda la ropa de cintura para arriba y que se tumbe bocabajo, yo vuelvo enseguida—me pide sin más, antes de desaparecer por la puerta.

Me quedo mirando a Alejandra casi ojiplática.

—Lo haría yo, Edurne, pero me duele horrores, y está claro que no son los primeros pechos que ves—sonríe elevando una ceja.

La verdad es que no sé por qué me he puesto así de una forma tan absurda, soy lo suficientemente madura como para poder quitarle la ropa y no permitir que mis ojos se posen sobre ella más tiempo de la cuenta, pero la sola idea de pensarlo me pone nerviosa, si no hubiese aparecido el hijo del demonio en esa casa probablemente ahora las dos estaríamos desnudas en su sofá.

—Lo sé, perdona—digo algo aturdida.

Me acerco a ella y con sumo cuidado para hacerle el menor daño posible, le quito el jersey, después la camiseta y por último el sujetador. Para evitar la tentación de mirar sus pechos me pego a ella y me coloco entre sus piernas.

—Siento no haberte tratado con más mimo—le susurro colocándole un mechón detrás de la oreja—he sido muy bruta, estaba tan desesperada por salir de allí que no he tenido muchos miramientos contigo, te he puesto esa bola en la espalda y...

—No te disculpes, tonta, ya te he dicho que, si hacía falta salía arrastrándome. Deseaba salir de allí tanto como tú, no recuerdo haber pasado tanto miedo en mi vida—reconoce tras un profundo suspiro.

—Te ayudo a tumbarte, ¿de acuerdo?

Ella asiente y con cuidado conseguimos que se tumbe sin hacerse mucho daño. Cuando

la doctora vuelve y veo la aguja con la anestesia doy gracias a que Alejandra esté mirando hacia mi lado y no hacia el otro. Acercó el taburete que tengo al lado, me siento junto a ella y le cojo la mano mientras un enfermero desinfecta toda la herida antes de que la doctora acabe dándole cuatro puntos de sutura.

Entramos en mi apartamento pasadas las diez de la noche. Alejandra se sienta en el sofá mientras yo preparo unos emparedados que devoramos en completo silencio, no sé en qué piensa ella, pero yo no puedo quitarme de la cabeza todo lo sucedido esta tarde. Cuando recuerdo su cuerpo pegado al mío en el sofá mientras nos besábamos hay un hormigueo incesante que me recorre todo el pecho de un modo muy agradable, pero entonces llega ese momento en que la luz empezó a parpadear y ese espíritu infantil corrió hacia nosotras gritando, me entran escalofríos y una sensación de angustia mezclada con miedo que no soporto.

—Venderé la masía—dice de pronto.

—Ah, ¿sí? —pregunto sorprendida.

—¿Y qué hago? Yo no creía en estas cosas, Eburne, pero lo de hoy, joder, te juro que por un momento he llegado a pensar que nos acabaría poseyendo a una de las dos.

—No hablemos de eso ahora, por favor, me entran escalofríos, necesito quitármelo de la cabeza o te juro que esta noche no duermo—le pido sentándome a su lado.

—Tienes razón, perdona, solo se me ocurre una cosa que puede hacer que me desconecte de eso—dice colocando una mano en mi cuello, lo que me produce una descarga placentera que me recorre todo el cuerpo.

—¿Cuál es? —pregunto con voz ronca.

Alejandra me atrae hacia ella y retomamos esos besos que empezaron en su casa y que sin duda van a seguir en la mía. Media hora después, me encuentro completamente desnuda sentada a horcajadas sobre sus piernas, después de haber bebido de su excitación y saboreado cada rincón de su sexo hasta que se ha dejado llevar por una explosión de éxtasis que por poco me vuelve loca de deseo.

Sus dedos entran en mi interior y la respiración se me corta cuando empieza a moverlos, las descargas de placer sacuden y recorren mi cuerpo en todas direcciones mientras me dejo hacer, entregándome a Alejandra hasta que noto como una intensa y placentera bola de fuegos artificiales se forma en mi interior y sale en forma de jadeos y gritos que me hacen retorcerme hasta caer exhausta entre sus brazos.

Alejandra se apoya en el respaldo arrastrándome con ella y hace un pequeño gesto de dolor al notar el roce en su espalda. Intento moverme para quitarme de encima y no ser una carga, pero después de lo que acaba de hacerme las piernas me tiemblan y tengo una flojera en todo el cuerpo que no me permite hacer nada.

—Tranquila—susurra en mi oído acariciando mi espalda lentamente—apenas me duele.

Asiento con la cabeza y hundo mi cara en su cuello, aspirando su delicioso aroma y dejándome envolver por la indescriptible sensación agradable que me produce estar sobre ella, rodeada por sus brazos y sintiéndome la persona más afortunada del mundo por tenerla sola para mí.

—Ha sido increíble—acierto a decir con un hilo de voz.

Las palabras han salido sin control de mi boca, no comprendo por qué lo he dicho, pero tampoco me arrepiento. Desnuda y sentada sobre ella después de haber liberado una gran cantidad de tensión acumulada, es cuando me doy cuenta de que no quiero estar en ningún

sitio si ella no está conmigo. Esa revelación me impresiona tanto que no soy capaz de controlar mis emociones y me dejo llevar soltando un mar de lágrimas, fruto de toda la angustia acumulada en Villa Varea y del miedo atroz que me produce la idea de dejar de verla.

—¿Tan mal lo he hecho? —bromea sorprendida por mi reacción.

Me separo lo suficiente como para poder mirarla a la cara y negar con la cabeza a la vez que esbozo una sonrisa que ella me devuelve junto a un beso suave en los labios.

—Lo siento, todo lo que ha pasado me supera—confieso tras calmarme un poco.

—Está bien que llores si eso te ayuda, aunque me gustas más cuando sonríes.

—Tú me gustas hagas lo que hagas.

—Umm, vaya, eso es casi una declaración de amor, Edurne—sonríe de nuevo—ten cuidado con lo que dices porque es recíproco, y en ese caso quizá deberíamos tomar medidas.

—¿Medidas como iniciar algo? —pregunto sin apartar la vista de sus ojos.

—¿Te gustaría? Creo que el primer paso ya lo hemos dado y ha sido de lo más satisfactorio—asegura echando un vistazo a nuestros cuerpos desnudos.

—¿Tú quieres?

—No te lo estaría preguntando si no quisiera.

La silencio besándola de nuevo, para después empezar un recorrido de besos suaves hasta su oído y susurrarle un “*yo también quiero*” que la hace suspirar y arrastrarme hasta la cama para saciar ese deseo cosquilleante que no hace más que crecer sin control.

Capítulo 14

Alejandra

Un dolor punzante en la espalda me despierta, nuestras prisas por apagar todo ese fuego que ardía entre nosotras anoche me hicieron olvidar tomar el calmante que me recetó la doctora y ahora estoy pagando las consecuencias. Decido aguantar unos minutos más el dolor, Edurne duerme pegada a mí, con la cabeza casi hundida entre mis pechos y su pelo invadiendo la almohada, haciéndome sentir realmente bien a su lado.

Le aparto unos cuantos mechones y se los coloco detrás de la oreja, rozando a propósito la parte trasera y provocando que finalmente se despierte y me dedique una sonrisa junto a los buenos días.

—¿Cómo estás? —pregunta con la voz ronca por el sueño.

—Interiormente, encantada—afirmo besándola—exteriormente, muerta de dolor.

—Mierda, la pastilla—murmura abriendo los ojos de golpe.

—Sí, la pastilla.

—No te muevas, traeré el desayuno a la cama y te tomas el calmante.

Edurne salta de la cama antes de que me dé tiempo a contestar, cubre su cuerpo con una enorme sudadera y sale de la habitación dejándome encendida tras ver como camina con las piernas desnudas y sin ropa interior. Tras el desayuno y una ducha, ambas salimos al balcón para que el aire fresco nos termine de despejar.

—¿Te importa si me fumo un cigarro? —pregunta haciendo una mueca.

—Solo si me prometes que cuando ese paquete se termine no te comprarás ninguno más.

—Prometido.

—¿Cuántos cigarrillos quedan?

—Tres, dos cuando me acabe este—señala antes de encenderlo.

—Pues elige bien las situaciones.

Edurne asiente y fija la mirada en algún punto indeterminado del bosque mientras sopla el humo de la primera calada.

—¿Sigues queriendo vender? —pregunta sin desviar la mirada.

—¿Tengo otra opción? Está claro que allí pasa algo, Edurne, algo que no somos capaces de solucionar. Ahora ya no es solo una chica, también está ese niño que, joder—digo sintiendo como el vello se me pone de punta—si lo veo otra vez creo que me dará algo.

—No podemos rendirnos ahora—suelta dejándome con la boca abierta.

—¿Estás diciendo que quieres volver allí? —pregunto sorprendida.

He visto la expresión de pánico en sus ojos cada vez que esos críos se han aparecido, sé que lo pasa realmente mal y que lo único que desea es salir corriendo de mi casa, por lo que me resulta imposible de entender este cambio.

—Supongo que en el fondo no dejo de ser una detective, Alejandra, me entran escalofríos solo de pensar en volver allí, pero la curiosidad me puede. Si lo dejamos estar no

podré quitármelo de la cabeza nunca, necesito una explicación. Me da igual que sea algo paranormal o que nos estemos volviendo locas, pero quiero una respuesta, algo que explique por qué esos espíritus están en la casa.

—De acuerdo—concedo convencida por su razonamiento—volvamos allí, pero no te hagas ilusiones, Edurne, no creo que saquemos nada en claro salvo que tengas un plan que no me hayas contado.

—La verdad es que no tengo ningún plan—sonríe provocándome un agradable hormigueo en el estómago.

¿En qué momento he comenzado a sentir todo esto tan intenso por ella?

—De momento lo único que tengo pensado es llamar a mi hermana para explicarle lo que sucedió anoche y pedirle que investigue de nuevo, esta vez buscando la existencia de un chico en la casa.

La verdad es que su plan me parece una mierda, pero en el fondo no quiero perder la esperanza de solucionar esto, me gusta Villa Varea y quisiera poder quedarme a vivir allí, y si es con Edurne, mejor. Por Dios, no me puedo creer que ya me esté planteando algo tan serio con ella, la miro y el brillo de sus ojos al sentirse observada por mí me hace darme cuenta de lo mucho que la deseo y de la increíble cantidad de sentimientos dormidos que se han despertado después de entregarnos la una a la otra anoche.

Cuando llegamos a Villa Varea noto como Edurne se tensa a mi lado mientras busco las llaves para entrar.

—Relájate, ahora es de día—le susurro en cuanto abro la puerta.

—¿Y qué? Eso no les impide aparecer—se queja.

—Siempre los hemos visto por la noche, ahora como mucho se encenderá el televisor o se abrirá algún grifo—aseguro sin poder contener una risa nerviosa.

—Que graciosa.

Entre las dos recogemos los destrozos de la mesa y después nos metemos en la cocina, hemos comprado unas bandejas de comida preparada antes de venir, y mientras yo me dedico a prepararlo todo y calentar los platos, Edurne se sienta sobre el mármol para llamar a su hermana.

Arqueo una ceja mirando las sillas y después a ella y Edurne sonríe encogiéndose de hombros como toda respuesta.

—Sí te quedas ahí lo consideraré una provocación—susurro colocándome entre sus piernas.

—Shhh—me silencia colocando un dedo en mis labios cuando su hermana descuelga.

Edurne

—Tendrás que resumir, hermanita, tengo una reunión con el equipo y ya voy tarde—suelta Bego a modo de saludo.

—Te puedo llamar luego—digo tras darle un beso a Alejandra y observarla alejarse de mí para abrir la nevera.

—No, joder, que me dejas con la intriga, ¿qué pasa?

—¿Recuerdas que te pedí que investigaras si en esta casa había vivido alguna chica?

—Sí, claro.

—Necesito que hagas lo mismo, solo que esta vez debes buscar a un crío de unos diez o doce años.

—¿Un niño? ¿Para qué...? Oh, por Dios, ¿en serio? —resopla incrédula.

—En serio, Bego, y te garantizo que ambas estábamos muy despiertas—confieso sintiendo un hormigueo entre las piernas al recordar los besos que nos dimos—nos llevamos tal susto que acabamos las dos en el suelo, Alejandra se ha llevado cuatro puntos de sutura de recuerdo en la espalda, te aseguro que fue muy real.

—Joder, ¿está bien?

—Sí, se golpeó con la mesa, estará unos días dolorida, pero por suerte no fue grave.

—Menos mal. Por cierto, lo del marido nada, tu amiga hizo un buen trabajo, no solo le ha seguido durante un día, también ha investigado sus movimientos las cuarenta y ocho horas anteriores y solo va del trabajo a casa o al apartamento de una mujer que vive en el centro, podemos descartarle.

—Ya te lo dije. Ahora céntrate en el niño, por favor.

—Edurne, no voy a encontrar nada, lo hubiera visto cuando investigué lo de la chica, allí solo ha vivido quien te dije.

—Tal vez fuese un vecino, o un amigo de las hijas—digo desesperada.

—De acuerdo, oye, cariño, tengo que colgar—dice con prisas—comprobaré eso último en cuanto tenga un hueco, lo prometo. Te llamo cuando sepa algo, ¿de acuerdo?

—Claro, entra en esa reunión y cómetelos—digo sonriente.

—Yo no me como a nadie, pero te aseguro que tampoco dejo que me coman a mí—añade antes de colgar.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Alejandra con curiosidad.

—Que lo mirará en cuanto pueda, ahora estaba muy liada.

—Bueno, entonces solo nos queda esperar.

Durante la comida decidimos poner la radio en uno de los móviles para silenciar cualquier ruido que se pueda escuchar en la casa, necesitamos pasar el máximo de tiempo tranquilas.

—¿Te apetece dar un paseo para bajar la comida? —propone cuando acabamos.

—Sí, claro, pero tu espalda...

—Estoy bien, no me va a doler más porque caminemos un poco.

Encaramos uno de los muchos senderos que pasan por aquí cerca, al principio vamos en absoluto silencio, disfrutando de las vistas y el ambiente tranquilo y relajado que aquí se respira, hasta que llegamos a un mirador y nos acodamos en la baranda.

—Tenemos que hablar de lo que hay entre nosotras, Edurne—dice mirándome con algo de incertidumbre.

Mi cuerpo se llena de mariposas al pensarlo y ahogo un suspiro.

—Claro, si necesitas aclararlo más no hay problema—contesto algo preocupada, sin comprender a qué viene esto si anoche creo que ya quedamos en que lo intentaríamos.

—Yo no necesito aclarar nada, tengo muy claro lo que siento por ti, pero necesito que hablemos de ese amante tuyo—dice produciéndome una extraña sensación de incomodidad al pensar en él.

—No hay nada que hablar, Alejandra, ya te dije que incluso antes de conocerte ya hacía tiempo que no me apetecía verle, y obviamente, ahora te puedo garantizar que se ha terminado, no debe preocuparte.

—Está bien, solo necesitaba asegurarme—dice más relajada.

—Claro, y ya que estamos me gustaría que aclarásemos también lo de tu marido...

—Futuro exmarido—me corta—y si hay alguien en el mundo que no debe preocuparte te aseguro que es él.

—¿Y él hombre de la biblioteca?

—Soy solo tuya—susurra pegándose a mí cuerpo, convirtiendo mis piernas en gelatina.

Creo que no hay nada más que decir por parte de ninguna, parece que ambas lo tenemos todo muy claro, ahora solo quiero resolver el problema de Villa Varea y poder comenzar a disfrutar de mi relación con Alejandra con calma.

Cuando volvemos a la masía no nos separamos bajo ningún concepto, ni siquiera para ir al baño. No puedo dejar de sentir el cuerpo en tensión todo el rato, por más que lo intento no consigo evitar que me persiga la angustiada sensación de que en cualquier momento va a suceder algo, de hecho, creo que hasta me pone nerviosa la relativa calma que hay en la casa desde que hemos llegado.

—No sé si es buena idea que hayamos venido—comenta elevando una ceja.

—¿Por qué?

—Mírate, no dejas de mirar en todas direcciones esperando que pase algo, así no puedes estar, Edurne, no es sano.

—Solo estoy un poco nerviosa, lo que no entiendo es que tú no lo estés.

—Claro que estoy nerviosa, pero intento que no me sobrepase, tú deberías hacer lo mismo.

Su móvil vibra y doy un respingo provocándole una sonrisa incrédula.

—Vaya, dice sorprendida, me han enviado los recibos de la luz que solicité por correo.

Cuando abre el archivo apenas se ven, son copias escaneadas en blanco y negro con una resolución pésima, si lo ampliamos no se ve nada.

—Podemos acercarnos al pueblo y buscar una copistería para que nos los impriman—resuelve haciendo una mueca.

—Sería lo mejor—añado justo cuando mi teléfono empieza a sonar, cuando miro la pantalla descubro el nombre de Bego en ella.

—Dime.

—¿Estás sentada?

—No—contesto extrañada.

—Pues siéntate, no te vas a creer lo que he encontrado.

Capítulo 15

Edurne

—¿Qué has encontrado? —pregunto con el corazón acelerado.

Alejandra me dedica una mirada de expectación y ambas nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina. Pongo el manos libres y dejo el teléfono encima.

—Ahora te escuchamos las dos.

—Hola, Alejandra.

—Hola, Begoña—saluda sonriéndome a mí.

Le guiño un ojo a Alejandra, tengo la impresión de que ella y mi hermana se van a llevar bien y eso me encanta.

—Habla, Bego—le exijo.

—Bueno, realmente no es que haya encontrado nada, de hecho, lo del crío ni siquiera lo he buscado.

—¿Entonces? —pregunto sin comprender.

—Cuando he salido de la reunión no podía dejar de darle vueltas a lo que me habías dicho, había algo que me chirriaba y no lograba comprender qué era, hasta que he recordado una cosa.

—¿Qué cosa? —pregunta Alejandra impaciente.

—Un caso que llevan los compañeros de desaparecidos y que todavía sigue abierto.

—¿Un caso de desaparición? —cuestiono algo extrañada.

—Sí, hace más o menos un año y medio desaparecieron una chica y un niño, ambos eran hermanos, ella tenía dieciséis años y él diez.

—¿Dónde fue eso? —pregunto inquieta.

—En una población situada a diez kilómetros de aquí. Un vecino alertó a la policía de los fuertes olores que provenían del piso de al lado, cuando la policía se personó en la vivienda encontraron el cuerpo de la mujer en el baño, había recibido varias puñaladas y finalmente fue degollada. El cuerpo del marido apareció en su habitación, se había cortado las venas y murió desangrado.

—Recuerdo esa historia, salió en las noticias—comenta Alejandra.

—Sí, aunque no se le dio tanta cobertura mediática como a otros casos.

—Yo también recuerdo ese caso—la interrumpo—pero no entiendo que tiene que ver eso con los niños de los que hablas.

—Todo, lo que nunca salió a la luz es que el matrimonio tenía dos hijos, cuando la policía entró en la casa no estaban y ningún vecino recordaba haberlos visto salir. Se barajaron varias hipótesis, la primera fue que ellos pudieron ser los causantes de la muerte de los padres, cosa que se descartó cuando se confirmó que el padre se había autolesionado. Otra fue que ambos presenciaran lo que estaba pasando y de algún modo lograran huir, y la tercera y aquella por la que más se decantan quienes investigaron el caso, es que el padre matara a los hijos para hacer daño a la madre, y después, en un arrebato, finalmente acabara

con ella antes de suicidarse.

—Pero ¿y los cuerpos? ¿aparecieron?

—No, nunca encontraron los cuerpos de los niños, se peinaron varios kilómetros a la redonda, pero nunca aparecieron. El padre trabajaba en la construcción y se barajó la hipótesis de que los hubiera emparedado o incluso enterrado bajo los cimientos de un centro comercial en el que trabajaba por aquel entonces. Se solicitó una orden para excavar, pero para cuando lo hicieron la obra estaba más avanzada, había muchos intereses de por medio en que se terminase pronto para que los inversores recuperaran el dinero y finalmente fueron denegados.

—¿Entonces dejaron de buscar los cuerpos de los niños? —pregunta Alejandra torciendo el gesto.

—No, la búsqueda siguió activa durante varios meses, pero sin resultados, los cuerpos de esos críos siguen enterrados en alguna parte.

—¿Y crees que pueden estar aquí? ¿Que su padre los asesinó en esta casa?

La sola idea de pensarlo me mareo.

—Tal vez, Villa Varea se encuentra dentro del radio de búsqueda que se determinó en su momento. Cuando todo sucedió estaba vacía, el padre podía saberlo de algún modo, tal vez porque en su día hizo alguna reforma en la casa o conocía a la familia, o era amigo de algún conocido, tendría que investigarlo más a fondo. Pero de lo que no me cabe duda, es de que era el lugar perfecto para cometer un crimen así de atroz y no llamar la atención de nadie. Esa masía le proporcionaba total intimidad para hacerlo, incluso pudo dejar los cuerpos una temporada y después volver para deshacerse de ellos.

Alejandra y yo nos miramos consternadas, solo de pensarlo se me remueven las entrañas.

—Eso explicaría porque los vemos—razona Alejandra—si murieron aquí, tal vez su presencia sea para pedir ayuda, buscan que se haga justicia.

La miro y elevo una ceja sin hacer ningún comentario para que mi hermana no me oiga, pero no consigo evitar que se me escape una sonrisa al ver que Alejandra comienza a olvidar sus prejuicios y su escepticismo para asumir que esos espíritus existen.

—Podría ser—suelta mi hermana tras un bufido—os voy a pasar unas imágenes de los dos para ver si les reconocéis.

—Vale—digo impaciente.

Alejandra y yo nos quedamos mirando la pantalla de mi móvil fijamente hasta que por fin aparece un mensaje en la parte superior, pulso y descargo las dos imágenes que nos ha mandado mi hermana.

—Joder—exclama Alejandra—si no son ellos se parecen una barbaridad.

—¿Os suenan entonces? —pregunta con un tono de esperanza.

—Al crío apenas tuvimos tiempo de verle, no te sabría decir—comenta.

—Yo tampoco, cuando apareció estaba algo lejos y el susto no me dejó fijarme en nada, y después simplemente me tapé la cara con los brazos—añado.

—¿Y ella?

—Ella se parece mucho, pero bueno, debe haber millones de adolescentes con el pelo moreno y largo—argumenta Alejandra de nuevo.

—Es cierto, podría ser ella, pero también podría no serlo—añado.

—No sois de mucha ayuda—suelta Bego algo decepcionada.

—Te aseguro que si fueses tú a quién se le aparecieron, tampoco te habrías parado a

buscar detalles, solo pensarías en salir corriendo.

—Ya lo sé. En fin, esto es todo lo que puedo ofreceros, no tengo más información.

—Espera, Bego, ¿ya está? ¿no vais a hacer nada? —pregunto molesta.

—¿Qué quieres que hagamos, Edurne? Yo no puedo irles a los compañeros que llevan el caso y decirles: oye, ¿por qué no os pasáis por Villa Varea? Mi hermana y la dueña últimamente han visto unos espíritus que se parecen mucho a los niños de vuestro caso...

—Que graciosa, no digo eso, Bego, pero puede que tengas razón y ese cabrón matase a esos críos aquí, puede que incluso los cadáveres estén enterrados en el jardín de esta casa, joder, podríais hacer algo.

—No puedo hacer nada si no tengo indicios, Edurne. Consígueme una prueba, algo por mínimo que sea que demuestre que esos hermanos estuvieron allí en algún momento, consíguelo y pondremos Villa Varea patas arriba hasta dar con ellos. Pero sin una prueba no puedo hacer nada, no sabes la de llamadas que se reciben en desaparecidos, llamadas de gente que cree haber visto aquí o allí a alguien que está desaparecido, no se puede comprobar todo, es imposible, así que solo se tienen en cuenta las pistas más creíbles, y esta ahora mismo no lo es.

—Está bien, buscaremos a ver si damos con algo, pero lo veo complicado.

—De acuerdo, para cualquier cosa me llamáis.

—Quizá ahora sí que podrías llamar a la médium esa—le digo a Alejandra en cuanto colgamos—ahora ya tenemos una teoría, aunque no tengamos pruebas. Ella a lo mejor nos puede ayudar a conseguir algo para darle a mi hermana, porque no se me ocurre dónde buscar o el qué.

—Me parece bien, la llamo ahora mismo y le digo que venga cuanto antes.

Alejandra busca un número en el móvil y segundos después ya está enfrascada en una conversación con una amiga suya, la que supuestamente la pondrá en contacto con la médium. Yo mientras tanto me dedico a preparar la cafetera cuando la campana de la puerta suena, las dos nos miramos algo sorprendidas, ya que no esperamos a nadie, pero como ella está al teléfono, le hago una seña y le digo que voy yo.

Cuando abro la puerta y veo quién es el mundo se detiene bajo mis pies, me mira de arriba abajo como si intentara descifrar algo, yo hago lo mismo con él mientras mi cerebro hierve buscando una explicación para que se encuentre aquí, pero mis dudas se disipan rápido y del modo menos imaginable posible.

—¡Serás zorra! ¿Has venido a contárselo todo? —pregunta enfurecido, conteniendo la voz para no elevarla.

—A contar, ¿qué? Manu, ¿de qué hablas? —exijo saber nerviosa.

—De mi mujer, joder, ¿por eso has dejado de verme? ¿te han entrado remordimientos y has venido corriendo a contárselo todo? Eres una hija de puta.

Manu me coge del brazo y me saca al porche con un movimiento brusco que apenas percibo porque mi cabeza no para, en ella solo se repite la palabra su mujer, intento encontrarle sentido porque no entiendo nada. De pronto me veo con la espalda apoyada en la pared y Manu tan pegado a mí que apenas puedo respirar.

—Te voy a hundir, zorra, acabaré contigo—me susurra.

—¡Suéltala ahora mismo, Manuel! —le grita Alejandra que aparece de repente.

—No la escuches, nena, es una puta mentirosa, no te creas nada de lo que te haya contado, ella y yo jamás hemos tenido nada.

Cuando consigo atar cabos las piernas me fallan y me dejo caer hasta el suelo. Manu es

el marido de Alejandra, el hombre con el que me estaba acostando es su puto marido. Ahora solo viene a mi cabeza la voz de mi hermana advirtiéndome de que esto podía pasar, que estamos en un pueblo pequeño y que tarde o temprano me podía tropezar con su mujer, lo que no hubiese imaginado ni en un millón de años es que su mujer fuese Alejandra.

—¿Qué coño dices? —le pregunta ella algo aturdida.

Alejandra me dedica una mirada y al ver mi expresión descompuesta parece que no necesita nada más para comprender lo que pasa. No puedo dejar de llorar mientras escucho a Manu seguir acusándome de mentirosa una y otra vez, asegurándole a Alejandra que soy una chiflada y una acosadora que no dejo de insinuarle a él, pero que él nunca ha querido nada conmigo.

—¿Te acostabas con él? —me pregunta Alejandra guardando la compostura.

—Ya te he dicho que no tengo nada con ella—se mete Manu.

—No te he preguntado a ti, se lo pregunto a ella. Edurne, contéstame, por favor, ¿te acostabas con él?

—Sí—afirmo mirándola directamente a los ojos.

—¡Serás mentirosa, zorra de mierda! —grita enfurecido.

—¡Lárgate de aquí, Manuel! Vete ahora mismo o te juro que llamo a la policía—le asegura Alejandra.

—¿Vas a creerte a esa muerta de hambre? Diría cualquier cosa con tal de joderme, nena, está despechada.

Alejandra da un paso hacia él con una seguridad aplastante y se detiene a menos de un palmo de su cara.

—¿Si le pido que me enseñe el teléfono crees que puedo encontrar alguna conversación interesante contigo?

El rostro de Manu se desencaja por completo y me mira como queriendo fulminarme.

—Hablo en serio, Manuel, quiero que te marches de aquí ahora mismo.

—Está bien—acepta dándose la vuelta para alejarse de la casa.

De pronto se gira y coge el sobre que traía bajo el brazo y se lo lanza a Alejandra a los pies.

—Ahí tienes los planos de la masía, te los traía en persona porque quería que hablásemos, pero ya veo que prefieres creer a una desconocida tarada antes que a tu propio marido.

—A ti dejé de creerte hace tiempo, Manuel, cuando vi tus fotos con la pelirroja.

—Fue solo aquella vez, te lo juro, y te he pedido perdón mil veces—suplica más calmado.

—Vete ya, por favor. Esta semana un mensajero te llevará los papeles del divorcio, si tanto me quieres demuéstalo y fírmalos de inmediato.

Alejandra recoge el sobre del suelo sin esperar contestación, se da la vuelta y viene hacia mí con una expresión que no sé interpretar, se inclina y me coge ambas manos.

—Arriba, vayamos dentro que hace frío—susurra sin mirar atrás.

Le hago caso y me dejo arrastrar hacia el interior con un ataque de ansiedad como no recuerdo haber tenido nunca. Ya en el interior, Alejandra me acompaña hasta el sofá, donde me dejo caer y toda la tensión del momento sale de golpe haciendo que no pueda respirar.

—Me ahogo—digo asustada con una mano en el pecho.

—No te ahogas, solo tienes que relajarte—asegura sentándose a mi lado.

Me inclino hacia delante y apoyo los codos en las rodillas, cierro los ojos e intento

concentrarme en respirar con normalidad cuando siento la mano de Alejandra acariciar mi espalda y eso me alivia enormemente.

—Tranquila—me susurra al oído, después besa mi cabeza y yo cojo su mano y la aprieto con fuerza.

—No lo sabía, Alejandra, dijiste que tu marido te había engañado con una mujer pelirroja, no lo entiendo—sollozo a su lado.

—Pues es muy fácil, está claro que no solo me engañaba con la pelirroja, también lo hacía contigo, a saber con cuantas más se acostaba.

Aunque parezca increíble, saber que ese cabrón en cierto modo también me engañaba a mí, me hace sentir mejor conmigo misma, me está bien empleado haber tenido un poco de mi propia medicina.

—Lo siento mucho, Alejandra, siento haber sido parte de la causa de tu sufrimiento—digo de forma sincera.

—Me engañó él, no tú, agradezco tus disculpas, Edurne, pero no tienes por qué dárme las. Quien debería tener la decencia de pedir perdón es él, y en lugar de eso te ha tachado de mentirosa y de pirada, y aunque no te lo creas, eso ha sido lo que más me ha dolido hoy, que cargara contra ti.

—¿Entonces nosotras?

—Nosotras, ¿qué? —pregunta arqueando una ceja.

—Bueno, ya sabes, ¿seguimos igual?

—No sé qué parte de me he enamorado de ti es la que no entiendes, Edurne, ni siquiera sé cómo o en qué momento ha pasado, pero ha pasado y quiero estar contigo. Para mí Manuel es pasado, quiero arreglar lo del divorcio cuanto antes y comenzar de cero, a ser posible contigo. Ahora dime, ¿qué quieres tú?

—A ti—respondo sin dudar—te quiero a ti, Alejandra.

—Bien—añade sonriente después de besarme—ahora que está todo claro vayamos a buscar una copistería para imprimir los recibos.

—¿Qué sabes de la médium? ¿Puede venir? —pregunto de camino al pueblo.

—Puede, pero no hasta la semana que viene.

—¿Una semana? —pregunto alarmada.

—Sí, tiene otros compromisos antes, y eso porque mi amiga se lo ha pedido como un favor personal, si no era dentro de dos meses.

—Joder, parece que estas cosas son más comunes de lo que creemos.

—Bueno, no creo que se dedique solo a esto, al menos eso espero—comenta haciendo una mueca divertida.

Una hora más tarde aparcamos el coche después de volver de la copistería.

—¿Has dejado las luces encendidas? —le pregunto a Alejandra extrañada, al ver luz a través de las ventanas del salón.

—No, yo no he dejado ninguna luz encendida.

De forma instintiva ambas nos inclinamos hacia delante y miramos hacia la planta de arriba, descubriendo con horror que hay luz en todas las ventanas.

—Joder—murmuro notando un escalofrío, de nuevo el miedo comienza a apoderarse de mi cuerpo.

—Son solo luces—comenta Alejandra cogiendo mi mano.

—Luces que nosotras no hemos encendido.

—Lo sé, pero solo luces.

—¿Y si hay alguien? —pregunto asustada.

—Es imposible, Edurne, nadie tiene llaves de aquí, pero si quieres nos vamos a tu apartamento y volvemos mañana con la luz del día.

—No, estamos muy cerca de descubrir lo que pasa, no pienso irme ahora.

—Esa es mi chica—dice contenta—venga vamos, las apagaremos y miraremos esos recibos y los planos.

Capítulo 16

Alejandra

He intentado mostrarme segura cuando le he dicho a Edurne que apagaríamos las luces sin más, pero lo cierto es que ahora que vamos habitación por habitación haciéndolo, cada vez tengo más miedo, temo que en cualquiera de ellas se aparezca uno de esos críos y nos dé un susto de muerte.

Por decisión de ambas, nos llevamos los pijamas y unas mantas y decidimos dormir en el salón, el sofá no es que sea muy cómodo, pero es amplio y estamos más cerca de la puerta en caso de tener que salir corriendo. Después de cenar y ya con los pijamas puestos, Edurne se acurruca a mi lado mientras observa con detenimiento los recibos de la luz, yo he decidido coger un libro y leer un poco, necesito desconectar.

—Hay pequeños picos—comenta unos minutos después.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé, pero en varios de los recibos hay pequeñas subidas, no es gran cosa, sin embargo; demostraría la posibilidad de que las luces se hayan estado encendiendo solas, y el televisor también.

—Eso no nos sirve, Edurne, si tu hermana se presenta ante sus compañeros con esa teoría se reirán de ella, necesitamos algo más contundente. Quizá mañana podríamos poner la casa patas arriba, si esos niños estuvieron aquí en su día quizá se les cayó algo que el cabrón de su padre no vio, una goma de pelo, un coche de juguete, algo.

—Lo habríamos visto ya.

—Aquí dentro sí, pero quizá en el exterior, el terreno es muy amplio.

—Está bien, no perdemos nada por intentarlo.

De pronto se oye el ruido de una puerta mal engrasada y ambas nos ponemos tensas. Ha sonado en el piso superior, las dos miramos hacia las escaleras con expresión de pánico, esperando que el ruido se repita, que la luz se vaya o que alguien aparezca. Joder, creo que lo que más nerviosa me pone es no saber lo que va a suceder ni cuándo. Edurne retuerce la manga de mi pijama hasta que sus nudillos se quedan blancos, pero por más que esperamos no sucede nada.

—No vamos a subir a mirar nada, ya estoy harta de todo esto—le digo convencida—mañana buscaremos en los alrededores y si no encontramos nada nos iremos a tu apartamento hasta que esa médium pueda venir, si a ti te parece bien.

—Me parece perfecto—susurra tras un hondo suspiro.

Tras prepararnos una infusión relajante y volver al sofá, Edurne saca las escrituras de la masía y extiende el plano sobre nuestras piernas.

—Está muy desgastado—comenta torciendo el gesto.

—Es súper antiguo, podría ir a la notaría y pedir una copia, supongo que allí lo tendrán.

—No hace falta, más o menos se ve todo, pero ahora mismo no soy capaz de concentrarme y ver qué es cada estancia, creo que mejor lo dejamos para mañana.

—Me parece una idea genial—sonríó apartando los papeles y empujándola hasta tumbarme sobre ella.

—¿De verdad quieres hacerlo aquí? —pregunta riendo.

—¿Por qué no? Prefiero escuchar tus gritos de placer antes que tus gritos de miedo.

—Pues hazme gritar—exige con voz ronca mientras sus manos se cuelan por debajo de mi pijama.

Edurne

Nuestra sesión de sexo se alargó hasta bien entrada la noche. No volvimos a escuchar más ruidos y tampoco pasó nada extraño, al menos que nosotras pudiésemos percibir, porque lo cierto es que todos mis sentidos estaban centrados en Alejandra.

Nos quedamos dormidas poco después y solo la luz del día entrando por las ventanas ha logrado despertarme.

Contemplo a Alejandra plácidamente dormida y pienso en lo que sucedió ayer con el cabrón de su marido. Me sorprendió su entereza al principio, pero quizá que estuviera desencantada con su relación la ayudó a enfrentarse a él y echarlo de aquí.

Ahora que lo pienso fríamente, mi estado de ansiedad no era por él, ni tampoco por mí, era por ella. Pensar que pudiera decidir mandarme al cuerno después de descubrir que yo era una de las amantes de su futuro exmarido me hacía morir por dentro, la sola idea de no volver a sentir sus labios sobre los míos me mareaba.

Le aparto un mechón de pelo, la arropo y salgo de su lado intentando no despertarla. Me preparo una taza de café y me siento en el sillón de al lado dispuesta a mirar los planos mientras ella se despierta.

Durante varios minutos los examino minuciosamente, la verdad es que el mal estado en el que se encuentran y mi poca habilidad para interpretarlos hacen que me cueste muchísimo identificar los espacios, pero finalmente lo consigo tras dudar mucho entre el salón y la cocina, ya que ambos tienen entrada desde el exterior. Una vez identifico claramente el salón, no me cuesta mucho interpretar toda la planta baja.

—Buenos días—la voz de Alejandra me saca de mi cometido para centrar toda mi atención en ella.

—Hola—saludo risueña—hay café recién hecho en la cocina.

—Mmm, lo huelo—dice tras inhalar profundamente.

Después hace un gesto extraño con la espalda y una mueca.

—¿Qué pasa? ¿Te duele?

—No, pero los puntos me tiran, tengo unas ganas de que me los quiten...

—Bueno, ya falta menos.

—¿Qué haces? —pregunta frotándose los ojos.

—Mirar los planos.

—¿Y qué se supone que buscas en ellos? —quiere saber.

—La verdad es que no lo sé, Alejandra, quizá un rincón, o un hueco lo suficientemente grande para que hubiese podido esconder los cuerpos.

—Me entran escalofríos cuando dices eso.

—Lo siento, pero es lo único que se me ocurre.

—Hemos dado por hecho que son esos críos, Edurne, pero quizá no lo sean y estamos dando palos de ciego.

—¿Y entonces quién son? —pregunto desesperada.

—No lo sé, cariño—susurra tras acercarse y besarme—pero lo de ayer sigue en pie, en

cuanto desayune, recogemos y nos marchamos.

—Está bien.

Alejandra se marcha a la cocina y yo me dedico a examinar la segunda planta. Sé que tiene razón, y que tanto si son esos críos como si no, va a ser muy difícil dar con los cuerpos. Puede que su padre los matara aquí y después se llevase los cuerpos a un lugar más seguro, si los agentes que investigaron el caso tienen razón en su teoría, puede que esos pobres niños formen parte de los cimientos de un gran centro comercial visitado por miles de personas cada día que desconocen el horror que esconde el lugar que están pisando.

La planta de arriba me cuesta menos que la de abajo gracias a la habitación que era el despacho de su abuelo, en cuanto identifico las escaleras que dan acceso desde el exterior, rápidamente me sitúo y voy localizando todas las habitaciones una a una. Algo llama mi atención y no logro saber qué es, hay algo en el plano que no me acaba de encajar. Alejandra llega en ese momento y le pido que se siente a mi lado, pero no me da tiempo a decirle nada porque mi teléfono se ilumina sobre la mesa y en él aparece el nombre de Bego. Vuelvo a poner el manos libres.

—Hola, Bego—saludamos las dos casi al unísono.

—Buenos días, tengo algo—suelta de sopetón.

—¿Qué tienes?

—¿Recordáis las huellas que tomamos en la puerta exterior?

—Sí, claro.

—Bien, pues ya me han enviado los resultados. Dejando a un lado tu manaza, Edurne, había una huella parcial que milagrosamente ha dado una coincidencia. Pertenece a Ismael Mendoza, fichado hace doce años acusado de robar en una joyería del pueblo.

—¿Un ladrón? Pero si aquí no hay nada de valor—comenta Alejandra sorprendida.

—No, no es eso. La investigación demostró que Ismael fue víctima de uno de sus vecinos, le pidió que le acompañara y después le metió las joyas en la mochila para cargarle el muerto si los pillaban. Ismael Mendoza tiene personalidad *borderline*, es altamente manipulable.

—¿Y entonces que hacía aquí? —pregunto sin entender.

—Eso mismo me he preguntado yo, así que le he pedido a Damián que me consiguiera una copia del expediente de esos críos y no os vais a creer lo que he encontrado.

—¿Qué, Bego? Habla de una vez, joder—le pido impaciente.

—Ismael Mendoza es el tío de esos críos, era el hermano menor de la madre.

Alejandra ahoga un suspiro y se frota los brazos, imagino que porque la piel se le ha erizado igual que a mí.

—¿Y qué pinta ese hombre aquí? —pregunta Alejandra.

—No lo sé, pero para mí es suficiente para hablar con los compañeros que llevan el caso y pedirles que se pongan otra vez con él.

—Creía que el caso seguía abierto—comento pensativa.

—Y sigue abierto, pero es el típico caso que ha llegado a un punto muerto, y lamentablemente los investigadores tienen otros sobre la mesa. Me he citado con ellos en media hora, así que no os mováis de allí porque lo primero que harán será ir. Necesitarán una orden de registro autorizada por un juez, pero todo ese tiempo se puede ahorrar si tú das tu consentimiento, Alejandra.

—Claro, no hay problema.

De pronto mis ojos vuelven al plano de la segunda planta y la conversación entre mis

mujeres favoritas pasa a un segundo lugar muy alejado. Ya veo qué es lo que me chirriaba, a esta casa le falta una puta habitación.

—¡Bego! —grito eufórica.

—Ya ha colgado—me anuncia Alejandra sorprendida por mi tono—¿qué pasa?

—Sé dónde están los cuerpos—digo convencida.

—¿Qué? —pregunta atónita.

—¿Cuál es el único lugar de esta casa que no hemos explorado? —le pregunto poniéndome en pie.

—Eduarne, me asustas, lo hemos mirado todo más de una vez, no nos hemos dejado ningún rincón.

—Claro que sí—afirmo convencida.

Cojo su mano y tiro de ella, por muy eufórica que me sienta por mi descubrimiento me da pánico subir sola a la segunda planta. Subimos casi a trompicones y cuando estamos en el pasillo me detengo y le muestro el plano, dándome cuenta de que las manos me tiemblan.

—Mira—digo señalando el plano—el despacho de tu abuelo, tu habitación, la mía, el baño, la habitación vacía y esto.

—¿Qué coño? —murmura arrugando la frente—esa habitación no existe.

—Claro que existe, está ahí—digo señalando con la cabeza.

—¿En el armario? —pregunta descolocada.

—En el armario no, detrás del armario. Fíjate, Álex, es lo suficientemente grande como para esconder una puerta tras él, y está cerrado, seguro que ese cabrón lo puso ahí a propósito.

—Me voy a volver loca, Eduarne, yo creo recordar que ese armario ha estado ahí siempre.

—Eras muy pequeña cuando venías, puede que estuviera ahí en el pasillo, pero no creo que tapara la puerta.

—Tal vez. Comprobemos tu teoría, vamos a reventar esa puerta de una vez.

—Espera—la detengo cogiéndola de un brazo—quizá deberíamos esperar a la policía, lo que hay ahí dentro probablemente será muy desagradable de ver, quizá no deberías tener ese recuerdo.

—Llevo un jodido mes viendo y oyendo cosas en esta casa, Eduarne, tú misma has estado conmigo esta última semana, necesito comprobar con mis propios ojos lo que sucede, tal vez luego me arrepienta, pero ahora es lo que necesito.

—Muy bien, en ese caso forcemos esa cerradura.

De forma rápida las dos bajamos y salimos al exterior. Entramos en el garaje y cogemos una pequeña barra de hierro que será suficiente para hacer palanca. Volvemos corriendo y subimos las escaleras tan deprisa que cuando llegamos arriba tenemos que detenernos unos segundos para recobrar el aliento.

Nos plantamos ante el enorme armario y Alejandra me cede la palanca como si yo fuese una experta reventando puertas. La miro alzando una ceja y ella me devuelve una sonrisa traviesa que desata un hormigueo por mi estómago. Me centro tras unos segundos y coloco la barra de hierro justo delante de la cerradura cuando de repente, un golpe desde el interior del armario hace que se mueva todo y nosotras nos caigamos de culo del susto.

Capítulo 17

Edurne

Me quedo paralizada mirando la puerta, esperando con el corazón latiendo a mil por hora a que en cualquier momento las puertas del armario se abran y uno de esos espíritus se lance sobre nosotras.

—Igual lo de esperar a la policía no es tan mala idea después de todo—susurra Alejandra sin apartar la vista del armario.

—Y una mierda—digo poniéndome en pie.

No sé de dónde saco las fuerzas ni la seguridad para enfrentarme a esto. Quizá sea que en el fondo yo también necesito saber qué coño pasa, encontrar una explicación lógica para todo lo acontecido en Villa Varea desde que Alejandra decidió instalarse aquí. Le tiendo una mano y la ayudo a ponerse en pie.

—Quédate ahí—le pido señalando mi espalda.

Cojo la barra de hierro y sin pensarlo dos veces la clavo entre las dos puertas haciendo un ruido estrepitoso. Una vez dentro, empujo con fuerza hacia uno de los lados para intentar romper la cerradura, algo que no debería costarme porque es un puto armario, pero es de madera maciza y se me resiste. Alejandra aparece a mi lado de repente y me ayuda a empujar, hasta que escuchamos un fuerte crujido y la puerta se abre.

Como movidas por una fuerza extraña, las dos abrimos la otra hoja y observamos el interior, está lleno de abrigos colgados en la parte superior, abajo encontramos tres cajones llenos de ropa de cama. Con los brazos extendidos, Alejandra abraza todos los abrigos que puede y tira de ellos arrancando incluso la barra en la que estaban colgados, dejando al descubierto una puerta igual que todas las que hay en el pasillo.

Sin pensarlo dos veces y antes de que el miedo me paralice, me meto en el armario subiéndome encima de la repisa de madera que hay sobre los cajones y giro el pomo de la puerta, que cede con suavidad permitiéndome abrirla sin dificultad. Todo es oscuridad en el interior y un fuerte olor a cerrado se apodera de mis fosas nasales haciendo que me tape la boca y la nariz con la mano. Que no haya ninguna ventana explica porque desde el exterior no nos resultó extraño. Alejandra saca su móvil y enciende la linterna, con la mano palpo alrededor de la puerta en busca de algún interruptor, pero cuando lo localizo no funciona.

—Qué raro...—digo con sarcasmo en voz baja.

—¿No hay luz?

—Parece que no.

Acojonada a unos niveles importantes, paso al otro lado y ayudo a Alejandra a hacer lo mismo. Enfocamos de frente y vemos un escritorio viejo sobre el que hay un par de bolsas cuyo contenido no vemos. Al enfocar a la izquierda solo vemos pared, y en el rincón una silla de madera con el asiento acolchado que debe tener más años que Alejandra y yo juntas.

Escucho levemente como cruje algo en el suelo a nuestra derecha y el corazón me bombea más fuerte si es que se puede. Sé que no ha sido Alejandra porque ha sonado más

lejos y ella está pegada a mi lado.

Lentamente las dos nos giramos y ella enfoca con el móvil, dejando ante nosotras los espíritus de la chica y el niño, mirándonos completamente inmóviles. Cojo el brazo de Alejandra y lo aprieto intentando expulsar todo el pánico que siento, el miedo es tan atroz que las dos estamos paralizadas, quiero gritar y no puedo. Los espíritus nos miran fijamente con una expresión que no sé descifrar, la sola idea de que en cualquier momento salten sobre nosotras me hace cerrar los ojos con fuerza y abrazarme a la espalda de Alejandra mientras tiemblo como una hoja.

—Edurne—me susurra Alejandra.

—¿Qué? —consigo decir.

Alejandra no contesta, y para mi sorpresa veo que su cuerpo reacciona y se mueve. Da un paso hacia ellos con las manos en alto sin dejar de enfocar y sus palabras me provocan un escalofrío.

—No vamos a haceros daño—anuncia dirigiéndose a la chica.

—Solo falta un mes—susurra ella dejándome atónita.

—No estáis muertos, ¿verdad?

La chica niega con la cabeza y el niño solo se limita a observarnos con la boca abierta. No me puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Hay luz aquí? —les pregunta Alejandra con voz calmada.

La chica le hace un gesto afirmativo al niño, y este pasa por nuestro lado poniéndome los pelos de punta, se sube sobre el escritorio y enrosca una bombilla que hay en la pared, iluminando toda la habitación de repente.

Observo a la chica y veo que tras ella hay una cama individual con las sábanas desechas. Hay decenas de envoltorios de chucherías y barritas tiradas por el suelo y una bola de ropa en el rincón.

—Dios mío, ¿vivís aquí? —pregunto con asombro.

—Solo falta un mes—repite la chica sin moverse.

—Un mes para, ¿qué?

Alejandra da un paso hacia la chica y ella recula asustada, lo cual me parece increíble después de todos los sustos que nos han dado.

—Encuentra sus nombres—me susurra Alejandra entregándome su móvil.

Rápidamente pongo el caso en el buscador, pero tal y como dijo mi hermana, lo poco que trascendió a la luz no habla de los críos, así que le escribo un mensaje y rezo para que me conteste rápido.

—No vamos a haceros daño, te lo prometo—trata de calmarla Alejandra—dime para que falta un mes, tal vez pueda ayudarte.

Su móvil vibra en mi mano y veo un mensaje de un número sin guardar, es Bego.

—Alicia y Sergio Gálvez—leemos las dos en la pantalla.

—Te llamas Alicia, ¿verdad?

La chica palidece, es como si hiciera siglos que no oye ese nombre y la sola pronunciación, hace que se derrumbe y se ponga a llorar. Su hermano se pega a ella y nos mira como pidiendo ayuda, así que nos acercamos lentamente y ayudamos a Alicia a sentarse en la cama.

—Dentro de un mes es el cumple de Alicia—dice de pronto el niño—el tío Ismael dice que entonces podremos ir a vivir a su casa.

Alejandra y yo nos miramos perplejas. La joven Alicia parece estar en shock, apenas

parpadea, así que decidimos que lo mejor que podemos hacer por ellos ahora mismo es avisar a mi hermana de que los hemos encontrado y pedir una ambulancia.

En cuestión de diez minutos la casa se convierte en un vaivén de policías, paramédicos e incluso prensa. Nosotras nos quedamos junto a Begoña mientras una psicóloga habla con Alicia para minutos más tarde, llevarse a ambos niños al hospital. Tras eso, Alejandra y yo respondemos a infinidad de preguntas que nos hacen los agentes que llevaban el caso mientras mi hermana habla con algún superior.

Tras dos agotadoras horas, por fin se marchan todos y mi hermana nos dice que volverá en cuanto tenga más información, lo que sucede casi a última hora de la noche, cuando ya hemos cenado y estamos a punto de irnos a dormir.

—Siento las horas—se disculpa.

—No pasa nada ¿Qué te han dicho? —le pregunto impaciente.

Mi hermana eleva las cejas todavía incrédula por todo lo sucedido y se sienta en el sofá.

—Pues la chica no ha hablado mucho, parece que se ha visto sobrepasada por la situación, pero el crío en cambio es una fuente de información, y el tío también. Al parecer, la noche que pasó todo los dos estaban despiertos a escondidas de sus padres, jugando a la videoconsola en la habitación de Sergio. Al oír los gritos de la madre, Alicia debió tener la intuición de que aquello no acabaría bien y cogió a su hermano y se fugaron por la ventana de la habitación.

—Bendita intuición—murmura Alejandra.

—Por lo visto caminaron durante horas hasta llegar a casa de su tío, quién pese a tener un coeficiente algo limitado, fue lo suficientemente listo y a la vez incauto, como para saber que no le permitirían quedarse con los niños. Según nos ha contado, Ismael había hecho trabajos de jardinería en esta casa muchos veranos y sabía que llevaba tiempo vacía, así que a la espera de saber lo que había sucedido en casa de los niños, los trajo aquí para esconderlos.

—¿Los dejó aquí solos? —pregunto atónita.

—No, él se quedó con ellos hasta el día siguiente por la mañana. Entonces los dejó y fue a la casa de su hermana, solía visitarla muy a menudo y a la policía no le pareció sospechoso que fuese él quien dio la alarma al no abrirle nadie la puerta. Alicia tenía entonces dieciséis años para diecisiete, y ante el temor de que la separaran de su hermano, tío y sobrina acordaron que los dos hermanos se esconderían aquí hasta que ella fuese mayor de edad, después se buscaría un trabajo y pediría la tutela de su hermano.

—Madre mía, que barbaridad—exclama Alejandra.

—Ya, pero estamos hablando de una cría asustada y un tío con una mentalidad que no iba mucho más allá.

—Entonces, todo lo que sucedía aquí, los sustos, las apariciones...—pienso en voz alta.

—Cuando Alejandra decidió instalarse aquí los dos se asustaron, temieron que todo su plan se fuera al traste y lo único que se les ocurrió fue asustarla para ver si así se marchaba. Con tu llegada a la casa vieron que no tenía intención de irse, así que pensaron que a lo mejor un susto más fuerte lo conseguía, y es cuando empezaron a aparecer como si fueran espíritus.

Si no fuese porque siento una lástima enorme por lo que esos niños han tenido que pasar, pensaría que son un par de cabroncetes sin escrúpulos.

—No lo entiendo, entonces, ¿todo este tiempo han estado aquí? ¿Cómo es posible que

no los hayamos escuchado?

—Bueno, la cerradura del armario les permitía abrirlo desde dentro, la suerte que tuvieron desde el principio fue que no se os ocurrió intentar abrirlo, por lo que se escondían cuando sabían que estabais en la casa y salían solo cuando os marchabais, según ha contado el crío.

—¿Y de qué coño se alimentaban? —exige saber Alejandra, que parece no asimilar lo que oye.

—Ahí es donde entra el tío y las huellas que encontrasteis. Él venía cada dos días y les traía bolsas de comida y ropa, lo cierto es que el pobre hombre se ha ocupado de que no les falte de nada. Al parecer siempre entraba en la casa por la puerta de la cocina, que es la que menos se ve. Solía venir a primera hora de la mañana para evitar que los vecinos le vieses merodear por la zona, pero aquel día se encontró con el impedimento de que habías cambiado la cerradura. No le quedó otra que hacer sonar la campana de la entrada, y como vosotras no estabais porque los críos se habían ocupado esa noche de daros un susto de muerte, simplemente le abrieron la puerta, cogieron las bolsas y él se marchó.

—Por eso había picos de luz en la factura—murmuro pensativa.

—Exacto, la usaban lo mínimo para que no llamase la atención, en una casa tan grande el mínimo de facturación suele ser más alto, por lo que no cantaba mucho que ellos encendieran unas pocas bombillas y una estufa eléctrica de bajo consumo que su tío se encargó de conseguir.

—¿Qué pasará con ellos ahora?

—Bueno, en vistas de que a Alicia le queda tan poco para la mayoría de edad y que separar a esos hermanos ahora no les haría ningún bien, lo que se va a plantear es permitir que vivan con su tío. Una asistenta irá allí cada día a comprobar que están bien, y cuando Alicia cumpla la mayoría de edad se le permitirá cuidar de su hermano en cuanto encuentre un trabajo. Creo que estarán bien, tendrán que ir una buena temporada al psicólogo, pero son dos críos muy fuertes, que gracias a la ayuda de su tío han sobrevivido.

Capítulo 18

Alejandra

Esta es la primera noche que puedo decir oficialmente que hemos dormido a pata suelta, incluso Edurne se atrevió a ir sola al baño, con ciertas reticencias todavía, pero la cuestión es que fue.

Hoy me he levantado yo antes que ella y la he sorprendido con un copioso desayuno que le he llevado a la cama.

—¿Pretendes cebarme para después comerme? —pregunta entornando los ojos.

—La verdad es que no tengo ninguna intención de esperar a que te cebes para devorarte —digo metiéndome bajo la sábana y dando un mordisco a su sexo por encima de la ropa que la ha hecho votar.

—Sal de ahí, marrana—se ríe con ganas.

Me siento a su lado entre risas y las dos desayunamos tranquilamente viendo la lluvia caer de forma incesante a través de la ventana.

—Al final has resuelto el misterio—comento dándole un toque con el hombro.

—¿Resuelto, yo? Vamos, Alejandra...—resopla rodando los ojos.

—No seas modesta, cariño, si no hubieses insistido con lo de los planos, que si ahora te soy sincera me parecía una soberana estupidez, seguramente esos críos seguirían ahí escondidos amargándose la vida. Habría vendido la masía y a saber qué hubiera sido de ellos.

—Creo que se las hubiesen apañado bastante bien, esa chica es lista y decidida, mira todo lo que ha hecho solo para mantener a su hermano a su lado. Por cierto, ¿mis ideas te parecían una estupidez? —pregunta haciéndose la ofendida.

—No, pero la verdad es que lo del plano no me lo hubiera imaginado en la vida, no entiendo cómo te planteaste algo así.

—Bueno, no soy adivina, eso está claro, yo solo quería el plano para buscar un hueco posible donde ese cabrón hubiese podido emparedarlos. Jamás se me pasó por la cabeza que pudiesen estar vivos, ayer cuando los vimos frente a nosotras en esa habitación, te juro que no me hice pis encima porque hacía poco que había ido al baño. Tardé mucho en deducir que estaban vivos, ¿cómo te diste cuenta?

—Por la forma en la que me miró ella, casi suplicaba con la mirada, eso no lo hace un espíritu, y menos alguien que quiere hacerte daño. En fin, lo importante es que están bien y que a partir de ahora podrán empezar a tener una vida normal, dentro del trauma que han pasado.

—Entonces, ¿seguirás con tu plan inicial? ¿Convertirás Villa Varea en un hostel?

—Esa es la idea, tampoco algo muy grande, quizá solo las habitaciones de esta planta, las puedo dividir en dos porque son muy grandes y los huéspedes entrarían por la escalera lateral. Nosotras nos podríamos quedar en la planta baja, podemos convertir la biblioteca en una bibliohabitación con baño incluido.

—¿Nosotras? —pregunta con la boca abierta.

La verdad es que no he sido muy sutil al proponérselo, pero he sido muy consciente en todo momento de lo que he dicho, porque necesito a Edurne a mi lado, con ella me siento completa, me siento yo misma, y eso es algo que jamás había sentido al lado de nadie, ni siquiera de mi marido.

—No te asustes, Edurne, pero sí, he dicho nosotras porque me gustaría empezar este proyecto contigo a mi lado.

—¿En serio? —pregunta con un delicioso brillo en los ojos.

—Muy en serio, ya te dije que no tengo edad para gilipolleces ni para perder el tiempo, me he enamorado de ti y te quiero a mi lado, y según tengo entendido ese sentimiento es recíproco—comento intentando parecer segura.

—Es muy recíproco—asegura entre mis labios, dejando un suave beso que me eriza la piel.

—Entiendo que todo es muy precipitado, hace poco más de dos semanas que nos conocemos y ya te estoy proponiendo que vivamos juntas, si te soy sincera jamás me hubiese imaginado haciendo algo así.

—Yo tampoco—sonríe negando—pero debo reconocer que en estas dos semanas me he acostumbrado a ti como al respirar, cuando acepté tu caso la verdad es que me inquietaba bastante el hecho de tener que convivir contigo, la cosa podría haber sido un completo desastre.

—Pero no lo fue, incluso aquella noche cuando el cabroncete de Sergio te cogió del pie, debo confesar que cuando acabamos en mi cama y sentí el calor de tu cuerpo, una pequeña parte de mí se alegró de que hiciese aquello.

—Que morro tienes—se queja divertida.

—Estoy hablando en serio, cariño, me provocabas un mundo de sensaciones que me resultaban demasiado agradables pese a no comprender el motivo. Si echo la vista atrás, yo creo que me enamoré de ti en el momento que cruzaste la puerta de Villa Varea aquella noche, con aquella cara de incertidumbre y tus preciosos ojos curioseándolo todo.

Edurne me mira con una amplia sonrisa y sin decir nada me un da beso tierno y lento en la mejilla.

—Yo no sé cuál fue el momento exacto, creo que fue un cúmulo de muchos, pero aquel primer día cuando viniste a mi despacho me despertaste una curiosidad exagerada. En aquel instante creí que era por el tipo de caso tan extraño para el que pretendías contratarme, pero no era eso, eras tú.

Esta vez soy yo la que sonrío y la besa.

—Pues una vez aclarado todo esto, quiero que sepas que mi propuesta sigue en pie, pero no quiero que te sientas presionada, me vale con que sepas que cuando tú decidas, te puedes venir aquí sin consultarme, yo siempre te estaré esperando.

—¿Te das cuenta de lo bonito que ha sonado eso? Cursi también, pero bonito—sonríe traviesa.

—En el fondo soy una sentimental, supongo.

—Tengo una condición—dice de pronto mordiéndose un labio—no sé cómo te atreves a proponerme que me venga a vivir contigo sin que hayamos tenido una cita decente todavía, debería darte vergüenza.

—¿Eso crees? —pregunto entornando los ojos.

—Ahaa, eso creo, así que hasta que no tengamos una cita de verdad, olvídate de esa

posibilidad.

Tras su afirmación, la bandeja con el desayuno vuela de la cama con la misma facilidad que nuestra ropa. Hacemos el amor sin prisas hasta quedar exhaustas y con las piernas de gelatina. Después de unos cuantos minutos que he necesitado para recomponerme del último orgasmo, me giro hacia ella y le aparto un mechón de pelo de la cara.

—Tendremos esa cita, pero cuando yo lo diga—aseguro con malicia mientras ella tuerce el gesto—soy una mujer muy ocupada y tengo que arreglar mucho papeleo esta semana—bromeo.

—¿Papeleo? —pregunta sin comprender.

—El divorcio, le voy a exigir a mi abogado que se dé prisa en arreglarme los papeles o me voy a otro.

—Creí que ya los tenías listos, como dijiste que un mensajero se los llevaría...— comenta algo inquieta.

—Fue un arrebato, estaba cabreada y lo único que quería era que se marchase de aquí.

—Alejandra, yo...

—Ya está, Edurne, esto ya lo hemos hablado.

—No es verdad, necesito disculparme otra vez, no sabes cuánto lo siento.

—Ya te he dicho que no pasa nada, hace tiempo que lo nuestro estaba roto. Manuel siempre fue un seductor nato, no sé en qué momento fui tan estúpida de pensar que eso cambiaría al estar conmigo.

—¿Cuánto llevabais casados?

—Siete años, pero teníamos problemas casi desde el principio. No por mis sospechas de que me era infiel, eso vino hace tres años, sino por muchas otras cosas, no somos compatibles, supongo. A veces el amor te ciega y todo te parece muy bonito, aunque no lo sea, o piensas erróneamente que todos esos detalles que ves y no te gustan se pueden arreglar, o que con el tiempo la otra persona cambiará. No es así, si algo no va bien desde el principio solo puede ir a peor.

—¿No crees que todo esto es un poco raro? Quiero decir, tú y yo, ahora estamos juntas después de haber compartido al mismo hombre sin saberlo—comenta entornando los ojos.

—Bueno, este es un pueblo muy pequeño, Edurne, supongo que las probabilidades de que pasase son mucho más altas que en una gran ciudad. Al menos las dos hemos tenido algo bueno de él, porque el cabrón era bueno en la cama—añado provocando una carcajada de las dos.

—Sí que lo era, pero si te soy sincera te prefiero a ti.

—¿A sí? —pregunto risueña.

—Hablo en serio, Alejandra, me haces sentir cosas intensas, cosas que hace mucho tiempo que no sentía y que pensé que jamás volvería a sentir.

—Pues me alegro de que sea así, tú en cambio me haces replantearme cosas.

—¿A qué te refieres?

—A mí sexualidad, yo nunca había estado con una mujer antes, aunque reconozco que siempre me habían llamado la atención en exceso. Siempre pensé que era lo típico, la curiosidad, pero cuando te conocí a ti y despertaste todas esas cosas tuve que aceptar que como poco era bisexual, pero ahora...

—Ahora, ¿qué? —pregunta sin comprender.

—Ahora empiezo a pensar que quizá siempre me he empeñado en vivir en el bando equivocado, yo quería a Manuel con locura Edurne, pero él jamás despertó esos cosquilleos

que me dejan sin aliento cuando estoy contigo, nunca me cortó el aliento con una mirada o al dedicarme una sonrisa y tampoco me hacía desear que el tiempo se detuviera cuando estaba con él.

—¿Yo sí? —pregunta emocionada.

—Tú sí—afirmo cuando su móvil comienza a sonar.

Mientras ella contesta a la llamada de su hermana, yo aprovecho para darme una ducha, pero a los pocos minutos irrumpe en el baño deleitándose con su cuerpo desnudo, lo que provoca que acabemos haciendo el amor de nuevo en la ducha mientras me dice entre susurros y gemidos que ella también siente todas esas cosas que le he confesado antes cuando está conmigo.

—¿Qué quería tu hermana? —le pregunto al salir.

—Dice que Alicia y Sergio quieren hablar con nosotras, ya están instalados en casa de su tío, ¿te apetece que vayamos a verlos? Habrá una psicóloga delante, parece que quieren disculparse por los sustos.

—Claro, nos vestimos y nos vamos, después te invito a comer en un sitio que te encantará.

Capítulo 19

Edurne

Reconozco que cuando llegamos a la casa de Ismael Mendoza estoy nerviosa, sé que solo son niños, pero no puedo evitar que me asalten imágenes de cuando se nos aparecían en mitad de la noche y todavía se me ponen los pelos de punta. Alejandra no deja de bromear diciendo que soy una exagerada.

Cuando entramos, ambos están en el salón acompañados de la psicóloga, la verdad es que están irreconocibles. Alicia se ha cortado el pelo y lo cierto es que está muy favorecida, por no hablar de que ambos tienen mejor color que cuando los encontramos.

Los saludamos a ambos y tomamos asiento frente a ellos. Al principio Alicia se muestra bastante tímida, en cambio, su hermano no deja de parlotear con su tío y hacer bromas.

—Siento haberlas asustado—dice por fin Alicia, en un tono apenas inaudible.

—Trátanos de tú, Alicia—le pide Alejandra—y no te preocupes por eso, ahora ya ha pasado, aunque reconozco que nos disteis unos sustos de muerte—asegura guiñándole un ojo.

Alicia sonrío por primera vez y solo por eso ya vale la pena haber pasado miedo.

—¿Cómo hacíais lo de la luz? —le pregunto muerta de curiosidad.

—Subiendo y bajando los plomos con rapidez. El cuadro está bajo la escalera, es muy antiguo y hace un efecto muy raro y rápido, no es como el que había en casa de mis padres, aquel cuando volvías a dar la luz tardaba un par de segundos, este no, y eso nos permitía hacer un efecto casi destellante.

Que cabrones.

—Supongo que lo del televisor, los grifos...

—Todo lo hacíamos nosotros, no era difícil saber dónde estabais en cada momento, conocíamos la casa a la perfección y sabíamos movernos sin hacer ruido.

—Ya veo ya—se ríe Alejandra—y el armario, ¿estaba ahí o lo pusisteis vosotros?

—Ya estaba, mi tío dice que hace años el señor Varea le pidió que lo ayudara a ponerlo ahí. Al parecer quería convertir esa habitación en una especie de caja fuerte, al no tener ventanas decía que podía esconder allí sus cosas de valor, que los ladrones nunca las encontrarían porque no les interesaría nada un armario lleno de ropa vieja.

—Vaya con mi abuelo—susurra Alejandra.

—Para nosotros fue perfecto, mi tío sabía dónde estaba la llave, así que siempre que entrábamos la echábamos por si venía alguien.

—Lo cierto es que gracias a que usted nunca dio de baja los suministros al heredar la masía—añade la psicóloga—eso les permitió vivir con relativas comodidades.

—¿Relativas? —pregunto sin entender.

—Sí, relativas porque por miedo a que alguien viese algo desde fuera, no encendían las luces si no era estrictamente necesario. Su tío los aprovisionó con linternas y velas, y

buenos edredones para protegerlos del frío y que no encendieran la calefacción. Intentaron por todos los medios que las facturas no llamaran la atención.

Pobrecillos, si supieran que Alejandra no había mirado esos recibos ni una sola vez desde que era dueña de Villa Varea, habrían podido disfrutar de una estancia mucho más agradable.

—¿Y ahora? ¿Qué será de ellos? —pregunta Alejandra a la psicóloga.

—Bueno, Sergio recibirá clases particulares para recuperar el tiempo perdido y se reincorporará al colegio un curso por detrás de lo que le corresponde, es un chico listo, así que no creemos que tenga problemas para reengancharse. En cuanto a Alicia—dice mirándola—por ahora se niega a volver a los estudios, ya le he dicho que con la paga que percibe su tío más la que les corresponde a ellos por orfandad se lo puede permitir, pero insiste en que quiere ponerse a trabajar en cuanto sea mayor de edad.

—¿Por qué, Alicia? ¿No te gustaría estudiar algo? Seguro que hay muchas cosas que te gustan—le pregunto.

—Ahora solo me interesa que mi hermano esté bien, quiero tener un trabajo que me garantice que si alguna vez nos volvemos a quedar solos él pueda seguir a mi lado.

Algo se me encoge por dentro al escucharla, está claro que la que se llevó la peor parte emocional sobre lo acontecido es ella. Era la mayor de los dos y la que entendió lo que sucedía, y parece que ahora teme que a su tío le pase algo parecido a lo de sus padres, que desaparezca de un día para otro y ellos se vuelvan a quedar solos.

—Te resultará más fácil encontrar trabajo si tienes estudios, Alicia—le digo intentando animarla—tu tío puede ayudarte a cuidar a tu hermano, no os faltará de nada.

—Prefiero no arriesgar—zanja muy segura.

—Te propongo algo—le dice Alejandra sorprendiéndome—si me prometes que estudiarás un grado medio, solo eso, no te pido que luego sigas. Ponte a estudiar un grado medio de lo que a ti te guste, y cuando termine de reformar la masía y la convierta en un hostel, te contrataré para que me ayudes con la recepción.

—¿Haría eso? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—Claro, necesitaré ayuda, Edurne tiene su propio trabajo—dice dedicándome un guiño que me indica que tiene claro que tarde o temprano, ella y yo estaremos juntas en Villa Varea—y yo sola no podré ocuparme de todo, pero para eso todavía faltan algunos meses, mientras tanto puedes empezar a estudiar.

—¿Y si el horario de trabajo no es compatible con los estudios? —cuestiona.

—Haremos que lo sea, tú prométeme que estudiarás, y yo te prometo que a cambio tendrás un puesto de trabajo en Villa Varea.

—Hecho—asegura Alicia con una amplia sonrisa que también se traslada a la psicóloga.

Tras un rato más en casa de la pequeña familia, finalmente nos marchamos y Alejandra me lleva a un restaurante rústico donde pedimos carne y verduras asadas.

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? Está delicioso, no sé cómo no conocía este sitio, vamos a tener que venir más a menudo—aseguro con la boca llena.

—Cuando tú quieras.

—Lo que has hecho con Alicia ha sido increíble—le digo mientras saboreamos los cafés después de una copiosa comida.

—Es lo mínimo que podía hacer, esos críos van a necesitar mucha ayuda para salir

adelante sin secuelas psicológicas.

—Aun así, no tenías por qué hacerlo, pero lo has hecho y ahora te quiero un poco más que hace un rato.

—Así que me quieres—murmura esbozando una sonrisa.

—Mucho, Alejandra, en apenas dos semanas has conseguido que te quiera de un modo que no me explico.

Alejandra me guiña un ojo y pide la cuenta.

Llegamos a Villa Varea cuando todavía queda algo de luz. La lluvia dejó de caer hace unas horas y el cielo está vestido de un tono rojizo que te envuelve como una manta cálida, aunque haga un frío espantoso. Alejandra se pega a mi espalda y me abraza haciéndome sentir que lo único que importa en el mundo ahora mismo soy yo.

—¿Te quedas esta noche? —me susurra—mira que tarde tan perfecta para pasarla juntas en el sofá, podemos comer palomitas viendo alguna peli, después cenar una ensalada y marcharnos a la cama, donde te quitaré la ropa poco a poco, haciendo que tiembles, y después...

—Para ya o me la tendrás que quitar ahora—la corto nerviosa.

—¿Entonces te quedas? —pregunta con una sonrisa triunfante.

—No puedo decir que no a un plan como ese, pero mañana me llevas a mi apartamento, yo también tengo cosas que hacer, aunque no te lo creas.

—Trato hecho—dice mientras cruzamos la puerta.

—No te creas tan vencedora bonita, recuerda que me debes una cita.

—No se me olvida, te lo aseguro—me susurra al oído—te quiero a mi lado, cariño, después de esa cita ya no tendrás excusas para no cruzar esta puerta con algunas maletas.

Sonrío para mí y no le contesto, en realidad casi me estoy arrepintiendo de haberme puesto flamenca y pedir esa cita, porque lo cierto es que estoy deseando coger mis cosas y venirme aquí con ella, a su lado es en el único sitio que siento que debo estar. Los días hasta la jodida cita se me van a hacer eternos.

Capítulo 20

Edurne, varios días después

—Noriega—digo en cuanto descuelgo el teléfono que uso para trabajar.

—Que seria se pone detective, me gusta—sonríe divertida.

—Joder, Alejandra, te he dicho que no me llames a este número—digo rodando los ojos.

—Es que me encanta ese tono tan profesional que utilizas.

—Puedo utilizarlo en otro sitio.

—Umm, interesante—añade socarrona.

—Joder, Álex—resoplo divertida—estoy trabajando, o al menos intentándolo.

—Tienes razón, perdona, cariño, solo me apetecía darte los buenos días, esto de no dormir contigo cada noche no me gusta.

—Ya te dije lo que tienes que hacer, de ti depende.

—¿Noto cierto reproche en esas palabras? —pregunta burlona.

Lo cierto es que lo hay, aunque nos hemos visto prácticamente a diario solo ha sido para comer juntas o tomar un café. No sé qué pasa esta semana, pero estoy teniendo bastante trabajo, y ella, además de resolver lo del divorcio, cuyos papeles le envié anteayer a ese indeseable; también está aprovechando para informarse con el técnico municipal sobre los permisos y requisitos para poner en marcha el proyecto del hostel.

—Bueno, dijiste que cuando le enviases los papeles del divorcio tú y yo tendríamos una cita...

—¿Impaciente? —añade mordaz.

—Que te den, listilla—digo intentando parecer enfadada.

Alejandra suelta una risotada a través del teléfono que hace que un agradable hormigueo me recorra el cuerpo.

—Era broma, estoy deseando tener esa cita contigo, de hecho, había pensado que fuese hoy, por eso te llamo, ¿qué te parece si te recojo a las siete? Quiero llevarte a cenar a un sitio que te gustará incluso más que el del otro día, pero está a un par de horas de aquí, así que tendríamos que salir pronto si queremos cenar a una hora decente.

—¿Las siete? —pregunto sintiendo un quemazón en el estómago.

—Sí, a esa hora terminas la jornada, ¿no?

—Sí, pero hoy no—digo con fastidio—ayer a última hora me llamó un hombre para concertar una visita hoy, pero por motivos de trabajo no podía venir antes de las ocho de la tarde, así que como favor acepté atenderle a esa hora, decía que era algo muy urgente.

—Bueno, no te preocupes, lo podemos dejar para otro día—resuelve con cierta decepción.

—Lo siento mucho Alejandra, podemos vernos cuando termine, podrías venir aquí y te preparo algo de cenar para compensarte.

—Está bien, tendremos que posponer la cita, por cierto, hace un rato mi abogado me ha enviado un mensaje. Manuel le llevó los papeles del divorcio firmados ayer a última hora, así que dentro de muy poco seré una mujer divorciada.

—Pues ya tenemos algo que celebrar esta noche—digo feliz.

Tras colgar me pongo con uno de mis casos lamentando haber aceptado una visita tan tarde, de hecho, ni siquiera sé por qué lo hice, ahora mismo voy hasta arriba de trabajo y veo difícil poder asumir un nuevo caso hasta que no termine al menos uno de los que tengo entre manos.

Hacia las dos del mediodía el timbre de mi casa suena, el pulso se me acelera ante la posibilidad de que sea Alejandra, que haya venido a cualquier cosa y haya decidido hacerme una visita sorpresa, pero a quién me encuentro al abrir la puerta es a mi hermana Bego.

—Vaya, si me tienes que abrir con esa cara mejor me marchó—se queja mirándome fijamente.

—¿Qué cara? No digas tonterías—digo a la vez que la cojo de un brazo y tiro de ella hacia el interior—¿a qué debo el honor, inspectora?

—A que tengo un rato antes de ir a comisaría y me he pasado a verte, ¿me vas a decir a quién esperas?

Joder con su olfato de policía, no se le escapa un detalle a esta mujer.

—No espero a nadie, pero pensaba que eras Alejandra.

—Amm, ya entiendo, de ahí tu cara de decepción al verme—sonríe divertida—si en lugar de ser yo hubiese sido ella, estarías dando saltos de alegría, ¿verdad? O mejor todavía, probablemente estarías haciéndolo en este sofá.

Me quedo atónita mientras la observo con su sonrisa traviesa dibujada en los labios, pero no puedo rebatir su teoría porque sería absurdo, y además sabe que Alejandra me gusta, lo que no sabe es que estoy colada por ella.

—Estaríamos haciéndolo en la cama, este sofá no es nada cómodo.

—Así que mi teoría es cierta—dice pensativa—estás con Alejandra.

—Sí.

Bego se abalanza sobre mí con tal ímpetu que por poco pierdo el equilibrio y terminamos las dos tumbadas en el sofá.

—Que bruta eres—digo sonrojada.

—Me alegro muchísimo, Edurne, en serio, la he tratado muy poco, pero esa mujer me gusta. Se lo he comentado muchas veces a Alberto, desde que la conoces vuelves a ser tú, se te ve feliz; cuando el otro día me confesaste que te gustaba por poco enciendo una vela para que los jodidos astros o lo que sea se juntasen a vuestro favor, pero ya veo que no ha hecho falta.

—La verdad es que ni siquiera sé en qué momento pasó de gustarme a hacer que se me acelerase el pulso, pero pasó—sonrío feliz.

—Ojalá os vaya bien—susurra abrazándome.

—Eso espero.

—Supongo que ya te habrás despedido de ese amante tuyo, ¿no? —pregunta elevando una ceja.

—Te voy a contar algo, Bego, pero prométeme que no me dirás “te lo dije”.

—Lo prometo, cuenta—exige muerta de curiosidad.

Tomo una gran bocanada de aire y decido soltarlo del tirón.

—Ese amante mío resultó ser el marido de Alejandra.

—¿Qué?!

Mi hermana me mira perpleja mientras le narro lo que sucedió aquella tarde en Villa Varea cuando abrí la puerta y me encontré con Manu.

—Joder...

—No sabes lo mal que me sentí, pero no solo por eso, ya habían pasado cosas entre ella y yo, y la idea de que me alejase de ella como sin duda merecía por lo sucedido, me hizo sentir que el mundo se resquebrajaba bajo mis pies, fue en ese momento cuando me di cuenta de lo intenso que es lo que siento por ella.

—Esto es una prueba más de que el amor puede con todo, supongo, da gracias, Edurne, porque si ese hombre se hubiese presentado el primer día, las probabilidades de que ahora estuvieses con ella son prácticamente nulas, te hubiese echado de su casa sin darte la oportunidad de conocerla.

—Lo sé—afirmo sintiendo un pinchazo en el pecho solo de pensarlo.

Mi única realidad ahora mismo es que pensar en mi mundo sin Alejandra a mi lado es simplemente aterrador, creo que me hundiría.

—Bueno, cambia esa cara, cariño, la cuestión es que vosotras estáis bien, ¿verdad?

—Sí, tan bien que me ha pedido que me vaya a vivir con ella cuando me parezca bien—suelto sin preliminares.

—¿Eh? ¿En serio?

—Sí—me río ante la cara de asombro de mi hermana.

—¿Y tú quieres?

—Me hice la dura, pero la verdad es que me muero de ganas de plantarme en su casa con las maletas. ¿Crees que es precipitado?

—Bueno, las dos sois adultas y no tenéis porque perder el tiempo, si eso es lo que os apetece yo no le veo el problema, la vida es corta, Edurne, hay que disfrutar al máximo. Además, vosotras ya habéis convivido, aunque haya sido por otros motivos tenéis la ventaja de conocer un poco a la otra.

Sus palabras me hacen pensar en un millón de detalles a la vez, ¿conozco un poco a Alejandra? Creo que sí, siempre se acuesta tumbada de lado, pero al poco de dormirse se coloca bocabajo y apenas se mueve en toda la noche, salvo que tenga que abrazarme a mí. Le gusta madrugar y lo primero que hace al levantarse es lavarse la cara y los dientes, después desayuna y se los vuelve a lavar. Siempre se bebe el café con leche templado y no le añade azúcar, le gusta conducir con la radio puesta pero muy bajita y siempre se muerde el labio cuando algo le ronda la cabeza.

Con eso y otras tantas cosas más, creo que puedo afirmar que empiezo a conocer a Alejandra, y que por ahora todo lo que veo en ella me gusta, salvo el hecho de que no esté aquí ahora, echarla de menos es cada vez más agobiante.

Capítulo 21

Edurne

La tarde se me hace realmente pesada después de que mi hermana se haya marchado, no dejo de mirar el reloj, contando las horas para que la visita de las ocho llegue y poder llamar a Alejandra en cuanto se marche.

No dejo de plantearme la idea de llamar a esa persona y decirle que, lamentándolo mucho, me ha surgido un imprevisto y no podré atenderle hasta el lunes, ya que hoy es viernes. Eso me hace sentir mal conmigo misma, por un lado, pero por otro pienso en que voy hasta arriba de trabajo y tampoco podré ayudarle. Estoy pensando en todo eso cuando el timbre de la puerta suena y me deja algo descolocada, sobre todo porque son poco más de las seis y no espero a nadie. Carraspeo un par de veces para aclararme la voz y cuando abro la puerta me encuentro con Alejandra y su intensa mirada enfocándome. El pulso se me acelera en cuanto me sonrío y me cuesta ponerme en situación.

—Habíamos quedado en que te llamaría al acabar, Álex—le digo algo descolocada.

—Vaya forma de recibirme, pensaba que te alegrarías más de verme...

—Claro que me alegro, joder.

La cojo de una mano y casi la hago entrar de un salto, cierro la puerta y acorralo a Alejandra contra la pared para besarla sedienta de ella, como si llevase un año sin verla, saboreando sus labios y deleitándome con el roce de su lengua hasta que la falta de aliento nos obliga a separarnos.

—Esto ya es otra cosa—sonríe sobre mis labios, provocando un intenso hormigueo entre mis piernas.

—Te he echado mucho de menos—confieso aturdida.

Ella me observa con media sonrisa mientras aparta varios mechones de mi pelo y los recoge detrás de mis orejas. Pego mi frente a la suya y suspiro pensando que me da igual la dichosa cita, yo lo único que quiero es estar con ella.

Miro el reloj nerviosa, todavía falta bastante para que venga, está claro que lo mejor es llamarle ya y cancelar la cita. Alejandra ya está aquí y desde luego no pienso pedirle que se marche.

—¿Qué te pasa?

—Creo que voy a llamarle y cancelar la cita, que venga el lunes—digo convencida.

—¿A tu visita de las ocho?

—Sí.

—No hace falta, me lo he encontrado abajo y lo he matado y escondido el cadáver en el hueco de la escalera, no soportaba la idea de estar más tiempo separada de ti—asegura muy seria.

—¿Qué? —respondo tan desconcertada que soy incapaz de ver que me toma el pelo.

—Es broma, tonta—asegura riendo.

—Eres idiota—afirmo contagiada por su risa—¿por qué no me esperas en el salón?

Voy a llamarle y a cancelar la cita, todavía es pronto y podríamos ir a cenar a ese sitio que dices.

—Imposible, tendría que haber hecho la reserva como muy tarde esta mañana, a estas horas ya lo tendrán todo lleno.

—Vaya—digo algo decepcionada—igualmente le llamaré, podemos cenar aquí y luego...

—No hace falta que hagas eso—me corta.

—Sí que hace, de hecho, tendría que haberlo hecho esta mañana porque me muero de ganas de estar contigo.

—Tu cita de las ocho ya ha llegado, cariño—susurra cogiendo mi mano.

—No te entiendo, Alejandra—parpadeo confusa.

—Joder, Edurne, que espesa estás, yo soy tu cita de las ocho, nadie más va a venir.

—¿Tú? —pregunto perpleja—pero me llamó un hombre y...

—Le pedí a un amigo que te llamase, quería darte una sorpresa, pero creo que no me ha salido muy bien—añade con una mueca muy graciosa.

—Te ha salido perfecto, Álex, no sabes la alegría que acabas de darme—digo depositando un sonoro beso en sus labios.

—Perfecto, pues coge tu bolso, te voy a llevar a un sitio que te va a encantar.

—Pero has dicho que estaría lleno...

Alejandra suelta una risotada y yo la miro con los brazos en jarras mientras elevo una ceja, pero ella se pega a mi cuerpo y acaba con toda mi chulería cuando antes de besarme agarra mis nalgas y me aprieta contra ella arrancándome un suspiro y provocando un mar entre mis piernas.

—Deja de cuestionarlo todo y coge el bolso de una vez, o te dejaré plantada y me iré sola—amenaza mirando mis labios con hambre.

—De acuerdo—titubeo nerviosa—pero debería cambiarme, ¿no?

—No, joder, así estás perfecta—gruñe cogiendo mi mano y arrastrándome hacia el comedor para que coja el bolso.

Nos montamos en su coche y Alejandra conduce durante más de una hora a un ritmo bastante lento debido a que no dejamos de hablar y de reír, y eso la hace conducir en un estado de relajación extremo.

Capítulo 22

Alejandra

Llevé a Edurne a una habitación burbuja en mitad del bosque. Fue una noche íntima y maravillosa, todo fue muy romántico y más intenso de lo que esperaba, lástima que solo hubiese podido reservarla una noche.

Después de darnos un merecido baño y desayunar, recogimos nuestras cosas y nos pusimos en marcha.

El camino de vuelta se hace mucho más largo que la ida, debido a la lluvia apenas veo y conduzco a un ritmo realmente lento. Esta vez lo hacemos en silencio, cada una perdida en sus propios pensamientos, pero sin resultar incómodo, simplemente es uno de esos momentos que necesitas para ti, aunque tengas a alguien al lado, e incluso en eso parece que nos compenetramos.

Conforme nos acercamos al pueblo comienzo a ponerme nerviosa, me apetece pasar el resto del fin de semana con ella, pero tampoco quiero agobiarla. Soy yo la que le propuso que vivamos juntas, y también la que cuando me ha pedido una cita, en lugar de llevarla a cenar como haría cualquier persona normal, la he llevado a pasar la noche en un hotel romántico.

—¿Qué piensas? —pregunta de repente.

Cuando la miro la veo observándome con gesto serio.

—¿Qué?

—Llevas un rato absorta—comenta apartando un mechón de mi cara.

—Creo que las dos los estábamos.

—No, que va—sonríe—una cosa es que hayamos venido en silencio, y otra es lo que tú llevas haciendo desde hace cinco minutos, parece que estés en otra parte, Álex.

—Lo siento, no me he dado cuenta.

—No has de sentirlo, solo contarme que te ronda la cabeza, porque llevas rato mordiéndote el labio y eso, aunque me parece terriblemente sensual, solo lo haces cuando estás preocupada.

—Sí que te fijas—afirmo sin poder esconder una sonrisa.

—En ti suelo fijarme bastante, la verdad, pero no cambies de tema, listilla, dime en qué pensabas.

Cojo aire y lo expulso lentamente mientras le dedico una mirada rápida.

—Si te soy sincera pensaba en si he hecho bien llevándote a ese hotel—confieso haciendo una mueca—era nuestra primera cita, igual me he pasado...

—¿En serio te preocupa eso? —pregunta sorprendida.

—Pues sí.

—Joder, Álex, puede que fuese la primera cita oficialmente, pero nos hemos acostado varias veces, así que no veo dónde está el problema.

—No sé, cariño—me encojo de hombros—solo es algo que se me ha pasado por la

cabeza, supongo que hubiese sido más normal llevarte a cenar a un restaurante o a tomar algo quizá.

—Ya—se ríe—dime una cosa, si me hubieses llevado a cenar, ¿crees que no hubiésemos acabado después en tu casa o en la mía?

—Pues sí—aclaro riendo al pensar en lo absurdo que es lo que estoy diciendo.

Edurne rueda los ojos y me besa una mejilla cuando vemos el primer cartel que indica que llegamos. En diez segundos llegaremos al cruce que debo tomar para ir a Villa Varea, si sigo recto llegaremos al pueblo, donde vive ella, el pulso se me acelera y me entra calor, no sé qué hacer y ella no dice nada.

—¿Quieres venir a casa? —pregunto sin más.

—¿Te importa dejarme en la mía? Tengo que hacer algunas cosas, ¿te parece bien si te llamo luego?

—Claro—respondo tragando saliva para intentar deshacer el nudo de mi garganta.

Me aferro al volante con fuerza para disimular la decepción que acabo de sentir, esta vez sí que se hace un silencio realmente incómodo en el interior del coche, por suerte en apenas dos minutos estamos en la puerta de su casa.

—Gracias por esa cita, me lo he pasado muy bien—sonríe besando mi mejilla antes de bajar del coche.

La observo correr hacia el portal bajo la lluvia y me pongo en marcha en cuanto cruza la puerta. Durante los cinco minutos que tengo de camino, intento pensar en otra cosa que no sea el vacío que ha dejado en mi interior al bajar del coche.

Después de deshacer la maleta y comer, no tengo ganas de hacer nada, había pensado escribir un poco, pero ahora mismo me resulta imposible concentrarme en nada porque no puedo sacarme a Edurne de la cabeza. Está claro que no le puedo reprochar nada, ni tampoco pedirle, realmente hace poco que nos conocemos, que hemos iniciado lo nuestro, y está claro que soy una pesada que la está agobiando.

Con ese pensamiento me siento en el sofá con una libreta y un bolígrafo, haciendo un dibujo de la planta superior en el que queda reflejado cómo debería quedar una vez acabada la reforma. Observo la habitación donde se escondían Alicia y Sergio y me entran escalofríos al pensar en lo lúgubre que es y en lo tristes que debieron sentirse ahí, sin duda, lo primero que hay que hacer es abrir una ventana para que entre luz directa de la calle.

El sonido de la campana de la entrada sonando de manera insistente hace saltar el bolígrafo de mis manos. Miro la hora, son poco más de las cuatro de la tarde y no espero a nadie. Eso me inquieta, porque temo que sea Manuel en persona para decirme lo mal que le parece que esté saliendo con la que fue su amante y para echarme cosas en cara sin ningún derecho.

Tomo aire y lo expulso lentamente para serenarme. Voy a la puerta, abriendo de sopetón dispuesta a decirle cuatro cosas cuando veo a Edurne plantada ante mí, con una enorme mochila colgada al hombro, la bandolera con su portátil y un par de maletas junto a sus pies. El corazón me late tan rápido que me resuena en los oídos y lo ensordece todo a mi alrededor, dejándome completamente fuera de juego pese a que mi chica sonrío ampliamente esperando a que le diga algo.

—Dijiste que tenías que hacer cosas—digo realmente descolocada.

—Y así era, tenía que hacer algo muy importante; las maletas.

Parpadeo un par de veces como una imbécil mientras veo como su sonrisa se va desdibujando, dejando poco a poco una expresión de duda y desconcierto en su rostro.

—Dijiste que en cuanto quisiera podía venir, quizá no era algo literal, ¿no? —pregunta abochornada.

Es solo entonces cuando una enorme sonrisa comienza a dibujarse en mis labios, estiro un brazo hacia ella y la atraigo hacia mí hasta pegarla a mi cuerpo.

—Claro que era literal, tonta—aseguro provocando que suspire aliviada.

—Joder, Álex—dice molesta—te has quedado tan pasmada que me has hecho pensar que te arrepentías, ¿sabes el sofocón que tengo ahora?

No puedo aguantarme la risa ante su cara de cabreo y estallo en una sonora carcajada que primero la hace elevar una ceja y después la contagia. Cuando logramos calmarnos, entramos sus cosas y cierro la puerta, atrayendo su cuerpo de nuevo y estrechándola entre mis brazos para estrujarla con fuerza.

—No sabes la alegría que acabas de darme, cariño—susurro entre sus labios.

—Pues como expreses siempre tus emociones como hace un par de minutos estoy apañada—se ríe antes de besarme.

—Es que no te esperaba, has sido tan cortante cuando te has bajado del coche que me has hecho dudar de todo.

—Solo pretendía que me echases de menos para poder sorprenderte, pero está claro que las sorpresas no son nuestro fuerte.

—Eso parece—sonríe—¿cómo has venido?

—En taxi.

—Me podrías haber llamado, tonta, te habría ido a buscar.

—Ya, pero entonces me hubiese perdido esa cara de pasmada que se te ha quedado cuando has abierto la puerta, y te aseguro que, ahora pensándolo en frío, no tiene precio—se burla.

—Qué graciosa.

Tras dejar sus cosas en mi habitación y decidir que mañana iremos a buscar algunas más, abrimos una botella de vino para celebrar nuestro nuevo comienzo y nos sentamos en el sofá.

—¿Qué es esto? —pregunta cogiendo la libreta.

—Un esbozo de cómo me gustaría distribuir la planta de arriba. ¿Qué opinas?

Las dos pasamos un largo rato comentando el tema, proponiendo decoraciones, decidiendo donde debería estar la recepción, la reforma del baño, el tipo de muebles o incluso pensando en ponerle nombre a las habitaciones.

—Esta debería ser la del pánico—asegura decidida señalando la suya.

—Que burra eres, tampoco fue para tanto—me jacto—un tironcito de pies y ya está.

—¿Un tironcito? —pregunta tirándose sobre mí para hacerme cosquillas.

No sé en qué momento acaba sentada sobre mí a horcajadas, acelerándome el pulso y haciéndome arder por dentro. Su mirada encendida solo me hace desear arrancarle la ropa y hacerle el amor durante el resto de la tarde.

Edurne coloca sus manos en mis mejillas haciendo que mi piel arda bajo su tacto y mis labios se derritan cuando me besa. Todo se sacude en mi interior al notar el roce de su lengua y el tacto de sus dedos por detrás de mis orejas, provocándome escalofríos que me recorren la espalda, descargas que sacuden todo mi cuerpo con intensos aleteos cosquilleantes que me cortan el aliento.

—Te quiero—susurra con rabia, a la vez que coge mi mano y la coloca sobre su sexo ahogando un profundo suspiro.

Todo mi cuerpo se vuelve de gelatina ante su confesión y su gesto de desesperación por sentirme, y yo ardo de deseo por hacerla mía cada día de mi vida.

FIN